

# EL ESPAÑOL

2'50  
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 1 - 7 agosto 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Época - Número 296

## ¿QUIEN ES QUIEN

ONCE HOMBRES  
DE LA MISION  
NORTEAMERICANA  
EN ESPAÑA

*Madrid, el mejor campo de  
Europa para el juego limpio*



El mayor general A. W. Kissner (arriba) y mister E. L. Williams (derecha), jefes de la Misión Militar y la Misión Económica norteamericanas, encabezan la serie de breves entrevistas que presenta EL ESPAÑOL en la página tercera de este número. ¿Cómo ven? ¿Quiénes son? Conozca usted sus simpatías y las opiniones de once norteamericanos en Madrid



## EL PARALELO 17, POLVORIN DEL SUDESTE ASIATICO

ANTONIO BORRERO, «CHAMACO», REVOLUCIONA EL TOREO

Biografía del nuevo torero de Huelva, por J. M. Deleyto (pág. 55)

EL TENEBROSO MUNDO DEL VENENO BLANCO

Nuevas revelaciones en el caso Wilma Montesi (pág. 23)

ARTICULO DEL DIRECTOR A DON EDUARDO HARO TEGGLEN (pág. 8) ● NUBES DEL CANTABRICO (pág. 10) ●

PLAYAS DE LEVANTE (pág. 13) ● LAS TIERRAS GADITANAS, A CABALLO ENTRE DOS MARES (pág. 15) ●

HORIZONTES DE LA SIERRA DE GREDOS (pág. 19) ● Crónicas de nuestros enviados especiales Aurora Cuartero,

Carlos Rivero, Concha Fernández Luna y Joaquín Ruiz Catarinéu ● UN GRAN ESPAÑOL: San Ignacio de Loyola, por Pa-

lo, obispo de Sigüenza (pág. 27) ● «¡HAN ASESINADO A DATO!», por Francisco Casares (pág. 29) ● MALLORCA

ES LA TIERRA DE PROMISION QUE NO DESCANSA NUNCA, crónica de nuestro enviado especial, Carlos Rive-

ro (pág. 32) ● ENTREVISTA CON MANUEL SANCHEZ CAMARGO (pág. 45) ● El libro que es menester leer: LA

VERDAD ES NUESTRA ARMA, por Edward W. Borret (página 52) ● ESTRELLAS SOBRE SAN SEBASTIAN, cró-

nica especial de Alberto Clavería sobre el Festival Cinematográfico (pág. 61)

LA TRAVESURA DE LUIS, novela, por Noel Clarasó.

Una información especial desde París, por B. Calderón Fonte (pág. 49)

# *¡Un buen refresco...*

**...Y UN REGULADOR DEL ORGANISMO**



Buen refresco no es aquel que primero provoca una sensación de frío e inmediatamente una reacción contraria. Sólo es buena para la salud, y eficaz contra el calor, la bebida que fisiológicamente mitiga la sed y a la vez entona el organismo:

“Sal de Fruta” ENO, en agua fría... Y si es con unas gotas de limón, mejor.



C.S. 14.100

La “Sal de Fruta” ENO es una bebida natural, efervescente y refrescante consagrada en el mundo entero desde hace 85 años. Estimula las funciones orgánicas, elimina los desechos y depura la sangre. Iguala las beneficiosas propiedades de la fruta fresca y madura

**“SAL DE FRUTA” ENO**  
MARCAS REGIST.

**REFRESCA, ENTONA, PURIFICA**

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID

# ¿QUIEN ES QUIEN?

## ONCE HOMBRES DE LA MISION NORTEAMERICANA EN ESPAÑA

### MADRID, EL MEJOR CAMPO DE EUROPA PARA EL JUEGO LIMPIO

Miss María Lourdes García, hija de padres españoles, nacida en Puerto Rico, es la secretaria del general Kissner



EN el silencio de sus oficinas trabajan en Madrid los miembros de las dos Misiones norteamericanas. Han encajado tan bien en el marco humano y en el paisaje de la capital de España, que pasan casi desapercibidos. En los hoteles, en los Clubs, en las calles, son ya, de hecho, unos madrileños más. ¿Cómo viven? ¿Quiénes son? ¿Cuál es su pequeña historia? He aquí las semblanzas y las opiniones de once de estos hombres, de once norteamericanos en Madrid. Un equipo en plena forma, que desarrolla su trabajo en el mejor terreno que pueda existir en Europa para el juego limpio.

La Misión Militar ocupa una planta del nuevo Ministerio del Aire, en la Moncloa. Ni el edificio ni el contorno podían haberse escogido con más acierto. Arquitectura española del mejor estilo, en un paisaje contagiado de la serenidad estudiantina de nuestra Ciudad Universitaria.

La Misión Económica, en un inmueble moderno de la calle de Juan Bravo, en el número 18. También aquí serenidad, la serenidad ciudadana del barrio de Salamanca, bajo el cielo puro de Madrid. Y como música de fondo, la música del trabajo, la del tecleo de las máquinas de escribir cortada por los timbrazos de los teléfonos.

Por último, en el rascacielos de la plaza de España, las oficinas de un ingeniero estadounidense.

Un equipo de redactores de EL ESPAÑOL se ha desplazado a estos tres puntos clave, a estos tres sectores donde los norteamericanos ponen la nota simpática de su laboriosidad silenciosa y alegre. Y allí, sobre el terreno, han trazado las líneas de este reportaje.

#### UN HOMBRE SOSEGADO: EL MAYOR GENERAL KISSNER

EL despacho es amplio. Lleno de luz. Con pocos muebles. Los precisos y ni uno más. Está pintado de una azul tan tenue que se diría blanco. Blanca azul. Unas pinceladas verdes—la alfombra, el tapizado de las sillas—colaboran eficazmente a la sensación de serenidad, de limpieza, de orden, que se respira en toda la habitación. La mesa que preside este despacho está colocada de una forma particular. La sala es rectangular, pero la mesa no guarda relación de paralelismo con ninguna de las cuatro paredes. Forma un pequeño frente, una línea avanzada, casi hasta el centro del despacho, que deja a sus espaldas un rincón donde brillan los colores de la bandera norteamericana. Sentado tras ella, un hombre vestido sencillamente con un traje gris claro estudia unos folios mecanografiados. Cuando lee monta sobre la nariz, muy levemente respingada, unas gafas de montura de concha, de patillas rectas. Para qui-

tarlas y ponerlas con facilidad. Es alto, escueto de líneas. En las sienes le apuntan algunas canas. Tiene la boca breve, los ojos azules, la frente amplia. De todo él emana una onda de equilibrio, de serenidad espiritual, claramente perceptible. No de «flemma» británica, que anda siempre muy cerca de la impertinencia, sino de sosiego, del sosiego que recomendaba Felipe II a sus colaboradores, y que resulta más próximo a la noble condición del buen dominio de uno mismo. Porque a la hora de imaginar un norteamericano que no conozca lo que es una crispación de los nervios, una simple alteración momentánea del temperamento, habría que evocar, sin duda, el nombre del general Kissner, jefe de la Misión militar norteamericana en Madrid.

El mayor general Kissner nació en 1906, en Connecticut. Su biografía puede condensarse con el laconismo de un parte militar: Es el único militar de la familia. Se gradúa en West Point en 1928. Sigue cursos de especialización en las materias propias del



General L. P. Dahl



Coronel Félix A. Kalinski

arma aérea. En la última guerra permanece año y medio en Inglaterra. Luego pasa destinado a las islas Marianas. Y ahora en Madrid.

En Madrid, cuyo peculiar carácter y cuyo amplio marco cosmopolita le encantan.

—En el tiempo que llevo aquí he hecho ya muy buenos amigos.

Muy buenas amistades. Aquí son todos muy amables y corteses.

Habla despacio. No por emplear una lengua extraña, que está hablando en la suya, sino porque piensa lo que dice. Porque seguramente no sale de su boca una palabra que luego le gustara no haber soltado.

—Los altos jefes militares españoles, que yo conozco, tienen todos mucho talento y muy buena preparación. Conocen bien la situación internacional y sus ideas sobre ella son acertadas.

El general Kissner tiene aficiones adecuadas a su profesión y, desde luego, a su temperamento. Lee con preferencia sobre cualquier otro género: libros y novelas de temas históricos y militares. Ahora se interesa especialmente por la Historia de España. Le gustan, en general, todas las artes. Y practica, sobre todo, dos deportes: el tenis y el polo.

Es soltero, madrugador y metódico. Desde las nueve de la mañana hasta pasado el mediodía trabaja en su oficina. Y de cuatro a siete remata su jornada. Cuando termina a las siete de la tarde, que no debe ser, ciertamente, todos los días.

Juega un momento con las gafas que reposan plegadas sobre la mesa, mientras piensa en su mejor condición humana, en el visto por él mismo. Y decide.

—El sentido de la responsabilidad, el sentido del cumplimiento del deber.

Miss María de Lourdes García, su secretaria, una joven portorriqueña hija de españoles, de gallego y catalana, vacila muy poco a la hora de enjuiciar al mayor general Kissner.

—Es encantador, considerado e inteligente. Muy buen diplomático. Y nunca tiene mal humor. Estoy con él desde que vino a España.

A. W. Kissner, treinta años de servicio activo, en los cuarenta y ocho que cumple en éste, de pie, enmarcado por dos amplias ventanas, una a su derecha, otra a su izquierda, que traen hasta su despacho los rojos ladrillos y los verdes vivos de la maravillosa Ciudad Universitaria, expresa un deseo:

—Quiero hacer aquí un buen trabajo.

Así, escueta y llanamente. «Aquí» es en España, en este Madrid, del que su secretaria conoce el mejor estribillo: «De



Capitán Henry Gabriel Sánchez

Madrid, al cielo.» Y «buen trabajo» es toda la tarea que realiza a diario, con sosiego y absoluta eficiencia, el mayor general Kissner: una limpia mirada azul y una oculta tenacidad de acero.

#### LAS SONRISAS DEL GENERAL DAHL

El brigadier general L. P. Dahl se sienta tras dos mesas empalmadas en forma de «T». Viste el claro uniforme «belga» de la U. S. A. F. Sobre el bolsillo de su ajustada guayabera, las dos filas multicolores de sus decoraciones militares. Un mechón de pelo negro, que se alza un poco sobre su frente, equilibra la línea pronunciada de su mandíbula. Los labios, cuando cierra la boca, forman una línea delgada. Los ojos, oscuros y brillantes, son agudos. El frontal avanza sobre ellos. La expresión de su rostro, en conjunto, es de seriedad, de firmeza. Pero se dulcifica mucho cuando sonríe. Y lo hace a menudo.

—Nací un 6 de mayo de 1909. Me gradué, naturalmente, en West Point, y soy, además, graduado, también, por el Instituto de Tecnología de California. Llevo ahora catorce meses en España. Es la primera vez que he vivido aquí y, francamente, me gusta. Y mucho. Encuentro, entre nuestro carácter y el carácter español, numerosos puntos de contacto. Ambos pueblos son francos, hospitalarios y cordiales.

El general Dahl no domina todavía el castellano, pero confía en superar pronto sus dificultades. Antes de venir a España siguió, como los demás miembros de la Misión, un curso intensivo de castellano. Y sobre esta base va ampliando su conocimiento de nuestro idioma. La competencia que le corresponde, por razón de su cargo, se extiende a las fuerzas aéreas y a las navales. Es casado y viven aquí, con él, su mujer y sus dos hijos: una hija de catorce años y un hijo de doce.

—Madrid me impresionó gratamente a mi llegada. Es una ciudad alegre y atractiva, con mucha vida cultural y un rango histórico envidiable. Buen sitio para trabajar. Y bueno, también, para las horas de descanso. Yo suelo ir a jugar al golf al Club de Puerta de Hierro. Me gustaría ir a pescar, otra de mis grandes aficiones, pero me llevaría un tiempo del que no dispongo.

Sobre la mesa, una maqueta perfecta de un caza, vuela inmóvil. El general cambia el tema. Se autoexamina y elige como su mejor cualidad:

—El sentido del humor. También, por lo menos eso creo, tengo un carácter más inclinado a la dirección y a la organización que a otra cosa.

Visto «desde» su secretaria, miss Rita Van House, el general Dahl es un hombre muy trabajador, muy comprensivo y muy brillante.

En la despedida luce otra vez la sonrisa del general L. P. Dahl. Un norteamericano que aprecia nuestra labor, en todas las épocas, en favor de América; que recuerda complacido la influencia de las tradiciones españolas en Nueva Méjico, en Tejas y en Florida.

Le gustan los platos de pescado y las frutas. ¡Ah! Y sonríe de un modo encantador.

#### FELIX A. KALINSKI, UN CORONEL CON CARA DE CADETE

Al primer golpe de vista, y si se le pillaba trabajando en mangas de camisa en el rincón del gran despacho que comparte con otros oficiales, el coronel de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas, Félix A. Kalinski, parece un cadete. Porque es muy joven, treinta y tres años, y porque parece más joven todavía. Con dos particularidades notables, que ni su natural y mantenida seriedad ni el uniforme le «ponen» un año más encima. Al contrario, acentúan su aire juvenil. Vestido de paisano y sonriendo, produce más sensación de madurez.

—He nacido en Manchester (New Hampshire). Mis padres, polacos, emigraron a los Estados Unidos en los años anteriores a la guerra del 14. Me casé a los veintitrés años con mi «novia de colegio», que decimos nosotros, o sea, con la novia de siempre, con la compañera de los juegos infantiles y los primeros estudios. Eramos vecinos, además. Se llama Bárbara.

Tengo tres hijas. Tres niñas de ocho, cuatro y un año. La última, Felisa, nacida en Madrid. Y la segunda llegada aquí cuando sólo contaba unas semanas. Estoy en Madrid desde hace cuatro años, porque antes de los Acuerdos hispanonorteamericanos era agregado aéreo adjunto de nuestra Embajada.

Félix A. Kalinski habla pausadamente un castellano correcto por completo. Quizá uno de los más depurados y de más rico vocabulario de toda la Misión militar. Claro está que dominando así nuestro idioma, teniendo una hija «madrileña» y otras dos que lo son casi, y siendo, además, doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid, el joven coronel puede decir sin exageración alguna, con pleno conocimiento de causa:

—Me siento aquí como en mi casa. Madrid me gusta. Es una ciudad muy bonita que me recuerda, en muchos de sus trozos, a Washington, para mi gusto la ciudad más bella. Además, nosotros, los norteamericanos, naturalmente, nos tenemos que entender bien con los españoles, porque, pese a algunas diferencias lógicas, poseemos muchas notas de carácter común. Por ejemplo: el sentido del humor, el espíritu deportivo, el instinto de la justicia, el enfogue de las relaciones familiares. Creo, por lo tanto, que nuestro trabajo aquí, y la experiencia diaria lo demuestra, será un éxito, que el intercambio y la amistad entre nuestros pueblos es completamente natural y muy fácil la compenetración plena.

La biografía de Félix A. Kalinski, pese a su juventud, es rica. Hasta ahora una vida bien aprovechada: de la Universidad de San Angelmo a la Academia de West Point. De ésta, graduado en 1943, a la participación en la última guerra. En las bases de aviones de bombardeo, establecidas en Inglaterra. Una brillante hoja de servicios. Dos Cruces Distinguidas de Vuelo, cuatro medallas. Y tres licenciaturas: en Ingeniería Aérea, por el Instituto Tecnológico de Pasadena (California) en 1947; en Ciencias Políticas y Económicas, por la

Universidad de Georgetown (Washington) en 1952, y el doctorado en Filosofía en Madrid, este mismo año. Pero vendrán más, porque dice, con su impresionante cara de niño serio y aplicado: —Me gusta estudiar. Siempre aprovecho algún rato libre para aprender algo nuevo. No conviene perder el tiempo.

¿Y de dónde saca tiempo este hombre? Porque además ha recorrido una buena parte de España. Y le gusta cazar. La caza mayor y la menor. Y la perdiz, al ojo.

—En general, me gustan todos los deportes. Y soy del Madrid. El fútbol es, aquí, el deporte que más me recuerda en todo —la pasión partidista, los grandes estadios— al ambiente deportivo norteamericano.

Al confesarse partidario del Real Madrid, Kalinski sonríe con satisfacción. Brilla una chispa en sus ojos azules y toda su cara toma por un instante un aire pícaro. Como si estuviera pensando: ¡Por Dios, estoy hecho un madrileño de cuerpo entero!

Miss Janet Schwall, morena, espigada, simpática, admira la capacidad y la preparación del coronel.

—Es una suerte grande tener la oportunidad de trabajar a sus órdenes. Se aprenden muchas cosas junto a un jefe así.

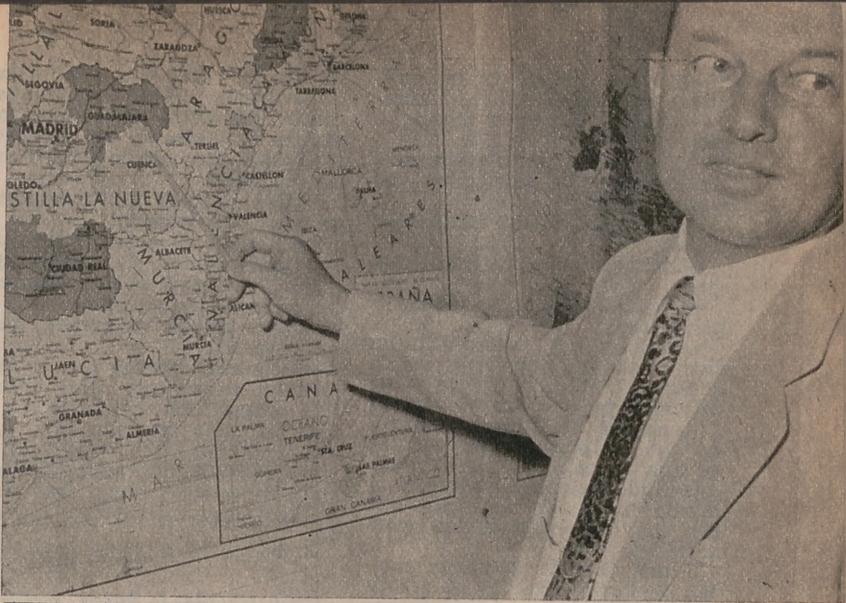
Después de hablar con Félix A. Kalinski, hay que dar la razón a su secretaria. Se pueden aprender muchas cosas junto a este rubio coronel norteamericano con cara de cadete, católico, que cree más en el trabajo que en la suerte, que tiene un infatigable deseo de saber cosas nuevas, al que la Feria de Sevilla le recuerda las fiestas del Oeste americano y al que pueden ustedes encontrar, cualquier domingo, en la tribuna de Chamartín animando al Madrid como un madrileño más.

#### HAY MUCHOS CAMINOS PARA EL CORONEL DZIUBAN

Stanley Dziuban es también descendiente de polacos. Y también coronel. Coronel de Ingenieros. Tiene cara y cabeza de intelectual. La nariz de dibujo redondo, el pelo entrecano la boca pequeña y bien dibujada, los ojos pensativos, la barbilla aguda.

—Mis padres eran polacos. Llegaron a los Estados Unidos hacia el 1900. Eran muy jóvenes entonces y pobres. Mi padre era sombrerero. Fuimos tres hermanos, una mujer y dos varones. Mi hermano murió en la segunda guerra mundial. Cuando la depresión de 1928 yo estaba estudiando ingeniería en Nueva York. Y esta misma depresión me impidió continuar mis estudios. Entonces se me presentó la oportunidad de ingresar en la academia de West Point. En realidad se trataba de un examen de competición en el cual serían admitidos aquellos que demostraran poseer un más elevado nivel cultural. Afortunadamente logré superar el examen. Un año después me gradué, obteniendo el cuarto número de la promoción. Esto era en 1939.

Para el coronel Dziuban están abiertos muchos de los caminos por los que se puede llegar al co-



R. R. Rubottom explica sobre el mapa las tierras españolas que él ha recorrido

nocimiento entrañable de España. Desde el Museo del Prado, donde se deleita en la contemplación de las obras maestras de nuestra pintura, hasta los bailes y canciones del folklore nacional. Desde el cine español, que le ayuda en el aprendizaje de nuestra lengua—le gustó mucho «Todo es posible en Granada»—hasta las faenas camperas de una tienda, donde hace pocos días ha tomado parte activa.

Está casado y tiene cuatro hijos. Los mayores de ocho y seis años. Vive en un chalet en Chamartín. Y se ha sentido feliz; y lo es por muchos motivos:

—Por mi matrimonio, por mis hijos. Y recuerdo siempre, con natural satisfacción, un día que para mí es una «fecha grande»: el día que me doctoré en la Universidad de Columbia.

En las últimas palabras se refiere a la literatura y a la Historia de España.

—Hace muchos años leí el «Quijote». Ahora durante mis vacaciones en Benicassim, espero repararlo volver a su lectura. Y pienso también leer los clásicos y estudiar Historia de España.

#### UN NORTEAMERICANO DE MALAGA: EL CAPITAN SANCHEZ

El padre del capitán Henry Gabriel Sánchez era malagueño. Hace cincuenta y cuatro años abandonaba la ciudad del Perchel y con ansias de aventuras y fortunas cruzó el mar rumbo a Nueva York. Un negocio de importación de productos españoles, aceite, higos y pasas, es la primera ocupación del malagueño. Pronto él mismo pasa a propietario.

A poco de llegar conoce a una joven neoyorquina. Sus padres son catalanes. Del pueblo de Palafrugell. Con ella contrae matrimonio, y a lo largo de una vida feliz entregada de lleno al trabajo y un poco a la nostalgia de España, el nuevo hogar se alegra con la presencia de tres hijos, dos niños y una niña. El

mayor se llama Henry Gabriel Sánchez. Pronto se despierta en él una vocación decidida: la vocación del mar.

Recién terminados sus primeros estudios, Henry ingresa en la Academia Naval. Cuando termina los estudios empieza el capítulo de ascensos y honores. Hoy Henry Gabriel Sánchez es capitán de navío. Está casado y tiene tres hijos. En la última guerra mundial, el capitán Sánchez mandaba unidades de la Flota norteamericana en las aguas del Pacífico. Más tarde desarrollaba operaciones militares al mando de dos portaaviones.

Cuando el capitán Henry fué designado para formar parte de la Misión Militar de Norteamérica en nuestro país, se cumplieron sus mayores deseos. Él quería, desde hacía muchos años, conocer la tierra de su padre y de sus abuelos. Lleva en España dos años. Domina el castellano. En su casa todos hablan el español con perfección. El hijo menor no sabe el inglés.

Al llegar a España sólo contaba la Misión Militar con tres secciones. El capitán Henry fué destacado a Castellón de la Plana. Allí le esperaba uno de los peores trances de su vida: su hijo mayor fué atacado por una poliomielitis fulminante y murió en pocas horas. Tenía catorce años.

En la Moncloa, en un departamento del Ministerio del Aire, el capitán Henry trabaja y hace trabajar incansablemente a sus secretarios. Viste con el uniforme y en su pecho ostenta condecoraciones militares.

—¿Qué le ha gustado más de España?

—De España lo que más me ha gustado es la vida. Me encanta este modo de vivir de los españoles. Yo admiro a los españoles, claro, que mi juicio puede ser parcial, porque llevo sangre española.

—Y ¿qué es lo que no le gusta?

—Hombre, me alegró de la pregunta. Lo que no me gusta son los toros. A mi mujer y a mis hijos los toros le entusiasman. Yo no puedo resistir eso, que hacen los que van a caballo. Los... picadores.

En la oficina del capitán Henry Gabriel Sánchez no hay secretarias. Su secretario lleva en

España seis meses. Es un poco difícil entenderse en castellano:

—¿Qué le parece a usted su jefe?

—Me es muy grato trabajar a sus órdenes. El trabaja al par que nosotros.

El capitán fuma incansablemente.

—Fumo unas dos cajetillas diarias.

—Capitán Henry, ¿es usted supersticioso?

—Pues... verá usted. Yo no creo en eso del número trece. En el Pacífico volé un martes sobre un avión que llevaba el número 13 y escapó sin ningún agujero. Lo que no puedo pasar es que, en una reunión, al encender un cigarrillo enciendan tres con el mismo fuego. Yo no sabía que esto era una superstición muy andaluza.

Henry Gabriel Sánchez, capitán de navío, vive con su esposa y tres hijos en un pequeño chalet de Chamartín.

### MISTER WILLIAMS NO TIENE HORAS LIBRES

La Comisión Económica Norteamericana en España tiene su sede en Madrid, calle de Juan Bravo, núm. 18. Durante la larga jornada de trabajo, en las oficinas reina un silencio casi absoluto. Un ritmo acelerado de trabajo. Las órdenes se transmiten a media voz. Antes de llegar a los despachos, un laberinto interminable de pasillos que se pierden en infinitos recodos, filtros de agua helada y cocinas donde se prepara el café casi ritual de la media mañana.

Para el jefe de la Misión Económica de Norteamérica en España las horas libres no cuentan. A las ocho de la mañana ya se le ve en su mesa de trabajo. Distribuye y reparte las tareas del día a sus colaboradores, da las órdenes oportunas desde su puesto de mando y comienza su dura labor de revisión y estudio de problemas técnicos.

Mister Williams es ya de avanzada edad sin embargo, quizá su nota más acusada, después de trabajador sin horas para el descanso, sea la de ser un fino y elegante humorista. Cuando habla sonrío constantemente, mientras clava en su interlocutor una mirada inquisitiva y chispeante. Su cabeza está ya poblada de canas. En su rostro nunca aparece la señal del cansancio.

En Rosales, en una casa junto al bulevar, mister Williams departe las escasas horas que la oficina le deja libre, con su esposa y dos nietos de seis y once años. Sus dos hijos están ya casados y viven en Norteamérica. Para mister Williams estar unos minutos junto a los nietos que ahora se encuentran de vacaciones, es una de sus mayores alegrías.

Mister Williams es de los primeros en entrar a la oficina y el último en salir. Su departamento queda un poco apartado de los restantes gabinetes. El tiene ordenado que no se le interrumpa durante la jornada. La habitación es amplia y cómoda.

—¿En qué emplea sus días libres?

—Mis días libres son bien escasos. Los pocos de que dispongo

los dedico a leer o a subir a las maravillosas sierras de Guadarrama. Me gusta andar por los montes y disfrutar del paisaje. ¡Está uno tan metido dentro de las ciudades!

—¿Qué medios de transporte prefiere para viajar?

—Sin duda el barco. Creo que es lo más seguro. Y el último de todos el avión. Este lo uso cuando no hay más remedio.

—¿Qué bebida le agrada más en el verano?

—Hombre, ustedes tienen un invento maravilloso. Me refiero a la sangría. Esto apaga la sed y deja un gusto exquisito en el paladar.

Mister Williams, mientras habla, adorna sus palabras con unos gestos profundamente expresivos.

—¿Tiene usted algún plato favorito?

—En España, la paella, y en todos los sitios donde las haya, las cigalas. Unas cigalas amenizadas con este vino tinto que tienen ustedes es algo que yo no cambio por ningún plato del mundo.

El jefe de la Misión Económica de Norteamérica en España es un hombre sencillo y de conversación entretenida. Es avaro del tiempo y del trabajo. Hoy ha perdido unos minutos.

### NACI EN UNA TIERRA PARECIDA A ESPAÑA

Nacer en Nuevo Méjico es tanto como estar habituado al paisaje de España. Así desde niño Richard S. McCaffery, jefe de Propaganda de la Misión Económica Americana en España amaba las bellezas de una tierra parecida a la nuestra. Sol, paisajes cálidos y a veces duros. El pequeño Richard tiene una pasión sobre todos los juegos propios de los chiquillos: trepar a las montañas.

Cuando va a estudiar en la Universidad más característica de Norteamérica, la de Columbia, su pasión sigue en pie. Pero ya aquí se vence y las disciplinas de Arquitectura y más tarde los intensos estudios de ingeniero de Minas le ocupan todo su tiempo.

Cuando termina su carrera se hace una promesa: «Pasaré mis fines de semana en las montañas.» Pero Richard McCaffery no tiene tiempo para cumplir sus propósitos; seis años trabajando en diferentes compañías explotadoras de minas llenan toda su vida en deberes y en trabajos. Más tarde ingresa al servicio del Gobierno norteamericano. Son los tiempos duros de la guerra. Richard McCaffery viaja en misiones toda la Europa occidental. También tiene que recorrer la América Central y del Sur. Un viaje le tienta a mister Caffery: el lejano Oriente. Ya hay paz en Europa y sólo queda la llaga sangrante de Corea. Es el año 1952 y mister McCaffery recibe la orden de emprender un largo viaje, pero no es a Oriente, es a España. Entre los Estados Unidos y nuestra Patria han empezado las negociaciones económicas. En estos dos años de permanencia en España mister McCaffery trabaja intensamente, tanto, que casi no tiene tiempo de aprender el castellano. Se tra-

con él a su esposa. Tiene dos hijas de diecinueve y veintiún años; pero éstas no pueden venir a Madrid permanentemente, porque al igual que todas las muchachas norteamericanas que ganan su vida por sí mismas, las señoritas McCaffery, trabajan de secretarías, aunque en este caso particular, no en Nueva York ni en Washington o en cualquier Estado de la Unión, sino en Inglaterra. Ahora en estos meses las señoritas McCaffery están de vacaciones de verano en Madrid con sus padres y hacen la vida de las muchachas jóvenes de nuestra capital.

En su despacho, mister McCaffery es siempre un hombre puntualísimo. Su secretaria, miss Larimer Larie, no sabe de su mal humor. Mister McCaffery siempre es imperturbable. Le gusta vestir muy elegante y se varía mucho de corbatas, aunque éstas son siempre muy severas. Fuma Chesterfield y a media mañana toma un vaso de leche fría y una pinca, pues la jornada empezó invariablemente a las ocho. Como buen americano le gusta el saborear whisky.

A mister McCaffery no le gustan los deportes como juegos o esparcimientos y si el escalador se saciara de las bellezas de los paisajes españoles. Sus fines de semana se verifican casi siempre de esta manera o viajando por diferentes ciudades de nuestra Patria. El dice que se emborracha así de España.

Frente a frente con mister McCaffery le preguntamos:

—¿Cuál es la ciudad que más le gusta?

—Sin duda alguna Santiago de Compostela.

—¿Por qué?

—Por que me gustan las ciudades antiguas.

—¿Qué montañas nuestras conoces mejor.

—Las conozco casi todas.

—¿Va solo a escalar o en equipo?

—Me acompaña siempre mi mujer, a la que he contagiado de mis aficiones.

—¿Hay alguna de nuestras montañas por la que sienta predilección?

—Por todas ellas, y me siento feliz en los incomparables paisajes de España que son tan parecidos a los de mi tierra nativa.

### CAFE SIN AZUCAR PARA MISTER THOMAS

A mister Harry Thomas, administrador de la U. S. O. M. en España, se le conoce en la oficina de la Misión como el jefe que más sabe controlar sus nervios. Siempre sereno, siempre sosegado y ecuaníme. («Es tan considerado para el trabajo...», dicen todos. Pero él trabaja fuerte e incansablemente. Por eso sin duda mister Thomas necesita constantemente tomar tazas de café puro muy cargado y sin azúcar. En su departamento se oye casi constantemente pedir: «Un café sin azúcar para mister Thomas. También los cigarrillos le ayudan en su ardua tarea y consume al día cantidades fabulosas de paquetitos de Lucky. Su característica más definida es la meticulosidad. Mister Thomas no está tranquilo como no esté su mesa

arreglada y cada papel en su sitio. Tampoco sería aventurado afirmar que mister Thomas no duerme cuando ha quedado en su despacho algún asunto pendiente. Quizá esto se deba a que en el hogar de un matrimonio sin hijos es posible el ser muy ordenado, y mister Thomas, por esta circunstancia, ha vivido siempre con su esposa haciendo vida de recién casados y en una casa donde todo está siempre en orden y este mismo orden es el que le ha llevado a los departamentos de su trabajo. Ahora aquí en Madrid, el matrimonio vive en las residencias Waldorf, dominando la amplia perspectiva de la avenida de María de Molina y frente a las canchas del Club Velázquez. Mister Thomas y su esposa se desplazan para jugar al golf hasta el Club de Puerta de Hierro todos los sábados y domingos. Este casi es su único esparcimiento en España, pues el cargo de administrador lleva consigo tan continuas obligaciones que mister Thomas consideraría un lujo el poder disponer de tiempo suficiente para procurarse la asistencia diaria a cualquier piscina en estos días agotadores del verano madrileño.

Mister Thomas se graduó en la Universidad de Pittsburgh en el año 1934. Entonces odiaba la asignatura de Contabilidad. Veinte años más tarde, y por paradoja, mister Thomas tiene a su cargo la administración de la Misión Económica y a este trabajo se entrega infatigablemente y con alto sentido del patriotismo.

Mister Thomas es hombre al que le gustan los países exóticos. Ha recorrido las Bermudas, Puerto Rico, Trinidad Curacao, Honolulu, Filipinas, China y casi todas las islas del Pacífico. También ha viajado por toda Francia, Inglaterra y Alemania.

La señora Thomas es nacida en Nueva Zelanda y también ama estos países llenos de colorido de que su marido pausadamente nos habla ahora:

—De todos estos países que ha recorrido, ¿cuál le gusta más?

—Para vivir me gustaría Honolulu. Y ahora, después de seis meses en España, con toda sinceridad puedo decir que me gustaría permanecer en Madrid, pues me siento enormemente compensado con la vida de España.

—¿No le molesta la diferencia de horario de trabajo?

—No, en absoluto. Es más la hora de la siesta en España, yo le encuentro explicación: es necesaria.

—¿Qué cualidad considera la mejor de los españoles?

—Su cordialidad y su sentido hospitalario.

—¿Le gusta el arte?

—Yo entiendo poco de arte. Mi mujer sí, es una gran aficionada a la pintura.

Y mister Thomas mira apesadumbrado unos papeles que acaba de traerle su secretaria, miss Esther Hutchinson. Sin duda no los dejó en perfecta colocación o tal vez él tiene que pasarlos al punto. Nos levantamos y estamos seguros que cuando hayamos traspasado la puerta, mister Thomas pedirá su café sin azúcar y seguirá trabando en esta agotadora jornada americana en la que hay que cubrir las cuarenta horas semanales.

### MISTER RUBOTTOM, HOMBRE DE HOGAR

Si tuviéramos que ver a mister Rubottom a través de su secretaria, miss Roberta Anderson, que habla un dulce castellano, aprendido en Colombia, nos diría que su jefe es un hombre paciente, impecable siempre, considerado para hacer trabajar a los empleados y a ella misma, que no fuma y que le gustan las corba-



J. J. Collins, ingeniero

tas de colores moderados, que cambia a menudo de traje y que no pasará ninguna mañana, a las once, sin su vaso de leche con un suizo. También miss Anderson nos confiesa que la señora Rubottom es mujer elegante y guapa, que llama con frecuencia a su marido a la oficina. Casi siempre, al terminar la jornada de la mañana y de la tarde, viene a buscarlo en el coche que ella misma conduce.

El mister Rubottom que nosotros vemos es el prototipo del clásico americano. Alto, fuerte, con rostro aun de muchacho y una cordialidad que se manifiesta en la perfecta acogida que dispensa al visitante. Para comprender en toda su extensión la amabilidad de mister Rubottom diremos que es diplomático.

—Yo he tenido tres trayectorias distintas—nos dice—. La guerra me interrumpió en mi trabajo como administrador, y durante ella fui cinco años capitán de fragata. Al terminar la contienda me decidí a iniciar mi camino en la diplomacia.

—¿Qué fué lo que le inclinó a ser diplomático?

—El deseo de conocer mundo. En general, en cada país que he visitado he encontrado cosas que me han interesado enormemente. Paraguay, por ejemplo, es un país sugestivo en extremo. Uno de mis hijos es paraguayo, nacido en Asunción.

—¿Cuántos hijos tiene?

—Tres. Una niña de once años, un niño de nueve y el pequeño de dos. El paraguayo es el de once años.

—¿Lee usted trabajo aprender el español?

En realidad, los mayores han aprendido y olvidado tres veces

el español. Ahora lo están aprendiendo por cuarta vez.

A mister Rubottom se le va a disfrutar cuando habla de sus hijos. Se conoce que la felicidad en el hogar de este joven matrimonio es perfecta. Ahora nos cuenta las aficiones de sus pequeños:

—A mí me preocupa más las carreras de los niños que la de la niña. El niño demuestra aficiones mecánicas y la niña parece que se inclina hacia el diseño de modelos. Yo no tengo preferencias por ninguna carrera. Todo trabajo me parece bien con tal de que sea honrado.

—¿Su señora y usted practican algún deporte?

—Sí, efectivamente. Nos gusta mucho jugar al tenis y al golf. Como espectador, me gusta el fútbol, aunque no soy muy experto en este juego.

—¿Qué opina del fútbol español?

—Asistí al Campeonato para la Liga en el estadio de Chamartín, y sinceramente me pareció uno de los mejores del mundo. Quedé entusiasmado.

—¿Le gusta a usted vivir en Madrid?

—Mi mujer y yo estamos encantados. Pero, naturalmente, por mi mucho trabajo nos tenemos que privar de muchos esparcimientos. Vamos a los clubs a jugar un poco al golf; otras veces, como llevo cansado, prefiero quedarme en casa. A mi mujer le encanta el servicio doméstico de España, y yo estoy de acuerdo con ella. Nuestra cocinera es excelente y nos gusta unos «roast-beef» que nada tienen que envidiar a los de nuestra tierra.

—¿Conoce muchas regiones españolas?

—Casi toda España, de Norte a Sur. Para nosotros tiene el encanto de lo nuevo, de lo diferente, con un gran interés histórico. Aquí, en España, está el fondo y la explicación de toda la cultura hispanoamericana.

### MISTER LEWIS, GRAN DEPORTISTA

Thomas J. Lewis es el jefe del Departamento de Industria y Transportes. Es hombre de unos cincuenta años. Viste a la americana con cuidada pulcritud. Llegó a España el día 1 de enero de este año. Su corta estancia en nuestra Patria no le ha permitido captar los matices de nuestro idioma. Cuando quiere expresar alguna frase de marcado interés, acude invariablemente al inglés.

En Madrid vive solo. Su única hija, de diecinueve años, cursa estudios en la Universidad de Miami, en la especialidad de artes liberales. En uno de estos días mister Lewis espera la llegada de su hija y esposa.

Antes de llegar a España, Thomas J. Lewis desempeñó cargos de relevada importancia en Brasil, Perú, Ecuador, Africa, Egipto. En España ha recorrido muchos kilómetros. Sobre todo, el Norte. Para mister Lewis Santander es la ciudad más bonita de España.

—¿En qué emplea sus fines de semana?

—Soy muy aficionado al deporte. Algunos días voy al Club del Campo a jugar al golf. Me gusta nadar y sobre todo cazar, pero en Madrid apenas si tengo tiempo para nada. Aunque los días

normales de trabajo son cinco a la semana, hay veces que trabajo siete.

—¿Qué es lo que más le agrada de la cocina española?

—La paella. Es un plato allí desconocido.

—¿No echa usted de menos alguna especialidad americana?

—Sí. Algo que por aquí no se ve: el pastel de manzana.

—¿Y no echa de menos muchas cosas?

—Pues, no. Aquí se encuentra uno como en su propia casa. Bueno... hay algo que sí: aún no he encontrado un batido de leche y chocolate como lo hacen en casa.

(Thomas J. Lewis tiene una corbata típicamente americana. Roja, con algunos dibujos.)

—¿Le gustan las corbatas llamativas?

—No. Soy «conservativo». Todavía no he comprado ninguna corbata española, pero las he visto en los escaparates y creo que picaré pronto.

—¿Le gustan los vinos españoles?

—Sí. Sobre todos, el jerez y el «Tío Pepe».

(La señorita Constance Merrick es la secretaria del jefe del Departamento de Industria y Transportes de la Comisión Económica.

Es americana y entiende algo el castellano. Cuando se le pregunta qué le parece su jefe, tiene sólo dos palabras para definirlo: trabajador y elegante.)

#### PARA MISTER COLLINS, EL TRABAJO ES UNA DIVERSION

En uno de los pisos del rascacielos madrileño de la plaza de España tiene mister Collins sus oficinas. Su presencia en Madrid está relacionada con las obras a realizar. Alto, grueso, viste un traje gris impecable y su ocupación constante apenas si le deja unos minutos para la charla. Cuesta llegar hasta la última habitación más escondida del piso, donde mister Collins tiene su pequeño cuartel general.

En Norteamérica ha trabajado durante catorce años sin interrupción como ingeniero en la construcción de grandes obras. Entre ellas, los túneles del río Hudson, del Metro de Nueva York. Su fama y prestigio como experto maestro en la ingeniería le llevaron, desde hace veinte años, a prestar sus servicios en grandes organizaciones constructoras, recorriendo casi todos los países de América y algunos de Europa.

Mister Collins está casado y vive en Madrid con su mujer.

A las ocho y media de la mañana, un coche le deja a la puerta del rascacielos. En la oficina permanecerá una larga jornada de diez horas diarias.

—¿Cuál es su mayor diversión?

Mister Collins responde, sin ironía:

—Trabajar.

—¿Cuántos hijos tiene?

—Dos hijos, dos nueras y cuatro nietos.

—¿Qué hace cuando no trabaja?

—Pues no le sé responder, porque desde que es oy en Madrid no sé lo que es no trabajar.

—¿Cuándo cree usted que aprenderá perfectamente la lengua española?

—Yo ya no seré un buen estudiante, pero aspiro a poder conversar fácilmente con mis amigos de Madrid dentro de pocos meses.

Cuando se le pregunta qué edad tiene, dice:

—Mi edad no tiene que ver con el calendario. Creo que siempre seré joven.

BLANCA ESPINAR, M. J. ECHEVARRIA. DIEGO JALON Y ERNESTO S. VILCHES

## LA FE CON OBRAS

CUANDO Francisco Franco se arrodillaba el pasado día 25 de julio ante el Apóstol Santiago, no era sólo el Jefe del Estado español que proclamaba ante Dios y ante los hombres la verdad y la autenticidad de nuestro catolicismo. Francisco Franco es también el capitán que supo vencer en la última Cruzada de Occidente. Tenía su voz el peso y el acento de quien sabe ganar las batallas de Dios, de quien puede hablar en nombre de un pueblo, que reafirmó su unidad católica con la sangre, aún fresca, de millares de mártires muertos por su fidelidad a Cristo y su Iglesia, «sin una sola apostasía». Todo era claro y explícito en aquella radiante epifanía compostelana, ante la mirada y hasta el asombro de peregrinos del mundo entero. Pero, ante todo y sobre todo, quedaban en su justo lugar y en su significado más fiel la rectitud de voluntad y el despierto sentido de responsabilidad con que España se enfrenta con su propio quehacer y con el trance en que hoy se encuentra la cristiandad. La palabra del Caudillo, sobria y precisa, se alzaba, por su propia fuerza, por su patético realismo, a categoría y axioma políticos de máxima actualidad: «mas el mundo es camino y lucha. Por ello no podemos dormirnos en los laureles y descuidar la tarea de nuestra perfección... Al contemplar en su verdadera dimensión la ola materialista que al mundo sumerge, la propagación sistemática del error, y observamos el vicio y la corrupción invadiendo de arriba a abajo todos los escalones de la sociedad moderna; cuando la soberbia desafía la ley divina y la crueldad caracterizan las relaciones entre los hombres, la apostasía se extiende a tantas naciones ayer católicas y comprobamos el espíritu demoníaco que caracteriza de Oriente a Occidente las persecuciones religiosas, presentimos que se aproximan días de prueba y de castigo y sentimos el temor de la justicia de Dios, por grande e infinita que sea su misericordia.»

Era la suya la voz del espíritu vigilante de España. Sólo quienes cumplen con el deber día a día y en todas las horas; sólo quienes respaldan con la consecuencia de las obras el dogma que profesan, pueden pronunciarse con esta ejemplar serenidad.

Lo refrendaba luego, con su autoridad de

príncipe de la Iglesia, el eminentísimo cardenal arzobispo de Santiago, en su contestación: «Como prelado de la Santa Iglesia, yo os felicito, Excelencia, por haber sido elegido por Dios para reafirmar nuestra unidad católica y para asentar en España este sistema de relaciones entre la Iglesia y el Estado, en las cuales, y pese a las erróneas interpretaciones de los deficientemente informados y de los hombres de mala voluntad y de intención torcida, se están tan lejos de una supeditación del Estado con relación a la Iglesia—que ella no quiere ni podría aceptar en asuntos que no le competen y que el Estado no consentiría jamás—como de una servidumbre o enfeudamiento de la Iglesia con relación al Estado, que éste no pretende en manera alguna y que aquella rechazaría en todo caso hasta el martirio y hasta la muerte.»

Las relaciones entre la Iglesia y el Estado no son sólo un importante problema jurídico. Son mucho más, pues Iglesia y Estado son las dos sociedades dentro de las cuales el hombre ha de desarrollar íntegramente su personalidad y ha de encontrar todos los medios necesarios para la consecución de su último fin. Es la coordinación armónica establecida conforme a razón y derecho lo que dará siempre la claridad, mientras toda tendencia separacionista—máxima cuando se trata de países en los que, como España, se da unanimidad en la profesión de la religión verdadera—lo que crea y engendra por sí misma el confusiónismo. «¿No es, acaso—decía el cardenal Quiroga—, una tesis teológicojurídica—que debe ser sostenida por todos los que admiten el recto principio de la ética y del Derecho Natural y de la Teología fundamental—que toda sociedad y, por consiguiente, todo Estado está obligado a abrazar y a profesar, y a conservar, y a proteger la verdadera religión, que sólo es la católica?»

Convertir en vida y práctica de vida pública y privada la doctrina católica en toda su integridad es lo que el Estado español, guiado por Francisco Franco, quiso y quiere en todo momento. A esta norma se ajusta su legislación y a esta norma ajustada siempre sus procedimientos de gobierno.

EL ESPAÑOL

# CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON EDUARDO HARO TECGLÉN

QUE ha pasado en Francia, en este chovinista país galorromano para entregarse a un empedernido bebedor de leche, relegando a la oposición al más consecuente catador de tintero? ¿Por qué se ha instalado en el Quai D'Orsay de la calle de Rivoli este señor pequeñito que es el señor Pierre Mendes-France; mientras que el otro señor pequeñito, el señor Georges Bidault, ha salido de allí con su esposa, la madame Crapotte, según la maledicencia del panfleto en forma de novela titulada «El fin de las Embajadas»? Los expertos en la vida francesa, como tú, estabais viendo venir esta mudanza a través de muchas señales imperceptibles; pero yo también he advertido previamente la mutación observando los tejemanejes de un personajillo que ya es personaje. Cuando llegaba a Madrid Juan Creach le preguntaba siempre por Jean Jacques Servan Schreiber, cuya pista vengo siguiendo desde hace más de un lustro. Creach me respondía que era un fantoche, un israelita jovencuelo inflado de osadía e impertinencia, pero que prevalecía gracias al influjo y la fortuna de su madre, tan enredadora dentro de la tribu Schreiber. Creach tenía oje riza al ambicioso Servan Schreiber porque le aventajaba en «Le Monde» y porque parecía ser que era el niño mimado del presidente Bidault a quien aconsejaba planes de audacísima envergadura. El judío Servan viajó por Europa y Norteamérica costeado por los fondos secretos de la diplomacia oficial; mas, sin embargo, el señor Bidault, entre su mentor escurririzo y la señora Bidault, que es diplomático de la carrera, prefirió la tutela más leal y constante de su mujer. El señor Bidault había dejado de ser el editorialista un tanto bohemio, aficionado al morapio, en su versión popular de Francia, por antonomasia «le rouge», que escribía los artículos de un diario semiclandestino de la democracia cristiana, «L'Auber», desaparecido cuando su partido ocupaba el Poder. A partir de esa predilección de Bidault por su esposa, el desdichado Jean Jacques Servan Schreiber iba a servirse técnica y friamente de la propaganda para conseguir una revancha que, a la vez, fuese aceptada y aplaudida por ustedes, los expertos.

Desde el 18 de junio de este año, cuanto ocurre políticamente en Francia no se deberá al azar ni a la providencia divina, sino a un artilugio de acciones y reacciones psicológicas que se han preparado en la retorta de unos manipuladores de la psicología social, de la psicología colectiva. Al frente de este equipo de tamatargos sociales se alza Servan Schreiber, secundado por la dama hebrea, que también atiende por el nombre literario de Francoise Giraud. Para tí no hay secretos en el grupo de «L'Express», pero hay que enterar a los españoles con reiteración de que existe, de que actúa con varios despachos a su disposición en el edificio del Quai D'Orsay y de que dispone sin escrúpulos de la Prensa, de la televisión y de la radio. Esta gente es la que prepara a Pierre Mendes-France sus charlas radiofónicas de todos los sábados para captar al pueblo francés a la manera campechana e insinuante de Roosevelt cuando les hablaba junto a la chimenea de la Casa Blanca. Esta facción es la que pone fantasía sobre las costumbres públicas de la IV República que ha imitado tan ramplonamente a la III República; pero sin abandonar la regla de oro de la primera República de Francia, que es el radicalismo masónico de aparentar más demagogía de la que se siente, para no encontrar ningún enemigo a la izquierda y persistir en el ejercicio del mango. Los masones de Francia han presentado sus abiertas tragaderas, devorando a cuantos hombres no se colocaron desde el principio al lado suyo. Así el antiguo alumno de los jesuitas, Charles De Gaulle, no ha podido evitar que sus

mesnadas le abandonaran para disfrutar de las sinecuras del Estado a las órdenes de un laico presidente del Consejo, masón y sefardita. La plana mayor del galismo ha entrado como un rebaño presuroso en las huestes de Pierre Mendes-France.

La política planificada de los galistas, quienes por medio del ex soviético André Malraux habían aprendido los métodos de agitación y persuasión de Rusia, se había cansado de esperar a que abriese la puerta del Gobierno absoluto el jefe de la Residencia, cual había dado participación en Argel y París a los comunistas. Como De Gaulle no se atrevió al golpe de Estado, que es una locución y una táctica francesas, los galistas se fueron con Mendes-France, ya que les prometía novedades y las manos libres. Se va a asistir a un espectáculo político en Francia para el que se han sacado entradas en todas las partes del mundo. Sin embargo, puede preverse en primer lugar que más será el ruido de las nueces, puesto que Jean Jacques Servan Schreiber y sus escribas están hinchando el perro hasta que el pellejo resista. Y después debemos prevenirnos de esta oleada de izquierdismo que de tiempo en tiempo invade las vetérrimas tierras europeas. En 1945 se predijo que los regímenes nacionales tras la cesación de la guerra, se descompondrían en dictaduras de la mano siniestra, del mismo modo que el Sultán de Constantinopla fué heredado por Mustafá Kemal, que alardeaba de su ateísmo y de su despotismo ilustrado, con gran satisfacción de los liberales y de los demócratas de Europa, que estaban en contra de Hitler y de Mussolini. También el «new deal» rooseveltiano fué una especie de fascismo de izquierdas, disimulado por la hipocresía anglosajona. La profecía de 1945 se ha cumplido hasta donde se cumplen las profecías y aceptando en la órbita del izquierdismo a la democracia cristiana, que ahora se ha vuelto más izquierdista en Italia bajo el rótulo de «Iniciativa democrática», de Amintore Fanfani. El izquierdismo francés, como el nacionalismo francés de los camorristas «camelots du Roi» siempre comienza o se acaba en el partido radical de Francia, cuya juventud se ha denominado con cierto retintín histórico la fracción de los «jóvenes turcos».

Pierre Mendes France es, pues, un «joven turco», cuyas narices le rompieron los senares de Charles Maurras en la sazón de estudiante. El meteco que iba para marxista se quedó en radical y aprendió Economía a la manera de un pseudo Jacques Bainville, de la Acción Francesa; porque quien no sabe Economía en los tiempos modernos no puede penetrar en los tinglados que prepara la propaganda. Pierre Mendes-France se casó con otra judía de abundantísimo dinero, que está esperando que el ateo israelita Andrés Maurois la incorpore idealizándola a una biografía de su marido, escrita a la semejanza de la biografía de Disraeli. Ya se ha saltado ese apellido; pero aun es muy pronto; aunque no es pronto para conmoverse ante esta familia Mendes-France (mujer, madre y padre) que acompañan por doquier a su retoño. Es el «ghetto» que se ha lanzado a la calle, en la ocasión que domina la dirección de los principales periódicos parisinos. Toda la Prensa que tú lees ahí es una Prensa dirigida, como los otros medios de la propaganda manejados con desembarazo por esos señores que no habrán escuchado el discurso del Ministro de Información y Turismo español al inaugurar las dos emisoras de onda corta en Arganda del Rey. Liquidado el asunto de Indochina, ahora viene lo bueno en Francia; es decir, ahora viene lo malo; aunque tanto lo bueno en Francia que es pésimo, como lo peor, que a la postre mejora, no debe confundirnos excesivamente a los españoles, porque, según las palabras sagacísimas de don Gabriel Arias Salgado, no hay más verdad verdadera que la verdad católica practicada con prudencia y mesura españolas. Allá el señor Pierre Mendes-France con los extravíos de su «realismo» político, y allá los franceses que soportan la propaganda de Servan Schreiber.

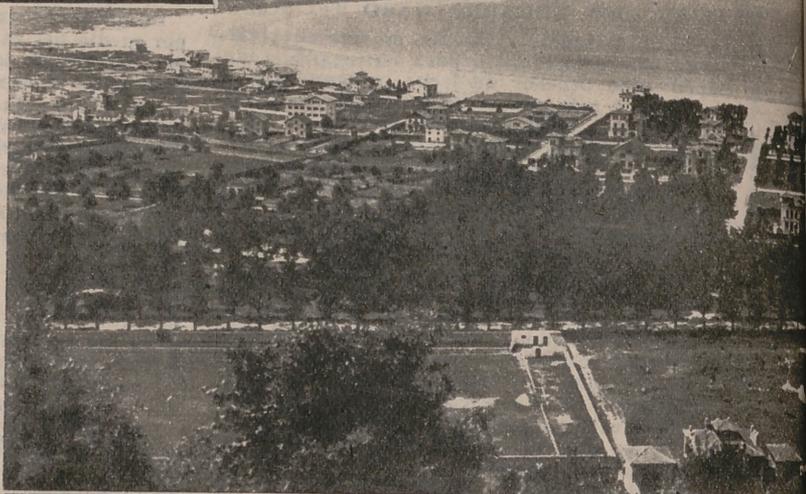
# NUBES DEL CANTABRICO

## CASTILLA SE ASOMA AL MAR POR EL PUERTO IMPERIAL DE LAREDO

*Al hilo del veraneo, nuestros cuatro enviados especiales continúan su caminar por las tierras de España. Este es tiempo de litoral, de sierra y de bosque. Los hombres de ciudad se acercan ahora al mar y al campo buscando reposo, sosiego y una brisa fresca y confortante. Del veraneo español hay mucho que hablar. No sólo es descanso. También sirve para ir descubriendo en los más remotos rincones de nuestra geografía una nueva fuente, un puente nuevo o una convivencia alegre y esperanzada. Concha Fernández Luna, Aurora Cuartero, Joaquín Ruiz Catarinéu y Carlos Rivero son hoy los ojos de EL ESPAÑOL. Ellos, por trochas y caminos reales, continúan mostrando a nuestros lectores la faz optimista y satisfecha de la España de hoy.*

ENTRE los dos hondones de Vasconia y Asturias—hondones por sus altas y próximas espaldas, y por su arquitectura, de cercanías risueñas y sin otro término lejano que el misterio—recorremos ahora una tierra de vecindad igualmente risueña. Pero ésta es un mar de colinas abiertas, un paisaje de lejanías con genio de llanura: Santander, la «tierra esmeralda», siempre verde como la tierra vasca, pero de colores luminosos y brillantes por la luz de sus horizontes remotos. No recuerdo el nombre de quien la llamó así—«tierra esmeralda». Pero dió la clave de su paisaje.

Santander es ya tierra ancha. Es, de veras, Castilla, y no sólo por arbitrariedad de fronteras administrativas. La sensación de lo remoto, que abandonamos al pasar Alava para no hallarla jamás en las tierras vascas del Cantábrico, la volvemos a hallar ahora. A veces casi hasta nos extrañan los bosques de eucaliptos que dibujan sus polígonos en las colinas y el tinte verde que baña todo el escenario; porque el esqueleto del paisaje es aquí, en la costa, igual al de las lomas ondulantes y austeras, las «dunas»



## SANTANDER SE PUSO DE MODA GRACIAS AL COLERA

del desierto castellano. Allí trágicas y aquí risueñas, pero son las mismas. Y están también en los árboles camineros; grandes olmos y los plátanos de anchas copas majestuosas, y por allí caminan, garbosas y ligeras, las caballerías con sus cargas torridables de hierba en las aguderas; de suerte que ya no se ven esos castillos de heno proyectados hacia lo alto por las albardas de madera acodada que usan en las provincias vascas, sino las patitas del burro ascmando por debajo de un enorme mirriñaque de heno.

Pero sobre todo lo distinto y lo gracioso que trafica por estos caminos de la Montaña, está aquí el gran signo de Castilla: el camino mismo. Ignotas, despejadas, claras y netas como signos o como anhelos, se lanzan las veredas por las lomas y los ribazos. En la etapa anterior no hemos podido ver esto en ninguna parte. Y se nos antoja como de magia que, siendo los mismos, estos remotos caminos castellanos estén aquí rodeados de verde bañados en luz de esmeralda y de acequia.

### LA PLAYA DE LAREDO, UNA DE LAS MEJORES DE EUROPA

La antigua Villa de las Seis Calles, bastión de Castilla, fué en la época de Alfonso X el Sabio, capital de la Montaña y sus dominios se extendían, a través de los antiguos caminos romanos, hasta las altas tierras de la Rioja. Por Laredo, entonces Castilla se asomaba al mar. Esta villa montañesa posee uno de los archivos de Indias más importantes y completos que hoy se conocen en España.

En este maravilloso pueblo, que sigue construyendo su ciudad de verano a lo largo de la playa—cinco kilómetros de extensión en forma de concha—, conocida como una de las mejores de Europa por sus condiciones naturales, concentra una población ve-

raniega de más de diez mil veraneantes, llegados de América y otros puntos de nuestro Continente, en su mayoría franceses e ingleses.

De Laredo han escrito ya otros cronistas, y nuestra pluma se quedaría corta para describir los encantos de este pueblo cántabro, que durante los tres meses de verano hierve en continuos festejos. Culminan las fiestas con una fastuosa «batalla de flores», en la que las provincias vascongadas, con el resto de la Montaña, vuelcan sobre la villa más de treinta mil personas, en una inundación de alegría y buen humor. Laredo en este día semeja un pequeño Río de Janeiro en las márgenes del Cantábrico.

### POLISONES Y SOMBRES DE COPA ALTA EN PUERTO CHICO

Puesto que mi morral y yo hemos hecho nuestra entrada triunfal en Santander sentados en el techo del automóvil, cumple que té hablemos de la capital. Tenemos a nuestras espaldas, situadas en ese escenario que acabo de señalaros al paso, algunas cosas de que hablaremos después. Cara a nosotros, Suances, Santillana del Mar, San Vicente de la Barquera, Unquera y el camino de la Liébana y los Picos de Europa.

Si —puesto que leéis estos reportajes— os gusta estar al día sobre veraneos, haréis bien en leer un número de «La Ilustración» de cualquier día de julio de 1849: porque en ese año es cuando hemos decidido, huyendo del cólera, venirnos a veranear por estas tierras. Y en uno de ellos leeréis: «La anual expedición a Biarritz, Luchon, etc., es peligrosa este año para la conservación del individuo. Aun San Sebastián y Santa Agueda no ofrecen seguridad a los que sospechan que el cólera prosigue su funesta marcha por el camino real de Francia... Era preciso que la moda señalase el punto donde deben darse cita las perso-



Playa de la Concha, de Santander

## LAS SARDINAS, VERANEANTES DE ÚLTIMA HORA

nas resueltas a huir de las caricias del sol de la Corte... Y las montañas de Santander han merecido la preferencia... Muchas son las personas que han salido para el magnífico establecimiento de Ontaneda; no pocas se disponen a tomar los baños de la mar en el Sardinero de Santander... y en su lindo teatro se escucharán los acentos de Matilde la Palma y los dos Romeas...

### «QUE NO ANDEN LOS CERDOS POR LAS CALLES Y LAS PLAZAS DE ESTA CIUDAD»

Todavía no lo era a principios del siglo pasado, cuando ya cabeceaban en lo que hoy es Puerto Chico las arboladuras de Londres, de Dantzig o de Hamburgo. «Se renueva —dice un bando del corregidor en tiempos de Carlos IV— el vando (sic) por el que se prohibió (sic) absolutamente el que los cerdos andubiesen (sic) por las calles, plazas y paseos de esta ciudad, baxo sus penas». Después de esa fecha recorrió España aquel célebre vendedor de biblias protestantes que se llamaba Jaime Borrow —en realidad era un «tramp», como mi morral y yo— y se entusiasmó con Santander. «Tiene palacios mejores que la aristocracia de Madrid y están habitados por comerciantes.» Entonces tenía Santander unos 30.000 habitantes.

### LA FERIA DE MUESTRAS EN BAMBALINAS

Nadie diría, sin embargo, que el Santander de los comerciantes no es de hoy, cuando se visita la Feria de Muestras en los últimos toques de su instalación. Hoy el Gran Casino es una colmena. Pintores y carpinteros que acaban a toda prisa los «stands», y una porción de palmazos, entre los que se encuentra esta viajera, mareando a los Servicios de Información. Van a ser expuestas —en la feria ganadera— vacas holandesas, suizas una se-

rie de razas; caballos árabes, hispanoárabes, pura sangre, bretones e irlandeses.

En la avicultura habrá lotes de patos; desde el tren he visto sus criaderos en las rías de gran entrada; he visto ejércitos de patos anadeando por las llanadas entre acantilados, estos «fiorós» risueños, verdes y apacibles. Hacía la parte de Vizcaya, y en la misma Vizcaya, es donde con más frecuencia los encontré.

### SANTILLANA, O EL SOSIEGO DEL ALMA.—ALTO TURISMO Y RECUERDOS «DE ELABORACION ESMERADA»

No estoy siguiendo —lo advierto para gobierno del que lea— orden cronológico alguno más que el de las etapas sucesivas. Mi

humor, en cada una de ellas, es la norma de su versión; pero lo hago por bien de mi prójimo. No he conocido nada tan aburrido como un diario de a bordo.

Llegué mucho más mareado que cuando navegué hasta Machichaco.

—Bien te está —gruñía mi morral— por ir «ahí abajo»... ¡Si hubieras venido aquí arriba conmigo!...

Me senté, de acuerdo con mi condición vagabunda, en un sillar de la obra que hay frente al Parador de Gil Blas; ahí se trabaja en un viejo palacio para instalar una Residencia de Artistas —españoles y extranjeros— a cargo del Gobierno Civil de Santander. Y permanecí con los ojos cerrados hasta aliviarme. Entonces oí decir a un picapedrero:

—O están «idos» o les falta poco.

Creí que lo decía por «nosotros». Me pareció natural. Pero no era por nosotros. Tuvimos suerte. En aquel momento desembarcaban en el Parador dos hombres y una mujer cuyas operaciones describo. No pude averiguar su nacionalidad; pero «adivino». Y me declaro en un des acuerdo irritado y sincero con el picapedrero; sé que hay, detrás de las escenas que siguen, un mundo concienzudo y lleno de cordialidad. Os contaré el tumulto que armamos entre todos.

Escena número uno: Bajan los forasteros de su coche y esperan; uno de ellos monta un tomavistas y entonces los demás empiezan a abrir el portaequipajes y a cargar maletas mientras les filma su compañero; las dejan en el zaguán.

Escena número dos: Han preguntado algo y se van dos de ellos para la Colegiata, mientras rezagado, su compañero les filma; muchos chicos, mi morral y yo hemos ido detrás; los chicos me toman por una extranjera del grupo y uno empieza a gritar literalmente: «Comanta-



Izquierda: Casa Consistorial de Castro Urdiales.—Derecha: un detalle del puerto de Laredo

lebú mamuasel, perdón, perdón!»; y así, convertida de verdugo en víctima, toda esta noticia queda ennoblecida sobremanera por mi propio sufrimiento. El del tomavistas nos filma por detrás a todos, en barullo. ¡Corramos, corramos, que la pareja se mete en la Colegiata! A su puerta hay un caballero y una muchachita que deben ser «indígenas», puesto que llevan indumentaria urbana y notablemente limpia. Quieren los fotógrafos filmarse con ellos, y a viva fuerza lo logran, con palmetazos en los hombros del caballero, escandalizado. ¡Ea! Pues ya está. El del tomavistas sale ahora en el film, porque se ha turnado dinámicamente con su compañero, habiéndose realizado todas las operaciones en la forma prevista por el mando.

Escena número tres: La señorita que ha sido atropellada para filmarse huye al interior del templo y se refugia en el baptisterio. En este momento yo me siento muy mal, y tengo que retirarme. Regreso a la plaza, me siento en la piedra y creo que voy a dar un espectáculo; por suerte no llega la sangre al río. Cierro los ojos, descanso la cara en el hueco de las manos, y me tranquilizo en el silencio... Pero de nuevo está aquí el gran cortejo. «¡Son del cine, son del cine!», gritan unos chicos. Entran de nuevo en el Parador y sacan las maletas y las ponen de nuevo en el portaequipajes.

Escena número cuatro: Vuelven a sacar las maletas y empiezan otra vez a filmar. ¡Ya calgo! No ocurre sino que la escena número uno no les inspira confianza. Todo normal y lógico; es cine familiar, cine de «souvenirs», pero de elaboración esmerada. La prueba es que ahora se quedan en el Parador y prostiguen —supongo yo— el cuidado rodaje de sí mismos en el interior.

Y a todas éstas creo que ni siquiera es he dicho que estamos en Santillana del Mar, ciudad bendita, de inmenso reposo.

De sus campanadas, de sus piedras coronadas de hiedra y de sus calles, poco nuevo podría decirnos. Pero además, el tumulto ha hecho que culminase mi mareo...

### TITERES Y CLARETE. ¡VIVA «EL BOTE»!

Todos los productos y subproductos de los eucaliptos que crecen en la provincia de Santander y en la de Asturias —y esta repoblación forestal con bosques de eucaliptos es eficazísima, de una enorme extensión y un verdadero éxito de aquella política en la zona cantábrica— son aprovechados por la gran central industrial Sniace, instalada aquí en Torrelavega. Sé que su envergadura y su influencia sobre la comarca, sobre su demografía y nivel de vida son enormes, y quiero verla; para lo cual aprovecho los tres cuartos de hora escasos que faltan hasta la salida del automóvil dirección Suances. No, no he olvidado al de tomavistas. Tened un poco de paciencia y esperad.

En ir desde la ciudad a la fábrica se pasan diez minutos largos; no puedo hablarlos, pues, de otra cosa que de la magnitud exterior de las instalaciones, y daros algunas cifras. Absorbe esta fábrica el trabajo de tres mil obreros, para los cuales ha construido desde que se fundó bloques de viviendas hasta un número aproximado de quinientas; una iglesia, un club con bar, casino y biblioteca y un «kindergarten» con los primeros años escolares para los hijos de las obreras.

No me hago responsable de estos datos. Proceden de las amistades que he tratado en el techo de los autobuses, donde he solido viajar. Pero sí que he oído decir a un compañero de viaje:

«Nuestra» instalación por aquí o por allá...» O bien: «¡No «estamos» nosotros enterados de eso!»

Hablaba ese hombre de la fábrica de la Sniace, como si fuera cosa suya.

Pues bien; entre la fábrica y la estación, unos titiriteros están haciendo trabajar a su cabra. La cabra sube a la consabida torre de tacos; ponen más; vuelve a subirse... Y allí, extasiado, entre la chiquillería, como Gulliver en el país de los enanos, y abrazado a una bota de vino, está uno de nuestros amigos de Santillana.

Y ¡cómo se nos despegaba este hombre —«el rubio», le acaba de llamar uno de los golfillos—, verdadera estampa del turista, en este arrabal urbano lleno de chatarra y de escoria! Pero de pronto ocurre que «el rubio» me ha reconocido. Toda la cara se le ilumina con una sonrisa feliz.

—¡Viva «el bote»! —me dice enseñándome la bota.

¡Que Dios le bendiga! Allí le

dejé contemplando las acrobacias de la cabrita. Suena el bocinazo del coche; no estoy lejos, por fortuna, y lo alcanzaré si arriesgo mi existencia cruzando las vías a la buena de Dios. Llego como una tromba, y subo al techo, con mucha más soltura que la cabra sobre los carretes. ¡Todo antes que el mareo!

Tienen estos coches correos del Cantábrico algo de góndola y de semáforo, con su fila de bancos en el techo y el alto parabrisas «a proa», para proteger las piernas de los viajeros. Cuando he viajado encima de uno de ellos por el borde de algún río, no estaba en aquel momento segura de si no iba hundiéndome las aguas del Tajo, navegando majestuosamente con la Reina Isabel II.

### SUANCES, O EL MEDITERRANEO EN CANTABRIA

Cuando se llega a Suances en un atardecer y se tiene la fortuna de que —¡ah, sólo por un momento!— salga el sol, las casas del poblado de «abajo» —el de la playa— os hacen pensar en Niza. Están diseminadas por la ladera junto al mar, son rotundamente blancas y crecen entre palmeras, palmeras completamente «malagueñas» que se desarrollan espléndidamente en este clima tibio.

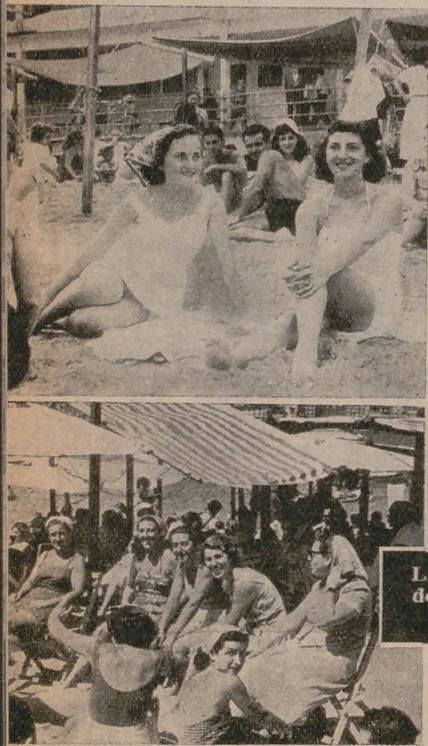
El Suances de trasguerra tiene un club distinguido, el Vista Mar, que es más bien de carácter social que deportivo. Lo visité y vi, como en todos los sitios de «estables», poca gente. Muchos turistas, entre los que cuento, naturalmente, los españoles, y pocas gentes quietas es lo que más estoy encontrando por estas playas.

Pronto desaparece la visión de Niza, en cuanto el cielo se pone color «panza de burro», como le llaman los andaluces. El cielo se pone gris, y comienza a llover. Y es, por añadidura, la hora del «spleen», la caída de la tarde. Las líneas rompientes se precipitan unas sobre otras como soldaditos al asalto y coronan y difuminan la playa con pulverizaciones de espuma.

### UNOS VERANEANTES A QUIENES NADIE ESPERABA YA: LAS SARDINAS

La provincia montañesa tiene dos muñones a Este y Oeste, como si los asturianos y los vascos, gentes las dos de bravo carácter, se la disputasen y tirasen cada cual por un lado. Y es por Oriente un poquito vasca, mientras que por Occidente es muy asturiana.

A los vascongados les gusta mucho pensar antes de contestar. Se toman para ello un largo rato, y les irrita que, como el silencio se prolongue, se lo trunquéis con adivinaciones y aclaraciones que no os han pedido. Dejad al vizcaíno sin impacencias que piense todo lo que quiera. Cuando os conteste podréis, sin miedo, cimentar una catedral sobre sus palabras.



Las playas de la provincia santanderina son limpias, alegres y muy frecuentadas

Con su gracioso laconismo, con sus tres palabras «contadas y cantadas» —porque hablan cantando— los vascos llegan por Somorrostro, entre valles hundidos, montañas, túneles y bruma hasta Castro Urdiales. Al comienzo de esta etapa me encontré allí con veraneantes inesperados: bancos de sardinas, que los años últimos habían decidido no veranear por aquí, y este año han vuelto a honrar estas costas con su presencia y alegrar el corazón de las conserverías, que reciben con júbilo la baja progresiva de los precios por abundancia en las Lonjas de pescadores.

Por esta razón desde Castro Urdiales a San Vicente nos hemos fijado sucintamente en las cosas de la pesca y de las conserverías, y hemos visto esto:

1. En Castro Urdiales está lejos de sobrar la mano de obra.  
2. En San Vicente de la Barquera sobra mano de obra, con paro invernal.

4. Sobra pesca, y se deprecia, en San Vicente de la Barquera.

Respecto a circunstancias cualitativas de la situación, hallamos que en Castro Urdiales, donde no hay paro estacional, se elabora por la fábrica P... filete de anchoa. Su propietario me dijo que para cada 15 en otra conserva se cargan 150 pesetas en la elaboración de las anchoas en filetes. Este trabajo es perpetuo y una cobertura del paro. ¡Cinco muchos!

Yo no lo haré. Además de conservar la pesca y las conservas durante todo el viaje, las he estado oliendo también concienzudamente. Y estoy saciada.

#### LAS ROMERIAS MUEREN

Desde Unquera, en el límite de la provincia, he asistido a una romería en un pueblo cuyo nombre tiene casi aire manchego: Muñoz Rodero.

En San Vicente he visto cómo las muchachas del pueblo iban a la playa en bicicleta a bañarse con las veraneantes: la misma afición, los mismos trajes, las mismas necesidades. Y por la tarde, en Muñoz Rodero, he visto exactamente igual: bicicletas iguales, costumbres, trajes y relaciones iguales. Puedo, pues, describir únicamente cómo nuestros pueblos han dejado ya de ser un «espectáculo» para unas minorías, y cómo en todo, hasta en el veraneo, la vida mayoritaria arrolla todos los temas y los coloca en revisión.

Pero no lo hago, porque no hay ni tiempo ni espacio.

Esta etapa concluye.

Mañana —siempre en el techo— nos pondremos en marcha para «las Asturias de tierra adentro...»

Aurora CUARTERO  
(Enviado especial)

LEA Y VEA

TODOS LOS SABADOS

“EL ESPAÑOL”

## COSTAS LAS DE LEVANTE...

Benicarló



## VERANEAR YA NO ES UN PRIVILEGIO

DE momento—aun mucho antes de valorar impresiones, depurar notas, sopesar juicios, tarea que requiere un lento diapason que por ahora está bastante lejos de mis posibilidades—, la enseñanza más importante que he extraído de este rápido viaje por la costa mediterránea es la de que el goce del veraneo, el disfrute de la vacación estival en lugares de atractivo especial—y casi siempre alejados del ambiente habitual de vida y labor—no es en España privilegio reservado a sectores sociales de excepción. Con una expresión más llana diré que el placer del veraneo en el mar o la montaña resulta hoy asequible a la mayoría de los españoles, y una playa o un albergue montañero viene a ser muestrario de una gama social que comprende todos los matices económicos, desde la opulencia a ese estado de equilibrada urgencia que se designa con la frase «vivir al día». El hecho incuestionable es que los españoles veranean, y, naturalmente, cada uno de acuerdo con el grado de comodidad que le permiten sus disponibilidades, pero siempre dentro de unos límites de decoro que, hoy por hoy, constituyen mundo adelante un auténtico lujo, sólo accesible a grupos de área muy limitada.

Yo he tenido ocasión de ver en las carreteras y los caminos vecinales de este litoral millares de familias viajando en coches espléndidos, y he visto también matrimonios de apariencia más modesta haciendo sus recorridos de pueblo a pueblo montados en una moto, y aun me ha sido dable contemplar el esfuerzo de parejas que iban—mochila el hombre—pedaleando a dúo bajo el sol, en bicicletas bipersonales. Claro es que esta diversidad de medios de locomoción establece por sí misma la escala de las diferenciaciones. Hay, sin embargo, un par de cosas que unifican a esta humanidad rodante, que por

unas semanas se hace a un hábito nómada, la posibilidad de gozar idénticas bellezas, rodar los mismos caminos, disfrutar las playas en común; pero, sobre todo, hay algo que las identifica más por lo hondo: el mismo gusto por los paisajes, por las viejas piedras, por los monumentos y los recuerdos de la España incommovible. Da gozo andar ahora por España, cuando cada movimiento, cada actitud de los individuos revela un sentimiento de admiración y de respeto en torno a cuanto nos configura en una dimensión trascendente.

Va dije que, como resultado de esta mi experiencia caminera de ahora, lo más significativo y provechoso me parece el haber comprobado algo así como la inauguración de una conciencia de amor del español—de los españoles—ante las cosas de su patria.

Creo que es un síntoma de excelente salud espiritual esto de que los españoles comiencen a conocer—y a valorar por sí mismos—todo aquello que generaciones anteriores desdénaron o, cuando menos, ignoraron. Yo no sé si a lo mejor estoy exagerando la significación del hecho de que los españoles sean los principales turistas—pero turistas dotados de una temperatura de devoción hacia lo suyo que no pueden tener los extraños—de su país.

Una síntesis perfecta de la entretenera humanidad que en esta época se agita por España adelante buscando la posibilidad de librarse del nudo corredizo de la canícula, la he encontrado aquí, en el coche de línea que me conduce desde Benicarló a Pefiscola. El último asiento del vehículo lo ocupan, conmigo, un médico de Valencia, muy comunicativo, y dos hijas suyas, todavía muy jóvenes, que se pasan la mitad del viaje riéndose, aunque disimuladamente, de una muchachita que se toca con un sombrero piramidal recargado de cir-

tas y de mucho vuelo, al que sin duda ha servido de modelo el que usan, con el atavío típico, los chinos. La chica del sombrero va con un aire receloso, en el que se advierte ese confuso sentimiento de las mujeres que se atreven a ponerse una prenda muy audaz y, al mismo tiempo, van llenas de miedo al ridículo.

Cuando llegamos a Peñíscola es la una y pico de la tarde y en la playa hay ya mucha animación. A uno y otro lado de la carretera que casi confina con el mar están tumbadas multitud de motos con matrícula de diversos puntos de la Península y también de algunos países de Europa. Es ardua la subida al castillo. No es precisamente un camino de rosas esta quebrada cuesta pavimentada con guijas afiladas puestas de canto.

Inmediatamente detrás de mí sube un pequeño grupo de franceses, al que una mujer con aspecto de gitana y tocada con un sombrero de segador les habla de los templarios, de los moros y del Papa Luna con una suficiencia un poco incoherente y «no bacherillable», llena de matices pintorescos.

Con escasísima esperanza de hallar a nadie a tales horas entro en el Ayuntamiento, que cae muy cerca del castillo. No hay nadie. En el salón de sesiones, cerca del estrado concejil, veo un bombo arrimado a la pared. Estuve, por un momento, tentado a batir el parche asomado al balcón, a ver si así aparecía alguien en el pueblo, que está replegado sobre sí mismo, inverosímilmente callado y oculto, huido como un mochuelo de múltiples cabezas de este sol frenético izado en el palo mayor de las dos de la tarde.

#### AQUI MANDAN LAS «MADRILEÑAS»

A mediodía, las niñas madrileñas de la colonia escolar «Virgen de la Paloma», del Ministerio de Educación Nacional, llenan de gritos y de risas la playa de Benicarló. La invaden como una posesión natural, con esa ideal capacidad adquisitiva de los niños, que hacen de su propiedad cuanto cae bajo los dominios de su alegría. Prácticamente, a tal hora, allí mandan las escolares de Madrid. La gente de Benicarló se emboba viendo cómo las madrileñas se zambullen en el mar. La verdad es que este friso infantil de la playa compone una de las estampas más vivaces y bellas del verano de Benicarló.

Don Vicente Fábregat, secretario de la Cofradía de Pescadores local, me promete ponerme al habla con la directora de la colonia escolar «Virgen de la Paloma», a través de la cual me propongo conocer algunas particularidades acerca de la vida de estas pequeñas en Benicarló. Haciendo tiempo recorro con Fábregat las instalaciones de la lonja del pescado, que es una obra de considerable envergadura, en la que se han invertido más de 1.600.000 pesetas. La lonja, cuya construcción e instalaciones fueron ultimadas a fines de 1950, dispone de tres balanzas automáticas valoradas en 800.000 pesetas y posee catorce cabinas-despacho para compradores. El volumen anual de las ventas que se registran en la lonja de Benicarló rebasa los nueve millones de pesetas.

La creación de esta lonja, de gran capacidad, ha sido consecuencia del creciente progreso de la importancia del puerto pesquero de Benicarló, en cuyas obras de ampliación y reforma—entre las que destaca la construcción de los malecones y muelles de Levante y Poniente, de 800 y 250 metros de longitud, respectivamente—se han invertido de 1941 acá más de 25 millones de pesetas.

Dejando a un lado el volumen material de estas realizaciones, la más alta dimensión social de la obra emprendida en el puerto de Benicarló—que da abrigo a una flota constituida por 65 embarcaciones a motor y 40 a remo o vela—la expresa la construcción por el Instituto Social de la Marina de un bloque de 42 viviendas destinadas a familias de pescadores.

Tras visitar este bloque, cuya construcción va muy avanzada, don Vicente Fábregat me acompaña hasta el grupo de escuelas graduadas de Benicarló, habilitado para residencia de la colonia escolar «Virgen de la Paloma». Doña Africa Ramírez de Arellano, directora del grupo escolar madrileño «Menéndez y Pelayo» y también de la colonia establecida en Benicarló, ha tenido la gentileza de explicarnos minuciosamente el funcionamiento de ésta y nos ha servido de guía en la visita. La colonia—semejante a otras muchas que funcionan en los tres litorales españoles—no se propone una finalidad de simple recreo, pues se trata de que el régimen de disciplina normal en la escuela—no tanto intelectual como moral—no se relaje en la colonia. A las niñas, pues—además de mucho sol, mucha playa, mucho ejercicio al aire libre—, se les da oportunidad de hacer labores gratas, en las que ellas se interesan con un afán verdaderamente ejemplar. He visto las paredes centrales del local ocupado por la colonia decoradas por las propias niñas, decoradas con un sentido del humor, un ingenio y una habilidad asombrosos.

Por la colonia «Virgen de la Paloma» pasan durante el período de verano unas 300 niñas, que no pagan un solo céntimo y a las que únicamente se les exige que traigan un pequeño equipo de ropa y aun éste, en los casos de pobreza extrema, les es facilitado con cargo a los fondos del ropero del grupo escolar de origen.

#### BURRIANA, INTERNACIONAL

La gente de Burriana sabe poco de la vida de Iturbi allí. El maestro hace una vida más bien recoleta, de descanso riguroso, y él, que alcanzó toda su gloria mediante los sonidos, procura vivir aquí, en sus permanencias relámpago, rodeado de silencio, sin dejar que se le acerque ningún ruido, ni siquiera el que Napoleón señalaba como el menos desagradable de todos. Iturbi aparece sin aviso y se va también sin anuncio previo. Es un hombre que, además, puede dar con facilidad los grandes saltos a la comba de los paralelos, pues tiene a su servicio hasta una avioneta de propiedad particular.

Burriana está alcanzando ahora el vértice de su animación ve-

raniega. El calor está apretando de firme en toda la región, y la gente comienza a buscar el refugio de esta playa magnífica. Sentado en la terraza de un café he contado, en el transcurso de una hora, el paso de veintitantos automóviles de matrícula de bandera diversa. El pueblo, que, por otra parte, afirma con irreductible fidelidad su típico carácter levantino, suaviza en esta época su peculiaridad con un acento muy mezclado impuesto por el tráfico continuo de gentes de muy opuestas procedencias.

Que Dios le pague a la jefe de la Residencia Sindical («Manuel Mateo», de Benicasim, su demora, en recibirme, porque gracias a esto he podido tomarme un respiro a fondo, con sujeción a los consejos de esos higienistas que todavía prescriben los ambientes dominados por el pino y el eucalipto. El mar está a un par de kilómetros, y a mí me llegaba su son de caracola en do mayor cuando se abría un claro de silencio en el estridor de un tractor que en una finca contigua a la Residencia arrastraba un arado.

—Aquí, desde el 15 de julio—me dice la jefe de la Residencia—, viven quince chicas que pertenecen, como productoras, al Sindicato de Frutos y Productos Hortícolas. La estancia de estas muchachas en la Residencia dura, en cada turno, quince días, y el Sindicato Provincial corre con todos los gastos. Las obreras, para ser admitidas en la Residencia, han de dirigir una instancia a la Delegación Provincial de la Sección Femenina, que es la que rige y atiende a todos los servicios del establecimiento.

—¿Qué condiciones especiales se tienen en cuenta?

—Nada más que dos: que estén encuadradas en el Sindicato y sean personas de buena condición moral.

—¿Tiene una finalidad formativa la Residencia?

—Especialmente, no. Aquí las obreras vienen, sobre todo, a descansar, en un ambiente de hermandad, de comodidad y de alegría.

El edificio que ocupa la Residencia «Manuel Mateo» tiene aire de casa campera de tipo señorial. Se llega hasta la puerta central por una escalinata espaciosa con doble balaustrada lateral de piedra.

#### FESTEJOS EN LA ALAMEDA

Valencia disfruta ahora sus ferias de julio. Unas ferias de profundo arraigo popular, pero que al mismo tiempo ofrecen una de las versiones más nobles de cómo el pueblo puede divertirse señorialmente, es decir, sin descender a lo chabacano.

La Alameda de Valencia figura, de antiguo, en el que podríamos llamar catálogo tónico de las cosas espléndidas que reúnen las ciudades españolas. Y la Alameda sirve de marco estupendo a la mayor parte del nutrido programa de festejos de julio.

Valencia, que durante el día tiene su pulso normal de ciudad laboriosa, por la noche se expresa multitudinariamente en un tono de fiesta mayor auténtica, en la que la verdadera alegría del pueblo está muy por encima de cualquier actitud convencional

destinada a la atracción de turistas.

El empaque y la belleza permanentes de la Alameda han enriquecido en esta ocasión con el emplazamiento de unos pabellones de recreo pertenecientes a diversos centros oficiales y particulares, en cuya construcción se alía la línea tradicional de la arquitectura levantina al rango más nuevo y audaz del arte de edificar. De noche, en estos pabellones se celebran bailes y recepciones concurridos por lo más representativo de la ciudad. Para el gentío que ocupa la Alameda—literalmente la ciudad, alrededor de la medianoche se vuelca allí—hay representaciones teatrales al aire libre, certámenes de canciones y danzas regionales, fabulosas sesiones de fuegos artificiales—no se olvide que los levantinos son particularmente aficionados a la pólvora y sus protécnicos de los mejores del mundo—y un número largo de atracciones de orden más modesto, que van desde el tióvivo hasta las demostraciones del devorador de estopa.

La noche que yo anduve por allí, el cuadro artístico del Centro Aragonés ofreció una muestra—muy digna en la ejecución, pero, además, muy varia, muy amena—de cantos y bailes de su región. No todo es folklóre, sin embargo, y el programa de fiestas anunciaba para días sucesivos funciones de ópera en los Viveros Municipales, donde bajo la dirección de Annovarri fueron puestas «Tannhäuser» y «Fausto».

#### NAZARET GANA LA PARTIDA

Lo tuve, en cambio, para ir, de muy buena mañana, hasta la playa de Nazaret, donde la gran ciudad levantina tiene, desde hace algún tiempo, un conjunto de instalaciones polideportivas de importancia excepcional y, en realidad, un enorme escotillón por donde la población valenciana se mete para disfrutar del agua, del sol y de una teoría de alicientes que van desde la prueba olímpica hasta la exposición de arte o el ciclo de conferencias sobre temas de gran prestigio popular.

Con la aportación principal del señor arzobispo de Valencia, secundada por ayudas de procedencia diversa, ha sido creado el estupendo complejo deportivo de Benimar, en cuyas obras se han invertido, hasta ahora, alrededor de cinco millones de pesetas.

Contar—y cantar—a estas alturas las excelencias naturales de la playa valenciana de Nazaret sería tanto como incurrir en la ingenuidad periodísticamente grave de insistir en algo muy sabido. Pues piense el lector que, aprovechando el lugar más bello de esta playa ha sido creado un conjunto de instalaciones que hacen posible simultáneamente el desarrollo simultáneo de un gran número de pruebas de las más diversas especialidades. El balance de la última jornada dominical me parece que colma, en este sentido, todas las posibilidades de asombro: ocho partidos de fútbol juvenil; once de baloncesto; siete de balonmano; doce de tenis; uno de hockey sobre patines y 100 de ping-pong, además de la travesía de—competición ya famosa en Valencia—la Chuta, con la participación de medio centenar de nadadores.

La verdad es que el público responde con generosidad al esfuerzo de toda índole que representa el sostenimiento de Benimar. En 1953 pasaron por aquí algo más de 350.000 personas, y los datos estadísticos recogidos en lo que va de verano prometen que este año será superada con largueza esta cifra.

Es la mañana del lunes, y en la playa hay muchos centenares de personas. No es difícil imaginarse cómo estará esto los días festivos. Pero hay espacio y holgura para todo, para todos.

Me parece bastante difícil hallar un muestrario socialmente tan heterogéneo como el que ofrece. En la barra del bar, al lado de la pelirroja extranjera que toma su whisky, está sentado un hombre de condición modesta que bebe a pequeños sorbos, para alargarlo, su vaso de vino. En el salón de exposiciones—donde hoy hay una muestra de la mejor pintura española actual al lado de los intentos, algunos muy estimables ya, de las «promesas» locales—hay gentes de inculcable procedencia rural junto a personas que tienen aire de lo que en las ciudades se llama, con una expresión de significado muy concreto dentro de su imprecisión, la «buena sociedad».

Por cierto que en este salón de exposiciones a caba de pronunciar una conferencia llena de interés y de gracia el pintor madrileño Esplandiú. Una conferencia que por cierto está siendo uno de los temas más animados de estos días del verano valenciano.

Carlos RIVERO  
(Enviado especial)

# PLAYAS DE MODA EN LA COSTA DE ORO

## Las tierras gaditanas a caballo entre dos mares

Por el portón abierto de Sanlúcar de Barrameda empezamos a adentrarnos y a despuntar en la provincia de Cádiz, orillas de la ancha mar y rubia arena de descanso. Sanlúcar fue la primera población del sur de España adonde acudió gente del interior a veranear. Pero dejémos que nos lo cuente su Alcalde, Tomas Barbadiño, andaluz y sanluqueño.

—A mediados del siglo pasado, el duque de Montpensier edificó un palacio de verano, al que venía anualmente acompañado de su pequeña corte. La gente empezó a adquirir la costumbre de la proximidad de la playa y a perderle un tanto el respeto al mar. Luego, con el comienzo del siglo, hacia mil novecientos, asoman por Sanlúcar los primeros bañistas, que ya vienen exclusivamente a eso: a disfrutar de las inmersiones y a respirar aire yodado.

—La gente le tenía verdadero miedo a las cosas del mar. El mar era lo remoto y, también, las asociaciones de los berberiscos. Y de este temor antiguo y total se pasó rápidamente al goce festivo de ahora. Vaya una anécdota histórica. Cuando Elcano regresó de darle la vuelta al mundo y arribó a Sanlúcar, se encontró con la playa desierta. Nadie había acudido a recibirle. ¿Quiere usted más demostración del terror de las gentes por el mar?—nos dice don Manuel Barbadiño, cosechero de rubia manzanilla.

La manzanilla sanluqueña es única en el mundo. Única, porque sólo aquí se cosecha. Misterios del sol, del aire, de la entraña salina de esta tierra. El caso es que se han llevado cepas a otros lugares, incluso de la provincia, y nada. No sabe a manzanilla.

Camino de la playa de La Jara, hoteles con su nota de color a un lado y a otro, parcelas geométricamente cultivadas, donde veranean hasta cien familias, cada una dueña de su chalet y de sus aranzadas. Nos envuelve un denso olor a caracolas, flor de forma marina.

En La Jara aprendemos por vez primera la palabra «corral» en términos de marinería. Francisco Otero, «Merlin», sanluqueño, pescador de estirpe, cinco ge-

Puerto de Benicarló





Vista de la playa de Fuentebavía.

neraciones de «corraleros», nos explica:

—El «corral» es una murallita de piedras encasquilladas unas en otras, hasta con algas y ovas nacidas y apretujadas allí. Es una caza pequeña, de pescado menudo y cercado. Ya ve usted que el muro no es muy alto. Permite entrar a la marea, y en la bajamar los peces sorprendidos se quedan dentro, saltando en la arena vacía o casi sin agua. Entonces con el pincho o el sable se caza el pescado. También pescamos con la «tarralla».

Nos enseña una pequeña red cónica, de bordes ribeteados de plomos, que se lanza a voleo, como el sembrador echa el trigo al surco, cuando, remangado y en aguas bajas, descubre un pescado que le gusta.

De la playa de La Jara retrocedemos hacia la ciudad para ir al otro lado, junto a la desembocadura del Guadalquivir, donde está el Bajo de Guía, playa popular y próxima de Sanlúcar, frente a los pinos acampados del coto de Doñana. Sopla un viento limpio y fresco del Atlántico, «el foreño».

Juan Llera, sanluqueño «a toas», como él mismo dice, es un hombre de mediana edad, con ese cordial acento del Sur que entreabre amistad en el acto. Se ha criado en el Bajo de Guía y es el corazón de esta punta gaditana.

—Viene mucha gente a veranear. Pero cabe más todavía. Estamos muy aislados; las vías de comunicación por carretera y ferrocarril son incapaces. Una carretera por la costa de Cádiz a Huelva es lo que nos está haciendo falta. Pero quién le pone ese puente gigante al Guadalquivir...

Los langostinos y las acedías de Sanlúcar también son únicos. Damos fe de ello. Llera es un artista de la marisquería.

—El cómo se cuecen los langostinos es el «secreto del sumario». Nadie más que yo lo sabe. Y no lo digo. Ya sabe usted la coplilla que me sacaron: «Hay tres cosas en Sanlúcar —que vuelven loco a cualquiera: —las niñas, la manzanilla y los langostinos de Llera.» La acedía y el langostino de aquí son la reconcentración del fósforo de la mar. No crea usted. De seis a ocho

millones de pesetas importa el pescado de Sanlúcar al año. Aquí vale más la calidad que la abundancia.

Las boyas de la ría, escatonadas frente al mar abierto, balancean un ritmo de sirenas dóciles y ciegas. Velas abombadas al viento oceánico de la media tarde Dejamos Sanlúcar, con su ciudad alta y su ciudad moderna, sus langostinos y sus viñedos, sus festejos estivales (carreras de caballos en la magnífica pista natural de su playa, entre otros) y su larga cordialidad.

#### PAQUITA RICO, BAJO EL SOL DE CHIPIONA

Si un forastero recalca por Chipiona y pregunta a cualquiera que por dónde se va a la playa, le mirará con extrañeza y luego le dirá: «Por todas partes que usted quiera ir», con ese acento un tanto amistoso y zumbón propio de las gentes de esta tierra. Porque Chipiona es una concha marina en tres pedazos. Y cada uno ofrece una dimensión de belleza diferente. La playa de «La Cruz del Mar» en la marea baja aparece salpicada de chiquillería, que bulle al sol y a las tiernas espumas. Andando por el límite de las olas, en dirección a la playa de «Regla», la sorpresa agradable de Paquita Rico, sencilla y cotidiana bañista, una más entre los cientos de personas que acuden cada temporada a Chipiona desde Sevilla, Jerez, Córdoba. Se deja abordar con una gentileza garbosa y sin restricciones.

—Mi familia viene aquí de siempre. Desde chica me he acostumbrado a esta playa. Me gusta, porque aquí se descansa bien. Paso todo el día en la playa, jugando a la pelota y yendo y viniendo del mar a la arena. ¿Ha visto qué suave es? Y, sin embargo, dura, firme. No se pega después. Mi vida aquí es tranquila, hogareña. Me llevo el guión de mi nueva película a la playa y a ratos estudio un poco. Por la noche, invariablemente, voy al cine.

Surgen nuevas preguntas; otros rumbos. Paquita, andaluza de solera, responde sin cansarse:

—El jueves me voy a San Sebastián, y después del Festival, regreso a Madrid a hacer «Los peces rojos» con Joseph Cotten.

Estoy aprendiendo inglés con una madileña criada en Inglaterra para la versión inglesa de mi película.

—No. No me caso por ahora. Ni tengo novio. Antes de los treinta años no pienso casarme. En serio, en serio, no me he enamorado nunca. De verdad.

Luego nos dice que le gustan mucho, mucho, los pasteles, pero que no se permite comerlos. Son los pequeños sacrificios a que obliga el cine. Pesa 48 kilos y no puede pasar de ahí. Suspira un tanto cómicamente y sonríe simpática.

—El tomate con bacalao es lo que me quita «el sentío». Pero no puedo probarlo. Bueno. Una vez por semana como todo lo que quiero; pero el resto, ayuno. En febrero pienso volver a Méjico, que tengo un contrato de dos películas con Mier y Bru. Al teatro no vuelvo en dos años, por lo menos. Me encuentro cada día mejor, más a gusto, en el cine.

Paquita, esbelta y dorada, nos sonríe desde dentro de los ojos. Comprendemos que hay que dejarla bañarse, jugar con su balón de colores, disfrutar de la playa.

#### LA VIRGEN QUE LLEGO DE HIPONA

Saltando de playa en playa, avance y retroceso por la lisa arena, nos dirigimos ahora al convento de franciscanos donde se rinde culto a la Virgen de Regla, Patrona de Chipiona. Imagen chiquita, de mirar recatado y dulce, cuenta la tradición que esta Virgen fué traída en el año 433, desde Hipona, por discípulos de aquel gran santo mediterráneo, Agustín. El primitivo nombre de esta imagen fué el de Virgen Líbica o Bella Africana.

—La coronación canónica de la Virgen de Regla tendrá lugar el 5 del próximo septiembre. El día 1.º de septiembre dirá don José María Pemán el pregón de la coronación. Y un arzobispo colombiano, su ilustrísima J. M. González Arbeláez, predicará los dos triduos: uno, anterior a la coronación, y otro, después. La coronación se ha promovido sola, por el entusiasmo de los de aquí y de los veraneantes—nos dice el padre guardián del convento, autor de un librito donde se condensa la historia de la imagen, tan ligada a Chipiona y a todo el occidente andaluz.

Desde el 15 de julio a la primera decena de septiembre, Chipiona duplica el número de sus habitantes. La ciudad ha ido ensanchándose por el lado de Levante, en las cercanías de la Virgen de Regla, y hay más de cien hotelitos de construcción reciente. Siete mil personas veranean en estas playas. Gentes de buena posición comparten el baño con los naturales del pueblo y saborean los bien condimentados «chipirones» y hasta el dorado o rojo moscatel. Toda la uva que se produce se convierte en vino. Un vino aquilatado y pastoso, que rezuma dulzor y, sin embargo, no cansa. También se cría aquí la uva «palomina», que da un caldo casi transparente.

—Si acaso una solera se pone

la refresca con otro vino más bajo, de menos grados. Aquí se vienen haciendo unas ocho mil botas de palomina y unas mil quinientas de moscatel—nos dice José Acosta, capataz de una importante bodega.

Hablamos de los «corrales», fórmula de pesca típica de estas tierras.

—El «corral» es una propiedad. Tiene su escritura, como otra finca cualquiera. No puede entrar nadie hasta que el dueño y sus empleados no ejecutan el «catedo»; el «rebusco» es operación que realizan posteriormente todos aquellos que quieren. Ocurre igual que con los espigadores, después de segado el trigo, o los que cogen aceituna de los suelos, una vez terminado el ordeño del olivar.

### ROTA, VERANEO FAMILIAR

Desde la corta bocana de Rota se perfila Cádiz en una incierta lejanía, engaño de los ojos si pretendemos medir la distancia. Rota es una proa ordulada frente a la mar inabarcable. El antiguo castillo de Luna cabalga desde su torreón un horizonte movedizo y verde. Sopla un aire yodado y fresco. Comienza a decrecer el mar. Las blancas terrazas alineadas son como gavicetas en reposo. Rota es un galeón en carena. Su famoso castillo, convertido ahora en colegio a cargo de las salesianas, alberga a un centenar de niños y niñas, que aprenden un oficio y adquieren cultura general.

La plazuela de «Bartolomé Pérez» atesora un regustillo de epopeya y aventura. Este rotoño, intrépido navegante de las carabelas mandadas por Colón, dirigió como piloto en el segundo viaje al Nuevo Mundo la carabela «San Juan», según reza la placa conmemorativa. Murallas y puertas árabes; iglesia de Nuestra Señora de la O, con un angustiado Cristo del siglo XV, y la capilla de la Virgen del Carmen, rezumante de historia y poesía: «Esta reja se iso con limosnas que mandó de las Indias Gaspar de los Reyes hijo de Rota i besino de la Ciudad de Lima. Año de 1632.»

Las mareas de Santiago son las más poderosas, la pechada honda del mar, y llevan en esta tierra de marineros un nombre significativo: «aguajá largo». Por contra, la bajamar es más extensa y en todo el dique casi se puede marisquear a placer, seguros de encontrar siempre pescado, cangrejos, almejones y hasta ostras. La playa del Chorrillo remata en cumbre de pinos. Actualmente se construyen hotelitos de verano a la sombra verde del pinar, desde donde se domina una mar dilatada, con Cádiz a la izquierda y Chipiona a la derecha. La playa de la Costilla, del lado de Poniente, bordea las casas de Rota y es accesible desde todas partes de la ciudad. En su extremo occidental limita con el campamento de Milicias Universitarias «La Forestal», especialidad de artillería de costa, integrado en su mayor parte por estudiantes de ingeniero industrial,

y Barcelona.

Ignacio A. Liaño, Alcalde de Rota, habla con sosiego y mesura:

—El veraneo aquí es íntimo; siempre los mismos rostros conocidos. Rota es la playa de Sevilla. También vienen de Madrid, de Jerez, de Córdoba, de Jaén... De seis a ocho mil veraneantes pasan aquí la temporada. En cinco o años se han edificado ciento catorce chalets en zona de campo. El pueblo, ya lo habrá usted visto, está totalmente pavimentado y limpio. El puerto es pequeño. Está sin terminar, lo que hace que con el levante no puedan apostarse los barcos...

Salimos de Rota con los ojos llenos de luz y paladeando el saborcillo de la «tintilla» rotoña, zumo de una uva que no se cría más que en estos terrenos arenosos.

### FUENTEABRABIA Y EL RECUERDO DE MAZZANTINI

Sí, señores. Las playas gaditanas son la auténtica «Costa de Oro» de la Península. Desde Sanlúcar al Puerto, con la arribada forzosa en Jerez, un clima paradisíaco, con levante y sin levante, y los mejores vinos del mundo. Dorados y finos, lumbre de Andalucía, soleras recreadas para una degustación lenta, muy lenta.

Pero el Puerto de Santa María tiene otras cosas.

—La playa de la Purtila es la de la gente modesta, tanto del Puerto como de Jerez. Las magníficas comunicaciones permiten a los jerezanos ir y venir en el día. La playa del Coto de Valdelagrana será la playa del Sur. Está aprobado el proyecto por la Comisión provincial de Ordenación Económica para construir un hotel-balneario; un hotel-residencia en el pinar; quinientas residencias particulares, que estarán dotadas de agua corriente, luz y, naturalmente, un doble servicio de comunicaciónes por carretera y en barco. Mire, lo mejor es que vaya usted a ver Valdelagrana. Y también Fuenteabravía, a quien ha habido que modificarle el nombre antiguo: Fuenterravía, por evitar confusiones con cierta playa norteña.

Cuatro kilómetros de arena en suave curva hacia Cádiz y una

eso es el Coto de Valdelagrana. Pinar abajo, recostado perezosamente al sol y a las olas, en la hondonada de la bahía de Cádiz, baño y deporte marino sin límites y sin riesgo. Sí. No hay duda. Será la mejor playa del Sur; ya lo es, por obra y gracia de sus dones naturales. Está magníficamente comunicada: a la orilla misma de la carretera general Madrid-Cádiz.

Pero también la playa de Fuenteabravía, con fuentes de un agua fresca al borde del mar y su kilómetro de arena tostada, vale la pena de venir al Puerto. Su forma de concha y los acantilados de pinar son el atractivo de esta playa, a la que se llega por una carretera vecinal, llamada de antiguo «camino de Mazzantini».

—En tiempos del gran torero, que venía cada año a invernar en su finca «El Recreo», era esto un camino de arena. Cuando venía al Puerto, cogía su cochecillo de caballos y hala, al trote, camino de Fuenteabravía. Todo el trayecto tirando pesetillas a los chavales. Y luego, ya ve usted, murió arruinado. Don Luis Mazzantini llegó a ser hasta Gobernador Civil de Guadalajara. Cuando la Dictadura salió un decreto dejando en suspenso los haberes pasivos. Un amigo de don Luis le condujo hasta Martínez Anido, quien le recibió con estas palabras: «Ya sé a qué vienen.» Y por real decreto se le concedió, como caso especial, el retorno de su pensión.

Voivemos al Puerto. El transbordador nos lleva a Cádiz, diagonal de su bahía luminosa. Pensamos que el mar puede cercarse. Del Puerto a Cádiz o, mejor, de Rota a Cádiz tendríamos la bahía más ancha y segura de Europa.



(En la página 16 aparece una bella panorámica de la playa de Fuenteabravía, en el Puerto de Santa María. — Arriba: Castillo de Guzmán, en Tarifa. — Abajo: La maravillosa playa de moda de Sanlúcar



## EN CHICLANA SE RUEDA UNA PELICULA DE AMBIENTE PERUANO

Con los últimos cros de la tarde, charreteras de la marinería, San Fernando recibe al equipo campeón. Autoridades y pueblo congregan su jubiloso sentir. Primero, la salve a la Virgen; después, la recepción en el Ayuntamiento y la quema de una estruendosa traca. Vienen consados y no están para periodistas. Salimos para Conil de la Frontera, pueblecito agrícola con sus ribetes de marinerío. Pero antes hay que pasar por Chiclana, y en Chiclana está la playa de La Barrosa, donde, con intervalos de rodeaje en Cádiz, se filma en la actualidad «Las últimas banderas», de ambiente peruano, con Fernando Rey, Eduardo Fajardo, en la protagonización principal. Estamos de mala suerte. Hoy no se rueda. Nadie por la playa, excepto pequeños grupos aislados de gente de la mar y unos pocos bañistas de Chiclana. Esta playa es inédita y apenas viene ningún forastero. Ellos se lo pierden. Porque La Barrosa, con sus cinco kilómetros de arena mullida y el obligado fondo de pinos, vale la pena de ser descubierta y asaltada.

Conil es pueblo marinerío. Nos lo cuenta don Hilario Basalote, que se dedica a la salazón.

—Tenemos de setenta a ochenta barcas de remo o vela. Se pescan muy buenos calamares, que van a Barcelona. Durante noventa días, a partir de agosto, se cogen hasta tres mil kilogramos diarios de calamares. Si el tiempo viene bueno, se prolonga la pesca hasta casi final de noviembre. Hay veces en que no se puede salir a la mar; es playa descubierta. La necesidad de un puerto de refugio y aguante no admite espera. Aquí, en esta costa, existe una gran riqueza pesquera sin explotar. Hay gente dispuesta a montar una gran industria derivada de la pesca y a crear una flotilla de barcos a motor. Sólo nos falta que construyan el puerto, aprovechando el cabo Roche.

Con estas palabras nos despedimos de Conil, la de las playas ilimitadas, y salimos hacia Tarifa.

### EL «TARO» Y EL LEVANTE. A GALOPE SOBRE PUNTA MARROQUI

Un arco de entrada con inscripción histórica. Puerta de Jerez, por donde sale la romería con sus 300 jinetes a la andaluza camino del Santuario de la Virgen de la Luz, Patrona de Tarifa. Dentro, una ciudad antigua, empuñada, que tan pronto puede ser Sevilla como una ciudad árabe, y la otra, la moderna, rumbeando, desbordada, el perímetro

de la otrora plaza fuerte, alto castillo guardián de dos mares.

—El «taró» es una «nieblina» que se nos echa antes de darnos cuenta y no se ve ni a dos pasos. Detrás del «taró» ya sabemos que viene soplando el levante cargado de fuerza—nos dice un pescador tarifeño.

Castillo de Guzmán el Bueno; isla de las Palomas, desde donde se lanzan al mar los nadadores para atravesar el Estrecho. Y a propósito del Estrecho... oigamos a Angel Terán, cronista de Tarifa.

—Si Tarifa es la punta de España más próxima a África, el bauprés de nuestra costa, ¿por qué no ha de llevar el Estrecho su nombre, en lugar del de Gibraltar, que nada significa?

Terán nos acompaña por la playa de los Lances, muy ancha, pero demasiado abierta. El choque y unión de los dos mares se resuelve en unas corrientes vigorosas y una mezcla de azules y verdes. Playa para deportistas, para el ejercicio del músculo y los nervios bien templados. Con todo, arenal inmenso, con un sol atenuado por el levante y una temperatura deliciosa en cualquier estación.

### ALGECIRAS, UNA CAPITAL AUTENTICA

Algeciras, en la bahía de su nombre, tiene una playa de uso doméstico y familiar, al pie mismo de la población, y la del Rincillo, más alejada, suave y resguardada del levante, con servicio diario de autobuses, que en la temporada estival salen cada hora. Pero hay otra playa, la de Jetares, del lado de Poniente, sin colonizar, donde una se construiría una chabola de buena gana. Qué bien se escribiría aquí, delante del mar, aislada de trajines veranegos.

El hecho de sumar una población de 68.000 habitantes no es tan sólo lo que confiere a Algeciras rango de capital. Tampoco se debe del todo al aire cosmopolita, al tránsito obligado del turismo internacional. Es el propio pulso de la ciudad, su ambicioso quehacer: son las realidades y los vastos proyectos de cara a un futuro inmediato. La construcción de un nuevo muelle de pasajeros, al uso exclusivo de los transbordadores de Ceuta y Tánger, cuya calzada tendrá sesenta metros de anchura; el estadio de deportes, con capacidad de dieciséis mil espectadores, en cuya inauguración vino a jugar el Atlético de Bilbao; el sueño de su Alcalde, Angel Silva, de una pista bordeando la bahía desde Algeciras a la Línea de la Concepción, paseo marítimo crillado por un barrio residencial, que tanto serviría para veraneo como para invernar, ya que el clima, de noviembre a enero, es una prolongación templada, un suave otoño. Campo de golf,

hipódromo, campo de tenis, Moto-Club, deportes marineros. Todo esto es Algeciras.

El Club Náutico ofrece un montaje perfecto. Anclado, como un barco más, en la bahía, rebosa gente a la hora del aperitivo. Cerveza por delante. charla abierta con don Angel Silva y, de pronto, la grata sorpresa de don Eduardo Sáenz de Buruaga, Capitán General de Sevilla, que se encuentra aquí con motivo de los ejercicios conjuntos de la división 22, que guarnece este campo de Gibraltar. Nos lo presenta el Alcalde de Algeciras, gran amigo suyo.

—Siento un gran afecto por esta ciudad. Todos los años recaló por aquí. Lo que más me atrae es la navegación a vela, que practiqué durante mi permanencia en este puerto, cuando fui comandante militar de la plaza.

Le rogamos que nos cuente alguna cosa. Accede amable.

—Pues verá. Hace unos años, pocos, salimos un buen día el amigo Silva y yo a costear un poco por la bahía. Silva iba de proel. Nos fuimos al mar con un viento estupendo, pero, de pronto, saltó un aire enorme y contrario, que casi nos hace zozobrar. No le digo más que tardamos cinco o seis horas, dando bordadas en zig-zag, en poder arribar al puerto.

Se rie campechanamente el general Sáenz de Buruaga. El grupo de amigos le rodea. Seguimos charlando con Angel Silva.

—Hay que embellecer Algeciras. Es el punto donde convergen las miradas de todo el mundo. El Ayuntamiento hace cuanto puede.

Al enterarnos que es de Madrid surge la inevitable pregunta.

—Soy del Atlético.

Abandonamos el Club Náutico y nos dirigimos a la Aduana, donde su jefe, don Rafael Fernández de la Cruz, se deja interrogar sin poner cara de mártir, con afabilidad y buen humor.

—Ahí tiene usted a estos señores, que acaban de perder el barco de Ceuta. Que le cuenten, que le cuenten ellos.

—Llámelo usted una «sobremesa fatal». Hemos comido en «El Rodeo», y ya ve, pisando el muelle, el transbordador que levanta la plancha y nos hemos quedado en tierra—nos dice don Carlos Barea, industrial ceutí.

—Cosas de éstas ocurren casi a diario. El otro día le tocó a una chica que esperaba la hora para subir al transbordador de Tánger y, entretanto, se echó un sueñecito. Cuando se despertó el barco salía por la bocana—dice Fernández de la Cruz.

Y con esto, punto final a la provincia de Cádiz. Las playas de Málaga empiezan en Estepona. Vamos allá, que el camino es largo y el tiempo corto.

C. FERNANDEZ LUNA  
(Enviado especial.)

## PANIZA, SEGOVIA, CAMPOS DE LA ALMUNIA, CAMPO DE CRIPTANA

son los títulos de las CANCIONCILLAS de Ildefonso Manuel Gil, que se publican en el número 30 de

# POESIA ESPAÑOLA

# VERANEO ENTRE LAS DOS CASTILLAS



Eduardo López de Ceballos con una pieza cobrada en Gredos

## HORIZONTES DE LA SIERRA DE GREDOS

### PINOS Y BARRANCAS HONDAS

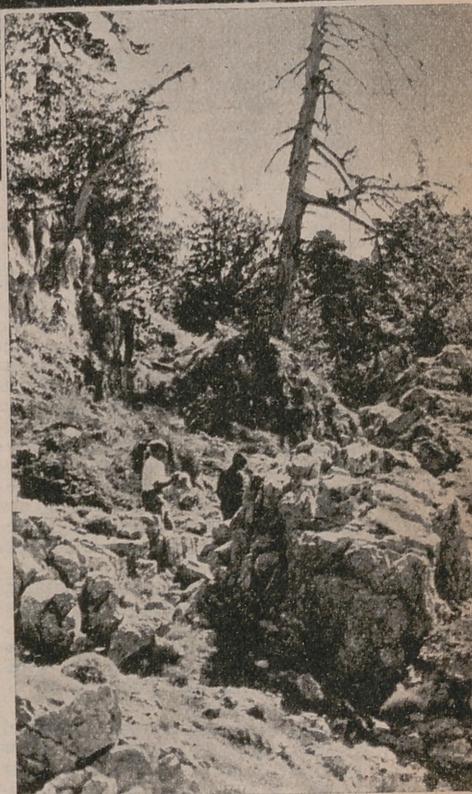
QUINCE señoras tejanas, ninguna de las cuales cumplirá ya los cuarenta y cinco años, alegres y animosas a juzgar por sus gestos y sus risas, están comiendo en el hotel Reina Isabel, de Avila. Todas ellas son «made in D-llas»—ciudad fronteriza—y recorren España en viaje de turismo; un viaje de muchos kilómetros a bordo de un pequeño autocar de los llamados «chatos». Un solo hombre, sin pistolas, forma parte de la expedición y no se trata precisamente de Gary Cooper. Completan el grupo un chófer y un intérprete, españoles. Yo estoy almorzando con el intérprete, porque da la casualidad—el mundo está siempre lleno de casualidades—de que es mi hermano y hemos coincidido en Avila. Lo de comer juntos es un decir, porque al muchacho le reclaman constantemente sus turistas para que pida una botella de vino, agua mineral, mostaza—los norteamericanos echan mostaza a cualquier cosa—o para que traduzca el significado de alguno de los platos que figuran en el menú. A la hora de partir ellos montan en su confortable «chato» para continuar su larga ruta de turismo colectivo y yo me encamino a un garaje próximo,

subo a un coche de línea y salgo con rumbo al Parador de Gredos.

#### UN LUGAR EN LA MONTAÑA

Uno no sabe que es mejor, si ir constantemente de un lado a otro descubriendo caminos y contemplando nuevos horizontes o estar siempre en un sitio viendo pasar a los demás. En el Parador de Gredos puede uno «estar» consigo mismo y esto es algo que generalmente resulta de muy difícil alcance para el ser humano.

El Parador está construido con un buen gusto fuera de serie, amueblado y decorado al estilo de los viejos mesones que antaño jalonaban los caminos reales y dotado de todas las ventajas del moderno confort, con un servicio a prueba de las mayores exigencias. Hay en este momento huéspedes de diversas nacionalidades: ingleses, daneses, holandeses, alemanes, españoles... Carmen Moya, ama de llaves en la Institución «San Isidoro», ha llegado al mismo tiempo que yo, con su madre, para disfrutar unos días de reposo. Este es un sitio que invita a la meditación y al sosiego. En la extensa galería con columnas de piedra, desde la que se di-



visa un horizonte sin fin de montañas, algunos huéspedes charlan en voz baja. A mi derecha, un sacerdote habla de filosofía con un muchacho extranjero. Cuando se levanta me acerco a él.

con usted.

—Discúlpeme—me interrumpe amablemente—. El mundo no me interesa. Yo estoy viviendo ya en la eternidad y un periódico es una cosa del tiempo.

Se aleja a paso vivo, dejándome un tanto perplejo.

### DE VENEZUELA A GREDOS EN BUSCA DE LA CAPRA HISPÁNICA

Me levanto a las seis y media de la mañana. Dos súbditos venezolanos que han venido a España con el solo objeto de cazar cabras hispánicas desayunan en el comedor dispuestos a emprender por segunda vez la aventura. Uno de ellos se llama Eduardo López de Ceballos; es un hombre bien parecido, atento, de unos cuarenta y tantos años, pelo algo canoso. El otro, más joven, se llama Gastón Carballo; muy moreno, de labios gruesos, ojos oscuros, un poco cansados. Les acompaña un amigo español, el señor Narváez. Ayer estuvieron todo el día en la sierra, con los guías del coto, que conocen palmo a palmo los riscos y las trochas; lograron acercarse bastante a un macho, dispararon el rifle, pero sin acierto. Están fatigados del esfuerzo porque para llegar hasta los dominios de la cabra hispánica sólo se puede ir en automóvil once kilómetros y después hay que seguir varias horas a caballo y a pie. No obstante, hoy van a repetir el intento.

—Usted diga que ya hemos cazado una cabra—insinúa don Eduardo con su marcado acento sudamericano—. Es vergonzoso que hayamos fracasado.

—Es que la cosa tiene lo suyo—exclama don Gastón—. Esos bichos aparecen de pronto en lo alto de un risco y al momento dan un brinco y desaparecen. Es como si se burlaran de uno.

Me han prometido enviarme una fotografía si cobran alguna pieza y espero encontrarla a mi vuelta en la Redacción, en el caso de que la suerte les haya sido propicia.

La caza de la cabra hispánica, según me explica el administrador del Parador, don Fernando Torres, está severamente reglamentada. Sólo pueden matarse los machos cuya cornamenta no exceda de los sesenta centímetros. Cuando uno oye esto se imagina ingenuamente que para cazar a estos animales será preciso acercarse primero a ellos, provisto de una cinta métrica, y tomarles la medida de los cuernos con el fin de estar absolutamente seguro de que no rebasa los límites establecidos. Pero no es así. El señor Torres aclara, sonriendo, mis dudas de profano.

—Los guías—explica—en cuanto ven una cabra, aunque sea a trescientos metros de distancia, saben perfectamente su edad y características y son los que indican al cazador si puede o no tirar sobre ellas.

Bajo a caballo hasta Hoyos del Espino, el pueblo donde viven los Chamorro, guías todos ellos por tradición familiar. Hoy no se encuentran aquí porque han ido a acompañar a los venezolanos en su cacería.

### NAVARRREDONDA, BUENA CAZA Y BUENAS TRUCIAS

En Navarredonda, siguiendo las

traces, do el caballo a la reja de una ventana, utilizando una cuerda que le han puesto para estos menesteres. El animal, muy pacífico hasta ese momento, da un tirón, rompe la sogá y sale de estampía, dejándome estupefacto y sin saber qué hacer. Menos mal que unos muchachos del pueblo logran darle caza y me lo guardan en una cuadra.

Navarredonda es un pueblo de mil habitantes que vive de la ganadería y de la madera y en el que veranean muchas familias. Al término municipal de Navarredonda pertenece el Parador y hay, además, no lejos de allí un hotel—el Almanzor—, con veintidós habitaciones, cuartos de baño y agua corriente; dos fondas, la Miracruz y la Navadijos, y muchas casas particulares que alquilan habitaciones. La caza y la pesca de truchas atraen forasteros a estos contornos en todas las épocas del año. Un pinar cercano, cuyo suelo es una verdadera alfombra de césped, y el río, constituyen alicientes muy poderosos para las gentes que pasan aquí sus vacaciones. Gentes que no deben madrugar mucho, cosa natural cuando se viene a descansar, porque apenas veo en las calles a ningún veraneante. Al fin logro entablar conversación con un muchacho madrileño que se llama Adolfo Merino Martí, especialista automático de la empresa Bressel, y con una chica muy mona, madrileña también—Luchy Campiña—, de aterciopelados ojos grises y dulce sonrisa. Ellos me cuentan algunas cosas del veraneo en Navarredonda, que no se diferencia mucho del veraneo en cualquier otro punto de la sierra. Pero ocurre que los asiduos a un pueblo acaban sintiendo, como los nativos, una especie de orgullo de la patria chica y cuando llevan muchos años yendo a un sitio se encariñan con él y lo defienden a capa y espada.

—Aquí—dice muy convencido Adolfo Merino—lo pasamos estupidamente. La temperatura es fresca, tenemos cerca el río, organizamos excursiones a la sierra. Los fines de semana acude muchísima gente de Avila y de Madrid en antocares. Ahora, por Santiago, se celebra la feria de ganados, una de las más importantes de España, y nos divertimos mucho.

Desde el Parador de Gredos al Barco de Avila, el viaje resulta distraído. En todos los pueblos se detiene el coche de línea para dejar el correo. Se apean algunos viajeros, suben otros. Dos estudiantes de Medicina dispuestos a practicar el camping en estas alturas; un señor que mira las cumbres con ojos asombrados; un ganadero de amplia blusa negra y retorcido garrote en la diestra; un sacerdote; dos mujeres campesinas, limpias y aseadas, con los negros vestidos inmaculadamente planchados. En Zapardiel se apea un pastorcillo que viste zamarrá de piel de oveja y lleva al cinto un cuerno achatado que, según me ha explicado, lo mismo le sirve para beber agua que para beberse la leche de las cabras o algún trago de vino si cae en suerte. Viene a la boda de una hermana. Más allá de Zapardiel nos cruzamos con los novios que, a lomos de una caballería, transportan un colchón de muelles. En

viene del servicio, ya licenciado.

### UNA COMPANIA DE TEATRO AUTARQUICA

Llegamos al Barco de Avila al atardecer, cuando ya el sol pinta matices de agonía en los muros amarillentos del castillo de Valdecorneja. Los muros son lo único que queda de este castillo que el Ayuntamiento se propone ahora restaurar. Este pueblo tiene solamente dos mil y pico de habitantes y, sin embargo, da la sensación de ser una ciudad importante. Sucede que los habitantes de los pueblos del contorno acuden al Barco para hacer sus compras, y por eso tiene la ciudad un pulso agitado, vital, exuberante. Hay abundancia de comercios y una gran animación en las calles. El Barco cuenta con un hospital, sin ningún enfermo cuando yo lo visito, lo cual acredita la salubridad de este pueblo; una iglesia románica como he visto muy pocas, una plaza de toros, una enorme producción de alubias, un cine moderno, un hotel—el Gredos—, en el que me cobraron seis duros fuertes por cenar oportunamente, dormir y desayunar, lo que en estos tiempos constituye una verdadera marca; un Casino, una plaza llena de sabor antiguo y algunas otras cosas. El Tormes, ancho y sosegado, parece dormir bajo los viejos puentes.

Esta noche, en el cine Lagasca, hay teatro. La compañía de Luisa C. Torrén anuncia un drama—«La hija mártir»—, un sainete—«Quién fuera soltero»—y un fin de fiesta. Se trata de una compañía totalmente autárquica. Manuel Matran es autor y director de la misma, en colaboración con su esposa. Ellos escriben las obras y ellos las representan, ayudados por su hija, una muchacha muy guapa que usa para la escena el nombre de Elenita del Valle, y por José Lu's Matran, un chaval de cuatro años. Hay otros dos actores que no son de la familia y que no intervienen esta noche. En el patio de butacas, muy poca gente.

—¿No hay afición al teatro?—pregunto al secretario del Ayuntamiento, que asiste conmigo a la función.

—Poca. En cambio, si viene usted mañana, que proyectan la película «¡Viva Zapata!», verá el local lleno hasta el tejado.

A la salida se ven todavía algunas personas pasando por la calle Mayor. Los bares comienzan a bajar sus cierres y poco a poco la ciudad se va quedando quieta y silenciosa.

### UN DOCUMENTO QUE VALE UN MILLON DE PESETAS

Piedrahita, también cabeza de partido, está sólo a 20 kilómetros de El Barco, por carretera. Es interesante visitar este viejo pueblo señorial en el que habitaron los señores de Valdecorneja, después condes y duques de Alba.

Don Santos Martín Blanco, funcionario del Ayuntamiento, escritor por afición y profundo conocedor de su pueblo natal, me enseña el acta de nacimiento del señor don Fernando Alvarez de Toledo, gran duque de Alba, nacimiento acaecido el 29 de octubre de 1507. El acta es muy curiosa.

y uno no puede por menos de sonreír al pensar lo que daban de sí en aquellos tiempos doscientos reales. Al lado del original, celosamente guardado en los archivos municipales, figura una traducción del «Servicio que se hizo al señor don García de Toledo y a la señora doña Beatriz». Así da comienzo el histórico documento, redactado en Piedrahita «treinta días de octubre de quinientos e siete años», en casa de Gonzalo Ramírez y ante numerosos testigos... bachilleres, corregidores y justicias, que daban fe de que «por quanto el señor don García de Toledo, hijo del duque su señor, e la señora doña Beatriz, su muger, habían venido a esta dicha villa e plugo a Nuestro Señor de la alumbra a su hijo legitimo heredero e sucesor que ha de ser de la Casa de Alba en esta dicha villa que ellos han por bien e quieren dar e dan para que sus señorías se sirvan en alegría de lo sucedido de los noventa y dos pecheros de la tierra, doscientos reales de los cuales se comprenden dos toros e una ternera y seis carneros y diez arrobas de vino y diez hanegas de cebada y cuatro docenas de gallinas y dos docenas de capones, y que lo restante a cumplimiento desto, los dichos señores regidores dijeron que ellos lo harán cumplir de la villa sobre los dichos doscientos reales».

Hace treinta años un archivero de la Casa de Alba ofreció un millón de pesetas por este documento, comprometiéndose a dejar en su lugar acta notarial del mismo. Pero el Ayuntamiento de Piedrahita rechazó la oferta.

### LOS HERMANOS DEL MAZO

La Casa de Alba dejó en este pueblo huellas imborrables de su paso. El antiguo palacio, hoy reformado y convertido en grupo escolar, está edificado encima de una enorme bóveda que es, probablemente, una obra arquitectónica única. Estos enormes sótanos, que no rendían ninguna utilidad pública y eran sólo nido de murciélagos, lagartos y ratas, han sido arrendados por el Ayuntamiento de Piedrahita a los hermanos Del Mazo.

Los hermanos Del Mazo—Mariano, Santiago, Lorenzo y Antonio—, hijos de Piedrahita, son propietarios de una enorme flota de camiones de transporte y de algunos otros negocios. Favorecidos contumaces de su pueblo natal, han establecido recientemente un matadero industrial, dotado de los más modernos adelantos y se proponen lanzar al mercado multitud de conservas y embutidos. Un ingeniero catalán, el señor Calvet, está al frente de la industria. Es un hombre ya entrado en años, pero de aire juvenil, exquisitamente amable y con muchas ideas en la cabeza.

—¿Usted sabe—me dice en tono energético—la cantidad de litros de sangre de cerdo que anualmente se desperdiciaban en esta comarca?

Naturalmente, yo no lo sé. Y como no tengo la menor posibilidad de acertar si lanzo al azar una cifra, opto por callarme.

—Ochocientos mil litros—continúa el señor Calvet.

una disertación sobre las múltiples aplicaciones que tiene la sangre de cerdo.

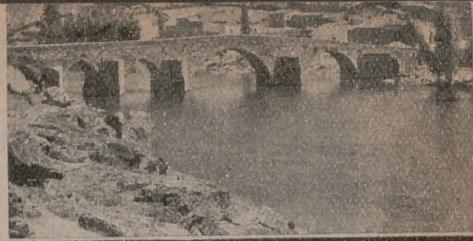
—Nosotros —prosigue— hemos establecido una industria totalmente moderna, en la que se aprovecharán todos los subproductos animales, sin desperdiciar nada. Aun no está funcionando totalmente y en lo que va de año hemos pagado 175.000 pesetas de jornales, lo cual, como usted puede imaginar redundará en beneficio del pueblo. Y llegaremos a más en breve plazo.

Nos encaminamos a los enormes sótanos del antiguo palacio de los Alba. Lamentablemente, una avería de la luz nos impide verlos con detalle, pero el resplandor de la linterna que empuña el señor Calvet permite contemplar los embutidos, perfectamente alineados, colgando de unos listones, y multitud de latas de conserva que sólo esperan las respectivas etiquetas para ser puestas a la venta. Esta especie de inmensa nevera natural que son los sótanos de la casa de los Alba—tal vez en otro tiempo, alojamiento de prisioneros o cámara de tortura—han encontrado al cabo de los años una aplicación práctica, en virtud del espíritu emprendedor de unos hombres que, como el gran duque, nacieron en Piedrahita y que, triunfantes en la vida, no olvidan a su patria chica.

Por lo demás este pueblo tiene también ahora su aire veraniego. el aire propio de la estación durante la que muchos miles de españoles se trasladan de un sitio a otro en busca del reposo. Junto a la vieja casa solariega donde vivió Gabriel y Galán, y en la que escribió «El Nido», inspirándose en el que desde allí se ve sobre una torre cercana, hay muchachos y muchachas tostados por el sol que pasean sin prisa, hablando quizá de fútbol, de estudios, de toros... o de amores. En los cafés, al lado del campesino, el hombre de la ciudad, aunque sin corbata, que saborea una cerveza mientras lee el periódico. En los comercios, codeándose con las mujeres de negro pañuelo a la cabeza, señoras de urbana vestimenta.

### TIERRA DE MANZANAS

A la mitad del camino entre Barco de Avila y Béjar hay un pueblo que se llama Becedas. Uno de tantos pueblos desconocidos, un pueblo verde, de ubérrimas huertas, donde abundan las manzanas que se recogen allá por el mes de octubre. Manzanas de las llamadas reinetas, de excelente calidad que, generalmente, van a parar casi todas—alrededor de los tres millones de kilos esperan coger este año los becedanos—a la capital. Son esas manzanas tardías que, adecuadamente conservadas en cámaras, pueden aún saborearse en el mes de enero. Hay también en Becedas algunos perales, judías y patatas. Pueblo agrícola por excelencia, cuyos 1.600 habitantes viven pendientes de la tierra, que suele ser generosa. Pueblo al que acuden, atraídos por su clima fresco y por su imponente paisaje, gentes de Salamanca, de Extremadura, de Madrid.



Puente romano sobre el Tormes, a paso por el Barco de Avila



He aquí dos escenas de la vida veraniega en la sierra



De lejanos países llegan cazadores Gredos en busca de la «capra hispánica»

Pedro Cañas es un estudiante de Medicina de Salamanca que conserva la colección completa de EL ESPAÑOL y me reconoce por las fotografías, lo cual confieso honradamente, no deja de halagarme mi pequeña o grande vanidad; esa vanidad que todos tenemos, más o menos oculta, y que sale a la superficie cuando menos se espera, movida por cualquier vehículo de azar. Un seminarista de Plasencia, parco y mesurado en el hablar. Se llama Roberto, pero aquí todos le conocen por Tito, porque aquí nació, y estoy seguro de que dentro de seis años, cuando vista la sotana y venga a Becedas, seguirá siendo Tito o, a lo sumo, el padre Tito. Cincuenta teresianas que pasan el verano en este delicioso rincón caminan por la carretera, al atardecer, rezando en voz baja.

Ya hasta Béjar los manzanos ocupan, a ambos lados de la carretera, grandes extensiones de terreno

Béjar es, como todo el mundo sabe, la ciudad donde se fabrican los inimitables paños. Yo diría que es también la ciudad de los viajantes, porque en ninguna parte he visto tantos hombres portando grandes carteras de cuero o maletas en forma de caja sujetas por una correa.

A la entrada de la ciudad hay un grupo de viviendas, inaugurado no hace mucho tiempo por Girón; dos surtidores de gasolina, un parque espléndido, muchos automóviles. Béjar está toda ella rodeada de montes, donde crecen castaños y pinos. Béjar está toda ella rodeada del palacio de los duques del mismo nombre, un palacio enorme que se ve desde todas partes y que ha sido cedido por el Ayuntamiento a la Universidad de Salamanca, que se propone establecer allí un Centro universitario para cursos de verano.

Me acompaña a visitarlo el administrador de Correos, don Amable García, periodista también, corresponsal de «El Adelanto», de Salamanca. En contraste con los pueblos de los alrededores, Béjar es puramente industrial. Hay poca agricultura, y la industria de pañería absorbe a la mayoría de los obreros. Se nota esta diferencia en el vestir, en la forma de andar de los hombres; en los cafés, vacíos hasta la hora del aperitivo; en el Casino, que se queda sin clientes a las tres y media en punto de la tarde.

Ahora, en este tiempo lo bonito de Béjar es subir al Castañar, donde se disfruta de una temperatura deliciosa, y en cuyos pequeños chalets se alberga un considerable número de veraneantes, procedentes en su mayoría de Extremadura. O subir a Candelario, aunque éste es ya un pueblo independiente, con Ayuntamiento propio y no pertenece, por tanto, al término municipal de Béjar.

### EL PUEBLO DE LOS CREPUSCULOS

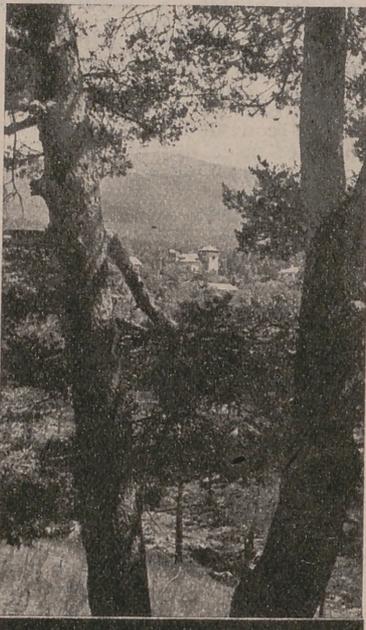
Se sube a Candelario por una carretera llena de curvas sin un solo llano. El pueblo está edificado sobre un promontorio; sus confortables casas—casi todas ellas de dos o tres pisos—se escalonan en torno a la iglesia y al Ayuntamiento. Hay un hotel—el hotel Cristi—acogedor y confortable, con un vestíbulo lleno de artísticos platos que adornan las paredes. En algunas habitaciones, basta sacar el brazo por la ventana para coger una manzana de los árboles que crecen en el jardín. Aquí veranean, un poco familiarmente, el escultor Abalos, que ahora está en Madrid; el pintor Agustín Segura, que ha hecho un precioso retrato de la dueña del hotel, Cristina.

Candelario tiene también un parque, no muy necesario en realidad puesto que todos los alrededores del pueblo forman un parque natural de esos que invitan a no marcharse nunca. Tendido sobre el césped, un señor de mediana edad, con gafas, lee EL ESPAÑOL. Le abordo inmediatamente.

—Ruiz Catarineu.

—Ya. Los conozco a todos, ¿sabe? Quiero decir que los conozco de nombre. Yo leo siempre EL ESPAÑOL. Aquí me he traído veinte números atrasados para leerlos durante las vacaciones.

Mi interlocutor es don Luis García y García de Castro, director del Instituto Zorrilla, de Valladolid y hermano del arzobispo de Granada. Es cierto que conoce muy bien nuestro semana-



La belleza del paisaje contrasta con la sinfonía en gris y verde de la sierra madrileña

rio, porque me hace algunas preguntas que así lo demuestran.

—Un tal Castillo Puche que escribía cosas del Sahara, ¿ya no está en África?

—No, señor. Ahora debe estar algo mejor que en África. Se casó hace poco, y aun no ha vuelto del viaje de novios.

—Vamos a buscar a don Rafael, amigo. No puede usted marcharse de Candelario sin saludar a don Rafael.

—¿Y quién es don Rafael?

—Láinez Alcalá catedrático de Historia del Arte de la Universidad de Salamanca y poeta.

A don Rafael tardamos bastante en encontrarle. Es uno de los grandes tipos humanos que me he tropezado en mi vida. Cincuenta y cinco años, grueso, cabello blanco. Tiene su figura un cierto aire campesino, rural, y sus pequeños ojos miran siempre cordialmente, generosamente. Una vitalidad desbordada que se manifiesta a cada paso, lo mismo en la conversación que en sus movimientos físicos. Visitar Candelario en compañía de Láinez Alcalá es una experiencia inolvidable.

—¿Lo pasa bien aquí, don Rafael?

—¿Bien? ¿Bien dice usted? Pongamos algo mejor que bien. Yo vengo aquí a beber crepúsculos, a perseguir por las calles, en las noches de luna, el fantasma

«¡Ay, madre, no sé qué tienen las noches de Candelario!»

Don Rafael recita en voz alta, sin importarle un ardite las miradas de asombro de algunos transeúntes. De pronto, según caminamos, señala enérgicamente con su bastón el herraje de una puerta:

—Del siglo XVII.

O los azulejos de un patio que se ve desde la calle:

—Del siglo XVIII.

Cualquiera le discute a un catedrático de Historia del Arte.

Me ha hecho recorrer por la tarde el itinerario que él pasea todos los días. Carretera de Navacarros, regato de Las Ninfas, fuente de La Romana—una fuente en la que el agua sale a la misma temperatura que la de una nevera eléctrica cualquiera—banco de los poetas, junto a la casa de la señora Regina, que toma el fresco a la puerta, vestida con su traje de candelaria. Todos estos nombres de regato de Las Ninfas, banco de los poetas y otros muchos son producto de la inspirada vena lírica de don Rafael, al que le gusta bautizar las cosas.

—Aquí—me dice—pasamos el verano maravillosamente. Yo organizo veladas literarias, recitales de poesía en el banco de los vates, bailes de disfraces y persecución de fantasmas en las noches de luna por la calle de la Plata.

La calle de la Plata es tan estrecha, que los tejados se juntan de una acera a la otra. El pueblo tiene un indudable encanto poético, y Láinez Alcalá sueña con traer aquí a Tamayo para que monte en este escenario natural una de sus representaciones clásicas. El agua corre a torrentes por las calles.

—Sólo en Granada y aquí es posible dormirse oyendo el rumor del agua. Sólo en Candelario puede uno saclar su eterna sed de crepúsculos.

Todo esto lo dice Láinez Alcalá con absoluto convencimiento, con una naturalidad espontánea en la que se mezclan quizá una parte de vena poética, un espíritu joven, casi añorado, una cordialidad sin fin.

Me he quedado a cenar con él, en el hotel Cristi, después de haber visitado el pueblo palmo a palmo. A pesar de sus años y de sus kilos, ha caminado con más agilidad que yo, fumando un pitillo tras otro y sin dar muestras de fatiga en ningún momento.

Me despido con cierta pena de este pueblo de casas que parecen palacios, de tejados sin chimenea, porque en otros tiempos, cuando la industria de los embutidos de Candelario era única en España, el humo de las chimeneas iba a parar a los desvanes para curar los jamones y los chorizos; este pueblo de crepúsculos, donde veranean artistas, poetas, catedráticos. Y de estos buenos amigos que me han hecho pasar una tarde inolvidable. Láinez Alcalá, don Luis García, don Floro, la señora Regina, la gentil dueña del hotel Cristi...

¡Ay, madre, no sé qué tienen las noches de Candelario!  
Joaquín RUIZ CATARINEU  
(Enviado especial.)

# EL TENEOROSO MUNDO DEL VENENO BLANCO

## UN PROCESO LISTO PARA SENTENCIA

### Nuevas revelaciones en el caso Wilma Montesi

OTRA novedad en lo que se llama el «proceso del siglo». Hasta ahora el nombre de Wilma Montesi era llevado y traído, pero al menos al cuerpo de la desgraciada muchacha se le dejaba en paz. Ahora ni eso. Después de un año, el cadáver de Wilma ha sido desenterrado por orden del juez instructor, Rafael Sepe, para que los técnicos más eminentes de Italia en Medicina Legal realicen sobre esos restos nada menos que una serie de estudios y sondeos ginecológicos de los que se esperan datos nuevos sobre la moralidad de aquella muchacha de veintiún años.

En los exámenes del cuerpo de Wilma interviene hasta el doctor Atilio Ascarelli, calificado como el «as» de la Medicina Legal italiana. El fué quien, en el año 1944, realizó la proeza científica de identificar a casi todos los 335 cadáveres de las tristemente célebres fosas Adeatine. Se le considera como el hombre más sobresaliente entre las eminencias médicas que intervienen en las pruebas superpericiales. Tiene setenta y nueve años y es autor de medio centenar de libros sobre su especialidad, entre los cuales se encuentra un tratado de Medicina Legal que es una obra básica en esta materia.

Otros superperitos también notables que acompañan al profesor Ascarelli en el examen ginecológico son los doctores Domingo Macaggi, de Génova, y Jorge Canuto, de Parma, además de otros dos especialistas en Ginecología que actúan como auxiliares de éstos y que se han negado a dar sus nombres a la publicidad. Los doctores Ascarelli, Ma-



Anna Maria Moneta Caglio intenta desesperadamente eludir el asedio de los reporteros gráficos a la entrada del Palacio de Justicia de Roma



El famoso jurista Lener, que toma parte activa en el proceso de Wilma Montesi

caggi y Canuto actúan por separado para no dejarse arrastrar por la tesis de Ascarelli, con su prestigio dentro de la Medicina Legal.

Pero sobre la tesis de uno o de otro muy poco se sabe con certeza, ya que los superperitos parecen haberse contagiado del mutismo en que ha envuelto el juez instructor a todas las pruebas sumariales.

Sin embargo, algún periódico romano asegura que la tesis Ascarelli es de que alguien ahogó a Wilma Montesi empujándola la cabeza dentro del agua para obtener el efecto del anegamiento, y que luego la dejó tendida a la orilla del mar. El nuevo examen de las fotografías de precisión que hace un año se hicieron sobre el cadáver de Wilma Montesi ha sido muy valioso ahora, y en ellas ha podido ser examinada de nuevo la mancha lívida o escoriación en la frente y en uno de los brazos de la muerta, que pudieron producirse con los esfuerzos de la víctima para librarse del que la ahogaba obligándole a introducir la cabeza dentro del agua.

#### A LA CARCEL CON LOS TESTIGOS FALSOS

El objetivo de las pruebas que ahora se celebran, aparte de su

el saber si Wilma murió en el pa- bellón de caza de Hugo Montagna o bien en la orilla del mar, y en este último caso si ello ha ocurrido en la playa de Ostia o en la de Tor Vaialica, lugar donde el cuerpo fué hallado.

Otras novedades en el «proceso del siglo», desde que dejamos de hablar de él, son la puesta en cuarentena de «la Bisaccia», que el 16 de junio fué detenida y quedó a buen recaudo en la cárcel de mujeres de la Mantellate, a causa de falsedad y contradicciones ante el Jurado. La suspensión forzosa del semanario «Attalita» el 20 de junio último; la detención durante veinticuatro horas de la señora Ana Pantaleoni, patrona de una casa de huéspedes, por falsedad en sus declaraciones testificales; el interrogatorio y orden de arresto contra una joven existencialista que se llama Atea Ganzaroli, que tiene un hermano que se llama Anticlero (nombres que hacen sospechar que los padres de esos muchachos existencialistas no se habrán preocupado mucho en darle una educación cristiana; la aparición de un curioso personaje que se llama Humberto Fontana, que asegura haber sido el primer amor de Wilma Montesi y que ha querido hacer también su juego en la bolsa de la popularidad. Humberto Fontana ha descrito ante el Tribunal sus pretendidos amores con Wilma con toda clase de pormenores de mal gusto; hasta ha librado un poco y al salir del Palacio de Justicia, entre los fegonazos de los fotógrafos, incluso se ha atrevido a ir de visita en casa de la familia Montesi, que lo echaron a la calle indignados.

El juez instructor, Rafael Sepe, ha decidido acabar con la oleada de sedientos de popularidad que se presentan como testigos, y el mejor de los métodos para asustar a esta clase de impostores han sido las órdenes de arresto. Hasta una tal «Marisa» ha ido a ponerse en ridículo en ese Palacio de Justicia de Roma, a cuyas puertas hacen su agosto los carritos de helados y se agolpa una multitud sudorosa de ávidos de noticias y sensaciones.

#### LOS TURISTAS INVADEN LA SALA

Más que los conciertos nocturnos y las funciones de ópera de los Termas de Caracalla, con sus reflectores de color dentro de la cueva de ruinas monumentales, atrae a la multitud la sala del proceso Montesi en el Palacio de Justicia. Turista hay que pasa más tiempo entre las apreturas de esta causa judicial que en las salas de los Museos romanos, como si en una ciudad donde hay tantos atractivos para el forastero, tantos capiteles antiguos tirados entre la hierba y tanta historia en piedra no hubiera otra cosa que hacer que estarse horas y horas de pie entre los empujones de una sala de Justicia para, de puntillas, observar algo del aspecto de los testigos y entender a medias cuanto allí se dice, reírse cuando hay risas y poner cara de circunstancias cuando toca estar serio.

Pero los turistas invaden la sala judicial con sus blusas coloradas, como si llevaran encima

y en retazos multitud de banderas.

Continúan los grupos apasionados por uno u otro testigo, y hasta los gritos de «¡E viva la Caglio!» o «¡Bravo por Silvano Montesi!», pero en lo que si se ha puesto orden en los pasillos del Palacio de Justicia es en el abuso que suponía el echar octavillas entre el público pidiendo esto o lo otro, y hasta aprovecharse para repartir papeles de propaganda comercial, como se intentó hacer concretamente con una película policíaca.

Cuando en la capital de Italia, a causa de las vacaciones, la vida política parece entrar en letargo, ahí queda el proceso Montesi para pasto de noticias de un público que sigue sus incidencias a través del «Giornale-Radio» y de los comentarios de los periódicos. Las estrellas de Cine Città están muy interesadas en la marcha de una causa judicial que toca directamente aspectos de la vida de la cinematografía y el teatro, pero no lo están menos que ellas las gentiles floristas de la plaza de España, esas muchachas vendedoras de flores en la escalinata de Trinitá dei Monti; las muchachas de la plaza de España que son todas bellas. Y es que ese proceso parece haber atravesado el interés general de todos los estratos y las clases sin dejar casi nada fuera. Discusión de estadia y de taberna, de terraza veraniega y de descanso en el cine al aire libre, charla de paseo en los jardines del Janículo que bordean bustos de bigotudos soldados de Garibaldi, y en los parques de ese Monte Palatino, tan evocador y cargado de recuerdos; discutir mientras el tiempo pasa y el agua corre en catarata y entre discusiones en las grandes fontanas monumentales y bajo los puentes de ese rubio Tiber, que parece apasionado por su propia historia y con su viejo paganismo sometido bajo la espada en alto de Sant' Angelo.

#### QUINIELA DE APUESTAS SOBRE LO QUE VA A PASAR

Si Anna Maria Moneta Caglio y Adrianna Bisaccia salen o entran del Palacio de Justicia, el público se arremolina para pedirles autógrafos.

Cierto periódico afirma que Anna Maria Moneta Caglio, «Cisne Negro», se casará el día 2 de diciembre próximo con un joven industrial suizo. Interrogada a este respecto a la salida del Palacio de Justicia, la Caglio ha respondido vagamente a las preguntas de los periodistas, sin afirmar ni desmentir nada.

Este rumor ha dado nuevos vuelos a la extraña quiniela judicial que juegan los aficionados a la apuesta. Mientras unos dicen que Anna Maria Moneta Caglio, principal testigo del proceso Montesi, estará casada por Año Nuevo, otros sostienen que por aquel entonces «Cisne Negro» escribirá cartas de amor entre las rejas de la Mantellate, célebre cárcel romana de mujeres, y que algo muy parecido les tiene que ocurrir a otros memorialistas y embrolladores.

Anna Maria Moneta Caglio tiene ahora veintitrés años, y en la residencia de los redentoristas

medita sobre su infancia notable en una Notaría de Milán, sobre su educación en un colegio elegante de Suiza, sobre su noviazgo entre las montañas helvéticas. Nació en una cuna acomodada esa Anna María y lleva hasta un apellido ilustre, ya que su abuelo, Teodoro Moneta, fué Premio Nóbel de la Paz en 1907 por sus campañas de periodista y de fundador de la Sociedad Internacional de la Paz.

«Cisne Negro», en el convento, habla con las monjas, pero tiene muy pocas confianzas con las muchachas de clase modesta que el establecimiento trata de redimir. Toma la comida en su habitación y no quiere recibir visitas. No obstante, cuando le dicen que un periodista quiere interrogarla, Anna María suele sentirse nieta de quien hizo grandes campañas de Prensa, y la voz de la sangre le hace correr a pelearse. Dicen que la comida en casa de esas madres redentoristas no es excesivamente variada, ya que se trata más bien de un establecimiento disciplinal, pero la Caglio no protesta. Pero se le ha oído comentar que cuando iba a comer con Hugo Montagna a algún establecimiento elegante, el «marqués» tenía con ella muchas deferencias. Una vez Hugo Montagna le dijo al camarero: «Para mí traiga arroz, y para la señorita, que es una actriz, estrellas con mantequilla.» Anna María se ríe al recordar eso y comenta: «¡Miren qué delicadeza!»

#### GUARDAESPALDAS PARA LA TESTIGO PRINCIPAL

Los periodistas han podido observar que tiene la habitación del convento muy bien ordenada y que sobre su mesilla de noche hay boletines de parroquia, algún periódico que habla de ella y también esos opúsculos y revistas que estimulan a hacer algo en favor de los negros de Africa.

Anna María tiene mucho sentido del humor. A unos periodistas acaba de decirles que «el jefe de la Policía, Tomasso Pavone, decía que Montagna no debía fiarse de mí. Que le arruinaría. Y miren por dónde se ha equivocado». Hasta hace bromas al ver a la pareja de carabineros que, a causa de ella, vigilan discretamente el convento. «Esta es el arma que prefiero—dice con sorna—; en cambio, no puedo ver a los alpinos porque son tropas de «Montagna»»

Anna Maria Moneta Caglio gusta de vestir traje sastrero. Se asegura que las monjas la aprecian bastante y que no la incluyen completamente en la rigida disciplina del establecimiento. Hasta hacen la vista gorda si Moneta fuma en su habitación, y algunos días la dejan salir por la tarde y hasta cenar fuera. Entonces es cuando la Caglio suele asistir a algún espectáculo deportivo. Se la ha visto en las carreras de caballos, siempre acompañada de un par de jóvenes de aspecto atlético.

Una vida mucho menos distraída es ahora la que lleva la otra «muchacha del siglo», Adrianna Bisaccia, detenida en la cárcel de mujeres de la Mantellate. Cuando su detención se acordó que

alguien había dicho: «Dejad a esta muchacha un par de días sin fumar y confesará todo cuanto sepa». Respecto a esto tenemos que decir que en la prisión de la Mantellate el reglamento no permite fumar a las detenidas, por lo que Adrianna Bisaccia, gran fumadora, tiene frecuentes crisis nerviosas. Últimamente, en uno de esos arrebatos, tirándose de los pelos, gritó: «¡Diré toda la verdad y hasta el nombre de quien me ha empujado hasta aquí». Pero Adrianna Bisaccia ha dado ya demasiadas versiones sobre lo que ella llama «la verdad».

#### TAMBIEN EL JUEZ VA A LA CARCEL

Adrianna Bisaccia no se había repuesto aún de una de sus crisis nerviosas, por falta de nicotina, cuando la madre superiora de la comunidad que cuida del orden en la prisión de la Mantellate le hizo pasar el aviso de que se arreglase rápidamente, porque la esperaba el juez instructor, Rafael Sepe, en la sala de visitas.

El magistrado ha hecho el interrogatorio a la detenida en la sala de visitas de la cárcel, pero nada se sabe positivamente de cuanto pudo averiguar Rafael Sepe, juez instructor, en esta ocasión. Lo cierto es que Adrianna Bisaccia, el 19 de mayo de 1953 escribió una carta a la periodista Flora Antonioni, en la que se defendía con la firma de «Uno del Baretto», nombre que corresponde a un conocido local nocturno existencialista. No se necesitaba ser un lince para sospechar que aquella carta, en la que se insistía mucho en que Adrianna Bisaccia era una persona muy honesta, había sido escrita o inspirada por la misma Adrianna. Como allí se daban informes que luego resultaron falsos, la periodista Flora Antonioni advirtió de ello al juez instructor, quien ordenó una investigación sobre el autor de aquella carta. Los policías fueron al hotel San Remo, donde habitaba Adrianna Bisaccia, y se comprobaron todas las máquinas de escribir que había en el establecimiento. Los caracteres mecanografiados de la carta coincidieron completamente con los de la máquina de escribir «Simpshire», que unos días antes Adrianna Bisaccia había pedido a su habitación. Este descubrimiento colmó la paciencia que el juez instructor había mostrado para con Adrianna, que es uno de los personajes más inquietantes del proceso. Sería el presentimiento de su próximo arresto lo que hizo que Adrianna Bisaccia abandonara precipitadamente el hotel San Remo para refugiarse en un piso particular que un tal Miguel Procopio posee en la calle Catania, número 80. Pero allí fue detenida por los carabineros, que la tenían que conducir en coche celular a la prisión de la Mantellate.

En su último interrogatorio, el juez instructor llegó a la cárcel de mujeres de la Mantellate a las ocho y media de la mañana, y cuando los periodistas lo vieron salir eran cerca de las diez. Vuelto al Palacio de Justicia, el juez instructor ha recibido al célebre médico forense Attilio Ascarelli, que lleva la principal res-



Adrianna Bisaccia, la bella modelo de la que estuvo enamorado Hugo Montagna, y que ahora ha sido el testigo principal en el escándalo Montesi

ponsabilidad de las pruebas superpericiales, con el que ha sostenido una larga entrevista.

#### COMO UNA MUCHACHA DEL OCHOCIENTOS

Seguidamente, el juez Sepe ha interrogado en su despacho a un comerciante en vinos llamado Eugenio Zucchi y que, según parece, durante la pasada guerra, y muy en especial en los meses en que los alemanes ocuparon Roma, tuvo contactos comerciales con Hugo Montagna.

Los interrogatorios a puerta cerrada son como el complemento de aquellos que se celebran en audiencia pública, y la curiosidad general de los pasillos hace toda clase de conjeturas sobre este tipo de testigos a los que se interroga en privado. Por tercera vez Sergio Montesi, hermano de Wilma, ha sido llamado al Palacio de Justicia de Roma para prestar declaración. Sergio Montesi tiene ahora veintá años, y por su firmeza de carácter se le considera como el único familiar directo de la víctima capaz de darle a la justicia datos aprovechables sin dejarse arrastrar por el sentimentalismo. Sergio ha vuelto a describir el carácter de su hermana Wilma como el de una muchacha trabajadora, prudente y callada. Pero esto ya se sabía en el Palacio de Justicia desde que alguien dijo allí que Wilma Montesi era como una «ragazza del Ottocento», una mu-

chacha del ochocientos. Wilma era la segunda hija del matrimonio; la mayor, Wanda, tenía dos años más de edad, pero el desarrollo de Wilma las hacía parecer casi gemelas. Wanda y Wilma habían dormido juntas desde niñas en una habitación que es como una sala en la que de noche se habilitaban dos divanes. Las dos hermanas nunca tuvieron secretos la una para la otra. La hermana mayor, Wanda, es la intelectual de la familia; en la escuela tuvo siempre Wanda notas altas, mientras que Wilma, a veces, no llegaba siquiera a las medianas.

Un día Wilma comunicó a su padre, el ebanista Rodolfo Montesi, que pensaba dejar definitivamente los libros. Al llegar aquí Sergio dice: «Mi padre está un poco chapado a la antigua y no es lo que se dice un feminista que predique la absoluta igualdad de derechos y deberes entre la mujer y el hombre, sino que más bien cree que las mujeres donde tienen su cometido natural es en la cocina. Por eso el que Wilma abandonase los estudios no le preocupó demasiado, ya que—según la opinión de mi padre— no son nada buenos, en la mujer, los excesos de cultura». Sergio nada sabe de que su

hermana Wilma haya nunca dado pie a los galanes espontáneos. Wilma no era coqueta, aunque desde la edad de quince años era considerada como la belleza de la calle; algo así como la «Miss via Tagliamento». No admitía bromas ni provocaba, intencionadamente, a los muchachos. En cambio Wanda era mucho más animada y gustaba de hablar por la ventana con los transeúntes a los que hasta, alguna vez, tiró piedrecitas para llamarles la atención. Wilma reprimió, suavemente, a su hermana mayor por esas cosas que consideraba pueriles y hasta frívolas.

Un día se supo que Wilma tenía novio y sorprendió a toda la calle Tagliamento el que la muchacha le hubiese cogido la delantalera a su hermana, pese a no tirar piedrecitas a la calle. Aquel año las dos hermanas habían ido con frecuencia al baile y allí fué donde Wilma conoció al que había de ser su novio. Era un agente de Policía. En la familia Montesi se comentó que, si no era lo que se dice muy guapo ni tampoco un potentado, el afecto que sentía por Wilma era sincero, y este es lo que vale para la poca felicidad que se puede alcanzar en este mundo.

#### CHANTAJE FRENADO A TIEMPO

La tercera declaración de Sergio Montesi en el Palacio de Justicia ha estado llena de datos humanos, pero que muy poca luz aportan al esclarecimiento de la parte más oscura del asunto, o sea, la segunda vida de Wilma. No obstante, cuanto Sergio acaba de decir sirve para ser cotejado con las declaraciones que se toman a las muchachas que fueron las más íntimas amigas de Wilma Montesi.

Lo que se está haciendo ahora con este complicado caso judicial es como una paciente labor de criba que separe lo verdadero de lo falso y los testigos de valor de quienes quieren prestar declaración para que su nombre salga en los periódicos. Pero la mejor medida contra los farsantes publicitarios es la de las órdenes de detención que han sembrado el espanto en sus filas.

La última orden de arresto dada por el juez instructor, Rafael Sepe, hasta este momento ha recaído sobre un tal Francisco, ex boxeador y ex encargado del orden en un «dancing». Este caballero ha resultado ser un verdadero artista de la invención y el chantaje. Primero comunicó a la Policía que un importante alijo de armas iba a ser desembarcado en determinado lugar del litoral. Cuando los carabineros se dispusieron a una vigilancia extraordinaria sobre aquel punto el confidente comunicó que la fecha de la operación había sido retrasada. Después resultó que todo aquello era falso. No contento con su hazaña, el ex boxeador se dirigió al abogado Bellavista, que cuida de la defensa de Hugo Montagna, diciéndole que estaba en posesión de un Memorial de datos mucho más comprometidos que los que hasta ahora han caído sobre la espalda de su cliente el «marqués». Al abogado Be-

llavista, al oír que se le pedía dinero por destruir aquel comprometido Memorial acusador, le faltó tiempo para telefonar a la Policía, que detuvo al chantajista, mientras acababa de enviar a un periódico sus pretendidas revelaciones, en las que, a estilo folletón, describe la muerte de Wilma Montesi y además explica algunos contactos comerciales que él mismo tuvo con Hugo Montagna, quien, según dice, en una ocasión le dió nada menos que ocho millones setecientos mil liras por haber hecho llegar a su destino una fuerte partida de cocaína.

Como pueden ver nuestros lectores, la retaguardia de los fantásticos memorialistas colecciona todavía, pese a las órdenes de detención que han sido repartidas generosamente. El juez es cada día más inflexible con los farsantes más o menos graciosos. Quien declara en falso tiene que tener



La otra bella: Moneta Caglio, está haciendo sensacionales revelaciones. La boca de la guapa es la boca de la verdad

ahora mucha memoria para no contradecirse y hasta buena suerte para que no se le comprueben las mentiras. De lo que todos empiezan a estar bien seguros es de que quien atestigüa en falso ingresa en la cárcel.

#### UNA CUESTION DE DOBLE FONDO

Aunque el público de los empujones se divierte mucho con los pequeños personajes que buscan fama como sea, y que a cambio de ser enfocados unos minutos por la popularidad corren el riesgo de pasarse una temporada en la cárcel, lo que la gente desea siempre es que presten declaración las grandes «vedettes» del proceso.

Por ejemplo, una de las cosas que se espera entre el público que sigue este proceso apasionadamente es la aparición de quien fué el verdadero novio de Wilma Montesi. Se trata de Angelo Giuliani, un agente de Policía que está destinado en Potenza y a quien no se ha visto en la sala

ni como testigo ni entre el público de oyentes.

Faltaban pocos meses para que Angelo Giuliani y Wilma se casaran. Los viejos Montesi estaban ya en plenos preparativos para el matrimonio. En casa de un ebarnista no parecía un gran problema el confeccionar algunos muebles, sencillos como regalo a la hija que iba a casarse. Wilma arreglaba su ajuar primorosamente y su hermana Wanda, muy experta en corte, confección y bordado, dirigía las operaciones. Luego inesperadamente, Angelo Giuliani, agente de Policía, fué destinado a Potenza, y las relaciones amorosas entre él y Wilma tuvieron que hacerse a través del correo. El paquete de cartas que escribió Wilma a su novio es ahora estudiado pero parece que no contienen nada extraordinario. Son las mismas amorosas de una muchacha de la baja clase media o de la pequeña burguesía artesana. Cartas de amor más bien un poco vulgares y con alguna influencia de novela rosa. En ellas hay hasta alguna equivocación ortográfica que demuestra la confianza que Wilma tenía, en su novio, al que estaba segura de no producirle efectos negativos en el amor si escribía una letra un poco más alta o más baja de lo que está mandado o si las comas y los acentos no iban a caer exactamente en su sitio.

Hasta las fotografías que Wilma envió a su novio han sido examinadas. Parece que el policía Angelo Giuliani las pidió a su novia para que la conociesen quienes iban a ser pronto también familiares de Wilma.

Cuando mejor marchaban las cosas y la boda entre Wilma y Angelo se había decidido para diciembre de 1953, los preparativos se aceleraban y no faltaba más de seis meses para la fecha que se había designado, he aquí que la muchacha apareció muerta, de madrugada, en la playa de Tor Vaialica.

La presencia de Angelo Giuliani es esperada por muchos en el Palacio de Justicia. Quieren ver cómo es y si tiene soltura al hablar o se aturulla en los interrogatorios; pero así como, según parece, Wilma Montesi tenía una vida real y una existencia secreta, también su proceso tiene dos planos, uno el que el público ve y oye en las sesiones judiciales, que le apasionan, y otro plano que transcurre en el despacho del juez instructor y cuyos datos se guardan fuera del alcance de los informadores.

El nuevo sumario, con la recopilación de todos los datos aprovechables que han podido recogerse, ha sido elaborado completamente y, según parece, no falta más para que esté completo, que el informe en estos momentos dan los superperitos Attilio Ascarelli, Domenico Macaggi y Giorgio Canuto sobre sus exámenes y pruebas en los restos desenterrados de Wilma.

Si no surgen en el último momento, complicaciones imprevistas e improbables, lo que se ha llamado el «proceso del siglo» está completamente listo para sentencia.

# UN GRAN ESPAÑOL

Su nombre llenó todo el mundo y puede decirse que sobre sus hombros llevó el peso de su tiempo



## SAN IGNACIO DE LOYOLA

Por PABLO, Obispo de Sigüenza

**T**ERMINA el mes de julio con la fiesta de San Ignacio de Loyola, una de las mayores glorias de España.

San Ignacio de Loyola es el hombre de su época, paladín incansable de la religión y de la fe. Su nombre llenó todo el mundo y puede decirse que sobre sus hombros llevó el peso de su siglo.

Energico y laborioso, de pasiones violentas, reguladas maravillosamente por una virtud extraordinaria, fué el hombre escogido por Dios para ser martillo del protestantismo y de los errores todos de su tiempo.

Ignacio es más que un hombre: es una legión. Ha formado una generación de hombres apostólicos que son el orgullo de las naciones civilizadas y el más firme baluarte de la Iglesia católica.

Ignacio es el genio de las grandes organizaciones cristianas, de los grandes ejércitos modernos, que presentarán frente de combate a un mismo tiempo en todas las regiones de la ciencia y en todas las fronteras del mundo conocido y todavía sepultado en las sombras del error o del paganismo; es el genio que marcará nuevo rumbo a la acción del espíritu cristiano y encauzará por los derroteros de la civilización moderna las energías dispersas del catolicismo.

Sintió arder en su pecho el fuego del amor de Dios y ansiaba envolver al punto bajo los pliegues de su bandera, «a mayor gloria de Dios», los pueblos y naciones del orbe entero y depositarlos, todos convertidos, a los pies de Jesucristo, el supremo Capitán de sus múltiples empresas y conquistas.

Para entender el carácter de San Ignacio debemos poner los ojos en aquel glorioso lema «Ad maiorem Dei gloriam». Este pensamiento sublime, el más sublime que cabe en el cielo y en la tierra, da unidad interna y maravillosa a todas las acciones, tan variadas y a primera vista opuestas, que resplandecen en la vida del Santo. Todo cuanto hizo, lo hizo por la mayor gloria de Dios. Lo alto y lo bajo, lo grande y lo pequeño, lo propio y lo extraño, lo espiritual y lo temporal, todo lo enderezaba Ignacio a la mayor gloria divina. Jamás se vió hombre en el mundo tan lleno de una idea y jamás una idea grande encarnada en un gran hombre produjo resultados tan estupendos.

En las fuentes tan numerosas como múltiples de la persona de Ignacio de Loyola se han adentrado, entre otros, dos investigadores de los de primera línea del protestantismo alemán: Harnack, de Berlín, y Bohemer, de Leipzig. Adolfo Harnack, el profesor de Berlín, cabeza, en estos cincuenta años,

del materialismo racionalista religioso, en la última clase leída en Berlín en 1923, en el verano, sobre la Contrarreforma, en la plenitud de estudio (setenta y tres años), decía de Ignacio de Loyola: «Dos cualidades resaltan poderosamente formando su carácter: viveza de imaginación, unida a una voluntad tenaz y férreamente disciplinada... Abre Ignacio escuela de formación de caracteres y escuela universal dentro del catolicismo por medio de sus Ejercicios espirituales. Es esta una máquina formidable en manos de Ignacio, para modelar los caracteres según una determinada dirección... Lleva este singular librito (el de los Ejercicios) el sello de la gran personalidad de su autor; gracias, sobre todo, a un método hasta él nuevo y sumamente pedagógico.»

Al recibir Bohemer el encargo oficial del protestantismo alemán de escribir su historia, tuvo que tropezar con la Compañía de Jesús, el enemigo más temible del protestantismo. Y al estudiar la Compañía de Jesús, tuvo que estudiar la persona de su fundador.

Bohemer empezó este estudio con las preocupaciones de la escuela de Eberhard Gothein: «Ignatius von Loyola und die Gegenreformation», «Ignatius von Loyola und die Contrarreformation». Pero según fué estudiando en las fuentes fué cambiando de tal modo en el concepto de la persona de Ignacio de Loyola, que aunque incrédulo que no admite el factor sobrenatural, pero imparcial y serio en ciencia histórica, ha escrito lo que sigue:

«Ignacio era, en realidad, un hombre de pocas verdades», como acertadamente dijo de él uno de sus discípulos que mejor le había conocido (Lainez). Pero esas pocas verdades las poseía él del todo, y la grandeza de los Ejercicios consiste precisamente en haber sabido hacer de muchas cosas poco y de poco infinitamente mucho. La maestría con que domina y sojuzga lo mucho que antes de él se había dicho de métodos de oración y meditación, escogiendo lo esencial y conveniente al fin que persigue, causa sencillamente estupor... Como organizador y director de almas era él un verdadero genio, es decir, la fuerza productiva que crea realidades capaces de presentarse en

el torrente de la vida e influir en sus cauces. La última causa de esta potente productibilidad ha de colocarse en el empalme de tres cualidades que rarísima vez se juntan en un solo individuo: una fuerza de voluntad rayana en lo sobrehumano y conseguida por la disciplina metódica de sí mismo; una inteligencia soberanamente práctica, aguda en penetrar y rápida en concentrarse, y, finalmente, el hábito conseguido en el férreo vencimiento de sí mismo, de ofrendar hasta el último suspiro el propio yo y las propias comodidades por el ideal en que creía que era Cristo.

Tal aparece San Ignacio de Loyola a los ojos de sus más encarnizados enemigos. Semejantes elogios no hubieran podido prodigarle ni sus más fervientes partidarios.

## II

Nada mejor que recordar aquí aquellas palabras que el gran canciller alemán Brüning dijo a raíz del decreto de confiscación y disolución de la Compañía de Jesús:

«Católicos y no católicos nos descubriremos siempre con respeto y admiración ante la obra verdaderamente gigantesca realizada por los hijos de San Ignacio de Loyola en todas las ramas del humano saber. Alemania les rinde este tributo de justicia.»

El mundo entero está en el deber de rendir el tributo más ferviente de amor y de veneración a la Compañía de Jesús, la gran bienhechora de la humanidad en todos los tiempos. Pero de manera especial ha de sentir esa obligación imperiosa la noble nación española.

Porque la Compañía de Jesús es una Orden religiosa que si bien está extendida por todo el mundo, tiene más íntima y singular conexión con España.

Español fué su fundador, que cayó providencialmente herido en Pamplona, mientras luchaba por España; españoles los más insignes de sus primeros compañeros, y española, en gran parte, su historia, tan íntimamente relacionada con la historia peninsular y colonial de España en los cuatro siglos de su existencia.

La Compañía de Jesús está enraizada, como pocas instituciones religiosas, en la historia del pueblo español. No hay época ni momento alguno en la vida nacional durante los últimos cuatro siglos que no presente la huella inconfundible, el sello imborrable de la benéfica influencia de los hijos de Loyola en el orden religioso, cultural y benéfico. Tiene, por tanto, la Compañía de Jesús todos los derechos de asociación genuinamente española.

Desde los primeros colegios que fundó a los comienzos de su existencia en Alcalá, Valladolid, Valencia, Gandía y Barcelona, hasta los innumerables que hoy posee diseminados por toda la Península, la Compañía de Jesús, durante los cuatrocientos años de su fecunda vida, no ha hecho otra cosa

que derramar a torrentes sobre la fértil tierra de España los rayos de la ciencia y de la fe; educar una tras otra las generaciones de la nación española y levantar a una altura incommensurable el nombre glorioso de España con esa pléyade ilustre de santos, sabios y misioneros jesuitas.

España tiene contraída con la Compañía de Jesús una deuda que jamás podrá pagar. Los que vilmente lanzaron sobre ella el decreto de disolución, mejor hubieran hecho en pararse a considerar serenamente y sin prejuicios la labor ingente que esos beneméritos españoles han llevado a cabo en favor de su querida España.

Y así admirarían las obras benéficas en las escuelas diurnas, nocturnas y dominicales; en las escuelas profesionales para obreros y muchachos; verían la labor directa de caridad y misericordia desarrollada por las Congregaciones Marianas en todas las clases de la sociedad, y por los mismos jesuitas en las leproserías, particularmente, de Fontilles; contemplarían la actividad en el orden social, cuyo mejor exponente son la intensa propaganda social realizada por los más eminentes sociólogos jesuitas; las organizaciones sociales de carácter general, casas sociales y patronatos de obreros; las organizaciones sociales femeninas y otras obras de carácter social.

Y si de las obras benéficas pasamos a la actividad cultural, entonces admirarían la formación científica de los jóvenes jesuitas, que luego se desparnamarán por toda la Península y por todas las partes del mundo para comunicar a los demás los dones preciosísimos de la virtud y de la ciencia, que han atesorado en sus almas, encerrados en aquellos centros de retiro y estudio; recorrerían la Universidad Pontificia de Comillas, de la cual ha dicho la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades para Estudios Eclesiásticos, «que con razón puede y debe contarse este Seminario entre las más esclarecidas Universidades católicas»; contemplarían los colegios de Segunda Enseñanza y los centros de carácter universitario: la Universidad Literaria y la Universidad Comercial de Deusto; los organismos científicos de Sarriá con el Instituto Químico; el Laboratorio Biológico y el Laboratorio Psicológico-pedagógico y el Instituto Católico de Artes e Industrias de Madrid; los Observatorios del Ebro y de la Cartuja de Granada en España, y fuera de España, los de Bilen, San José y San Sixto, en la Habana, Manila y Bolivia, respectivamente.

Y como lazo de unión de todas estas obras benéficas, sociales y de alta cultura; como elemento propulsor de toda esa vasta red de actividades benéficas, sociales y culturales, que representan un grado elevadísimo de civilización y de progreso, podrían admirar la no vulgar fecundidad de los escritores jesuitas españoles, con cuyos libros pudieran formarse grandes bibliotecas de riquísima variedad; las revistas, que en crecido número y de diferentes matices publican actualmente los jesuitas en España; revistas propias para sus colegios e instituciones piadosas y benéficas; revistas de carácter religioso y social, que siembran la buena semilla en un campo más extenso; revistas que por su carácter estrictamente científico o de alta vulgarización contribuyen más plenamente al fomento de la cultura, y, por último, revistas que ocupan de las ciencias empíricas y matemáticas; todo lo cual revela la existencia de todo un ejército de hombres, cuyo entusiasmo y afanes están de lleno consagrados a la promoción de la cultura y de sus múltiples manifestaciones en España.

¿Quién ha levantado más alto el prestigio exterior de España que los hijos de Loyola? ¿Quién ha conquistado para España mayores alabanzas y simpatías extranjeras que los jesuitas españoles?

Por eso, España, la verdadera España, la católica, ha sabido apreciar los méritos y las obras de la Compañía de Jesús y la ha reconocido solemnemente con todos sus derechos y privilegios borrando la mancha negra, que sobre España y la Compañía de Jesús había caído con los decretos nefandos de la triste República española. Y ha vuelto de su destierro la inclita Compañía de Jesús, para llenar otra vez de luces el panorama nacional, que se abre a espléndidos horizontes de gloria y de imperio, después de haber lanzado de sí el peso fuerte de la maza laica y de las ideas liberales.

España ha pagado lo mucho que debía a la Compañía. Y no lo dudéis, que con ella España comenzará a ser de nuevo el pueblo de las grandes conquistas, el pueblo evangelizador, el pueblo misionero por excelencia.

*En poco tiempo...*  
hablará Vd.

**INGLES o FRANCÉS**

**POR EL SONIDO Y LA IMAGEN**

Cursos Fonobilingües

*Polyglotphone*

(CON discos o SIN discos)

PIDA FOLLETO GRATIS A

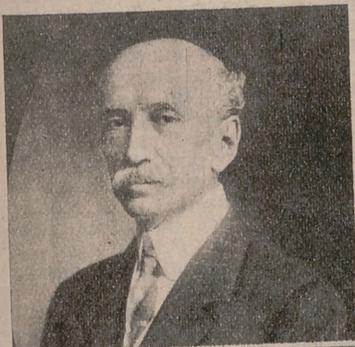
Centro  
de  
Cultura  
por  
Correspondencia



# "¡HAN ASESINADO A DATO!"

APUNTES Y RECUERDOS  
PARA LAS MEMORIAS DE  
UN REDACTOR POLITICO

En la plaza de la Independencia, los ocupantes de una misteriosa moto mataron a balazos al presidente del Consejo de Ministros



Don Eduardo Dato

"¡HAN asesinado a Dato! ¡Han matado al presidente!"

La noticia llegó a nosotros en el «chiscón» de Teléfonos. Los corresponsales de periódicos de provincias —o sus ayudantes, que era mi caso— estábamos preparando la labor para las conferencias que habríamos de dar a partir de las once. Los periódicos de la noche suministraban el material más copioso. Luego, había que esperar a que llevaran sus noticias los informadores políticos. Las sesiones terminaban normalmente dos o tres horas después de cerradas las ediciones vespertinas. El frasco de goma y la tijera, en tanto llegaba lo nuevo, eran los más eficaces y constantes «colaboradores» del periodista de Teléfonos. No sé quién llevó la tremenda noticia. «¡Han asesinado a Dato!», se repetía ya por la calle, de boca en boca. La emoción fué enorme, profundísima. Los que yo tenía como jefes inmediatos, en la corresponsalía de «Las Provincias», de Valencia, que, andando el tiempo, me habría de ser a mí conferida, eran Luis Benavente y Anselmo Alarcón, compañeros en la redacción de «La Epoca». Ellos dejaban dispuesto el original cada noche en Teléfonos. Y se largaban. Yo me quedaba allí, hasta la madrugada, para vocear las conferencias. Tenía también otras en-



Reconstrucción del atentado contra Dato, según la versión de los testigos presenciales

## LA INFORMACION DE AQUELLA NOCHE

Por Francisco CASARES



A la izquierda: El coche del presidente acribillado a balazos. A la derecha: La motocicleta utilizada por los asesinos

cargadas por algún corresponsal. El caso era sacarle a la tarea nocturna, en aquella dependencia —el «chiscón»— de la Peninsular de Teléfonos, el mayor número de duros posible. Con todo, no pasarían de cincuenta. Claro que eso «era dinero» entonces. Luis Benavente me dijo: «Váyase, Casares entérese de todo con el mayor detalle. Si se le hace tarde me llama y me dicta sus notas. Preferiría que viniera aquí a redactar la información». Salí corriendo. En la plaza de la Independencia, escenario del trágico suceso, ya no había más que un pequeño grupo de curiosos que comentaban lo que habían visto. O lo que les refirieran los que lo presenciaron.

—Por aquí subía el coche de Dato. Venía del Senado, ya no le faltaba nada para llegar a su casa, ahí, en la esquina de Lagasca. Venía detrás, zumbando, una moto de las de sidecar. Y le acribillaron.

—Dicen que no vivió nada.

—¿Qué iba a vivir el pobre! Si fueron lo menos treinta los balazos.

—¿Sería una ametralladora?

—No sé. Parece que no. Varias pistolas a la vez.

—¿Y los de la moto?

—Calle Serrano arriba. Como alma que lleva el diablo. No se les pudo pillar. ¡Figúrese! Esto casi a oscuras. Y tan de súbito todo. Sin policía, sin nadie que los siguiera. ¡Condenados, canallas!...

El alma popular vibraba. La indignación ante el criminal atentado borbotaba en todos los pechos. Don Eduardo Dato no había sido un político popular. Pero sí respetado. Y, sobre todo, el pueblo sano, sin contaminar todavía, se rebelaba contra la cobardía de unos asesinos que en las sombras de la noche, amparados en la impunidad, segaban la vida de un hombre público.

Aquella conversación —que podía ser reflejo de un sentimiento, de un espíritu— no me daba sin embargo, luces y pormenores

sobre el crimen. Recogí del suelo un pedazo pequeño de cristal, entre varios que allí vi, diseminados. Eran del coche, de una de las ventanillas o seguramente de la parte trasera. Las balas rompieron esos cristales. El fragmento, que recogí y guardé en mi bolsillo, lo conservé como un recuerdo casi con categoría de reliquia, como un testimonio de mi presencia en el lugar del suceso, hasta que en 1936 los rojos asaltaron mi hogar y se lo llevaron todo.

#### EN LA CASA DE SOCORRO.—LO QUE DIJO EL LACAYO

Me trasladé a la Casa de Socorro de la calle de Olózaga, a unos metros de la plaza de la Independencia, donde se había consumado el abominable episodio. Don Eduardo, despojado de sus ropas, se hallaba todavía sobre una mesa de mármol. Muy pálido el rostro, como si hubiera perdido toda la sangre que llevara en su cuerpo. Yo he visto cadáveres que, naturalmente, pierden el color y presentan esa sensación de impresionante blancura. Como el del jefe conservador, muerto un par de horas antes, pocos. Claro que Dato había sido siempre poco sanguíneo. Su color natural era de acusada palidez. La de la muerte acentuaba el tono habitual de su faz. Los médicos explicaban al conde de Bugallal, y a otros personajes políticos:

—No hubo posibilidad de hacer nada. Llegó aquí ya cadáver. Tenía dos o tres balazos en la cabeza. Mortales de necesidad.

En la Casa de Socorro de Buenavista —recordar hoy mentalmente aquellas instalaciones me sobrecoge, porque parece imposible que allí la ciencia pudiera hacer nada práctico— no se cabía. Los pasillos, las dependencias, el recibimiento de entrada, todo se hallaba lleno, y no servía de nada invocar que se era ministro o subsecretario. Ni mucho menos exhibir la condición de periodista. Cada cual había de valérselas como pudiera para llegar hasta la mesa donde reposaba el cadáver del presidente del Consejo de Ministros.

Yo llegué. La juventud y su aliada la vocación vencen todas las dificultades. Escuché lo que el jefe clínico de la Casa de Socorro le decía al conde de Bugallal. No hubo posibilidad de intervenir. Llegó muerto. Después tuve ocasión de charlar con el lacayo del coche presidencial, José Fernández, que más tarde fue portero en la Presidencia del Gobierno. Estuvo a punto de perder la vida en el baquet del coche. Le curaban una herida, no profunda, en la cabeza. Estaba muy nervioso. Pero me pudo contar.

Yo, realmente, no me di cuenta hasta que me sentí herido. La moto debió pegarse mucho al automóvil. Y habíame abierto el tubo de escape. Armaba mucho estrépito. Eso, sin duda, lo hicieron para que no se oyeran los disparos. Y poder escapar con más éxito. El coche nuestro había llegado ya a la altura de la Puerta de Alcalá, por su lado izquierdo,

completamente enfrente a la calle de Serrano, que es por donde han escapado «éso». Esperaban allí sin duda. Aunque puede ser que vinieran detrás. Yo me sentí herido. Instintivamente, se me ocurrió mirar al interior del auto. Y vi que el presidente estaba tumbado, caído en el asiento. Se lo dije al chófer, que volvió rápidamente el coche, enfilando la calle de Olózaga. Se dió cuenta de la gravedad del caso. Lo que le importaba —y a mí también— era llegar cuanto antes a la Casa de Socorro. Y ya ve usted. Todo ha sido inútil. Se lo habían cargado ya.

#### SALIO DEL SENADO UNOS MINUTOS ANTES.—AQUELLA NOCHE NO LE ACOMPAÑÓ SANTA CRUZ

Don Eduardo Dato había salido unos minutos antes del Senado. Se discutía, en la Alta Cámara el mensaje de la Corona. Como es sabido —aunque para las generaciones nuevas esto es ya historia y puede resultarles una novedad—, al constituirse unas nuevas Cortes, el Rey leía, unas veces en el Senado y otras en el Congreso su mensaje. Naturalmente, este discurso escrito del Monarca era la declaración de gobierno. El que leía, con su augusta representación, sólo cumplía esa misión: la de la presencia y la lectura. Y el Gobierno había de responder de lo manifestado en el mensaje regio. Ello daba lugar a empeñados debates, en los que intervenían las figuras más relevantes del Parlamento, tanto en la Alta Cámara como en la popular.

Se había desarrollado la sesión senatorial sin incidentes, sin nada importante. Don Eduardo Dato salía satisfecho. El senador liberal don Joaquín Chapaprieta había pronunciado un discurso con duras arremetidas para el Gobierno conservador. Era lo natural. Un periodista —quiero recordar que Eduardo Palacio Valdés, el actual subdirector de «La Vanguardia»— preguntó a Dato en la puerta del Senado:

—¿Recogerá usted, señor presidente, lo que ha dicho el señor Chapaprieta?

Con su habitual sonrisa y placidez el jefe del Gobierno le contestó:

—Recogeré eso y otras muchas cosas que han dicho los senadores que han intervenido en la discusión del mensaje de Su Majestad. Pero eso no será mañana, sino el jueves, pues aun han de intervenir otros oradores.

Por último, dijo Dato que ese día, 11 de marzo, se votaría el mensaje. El lacayo abrió la portezuela. El presidente se despidió del marqués de Santa Cruz, que la mayor parte de las noches le acompañaba y aquella no lo hizo no sabía él mismo por qué —de esto hablé más de una vez con el marqués de Santa Cruz, que fué compañero mío de refugio en la Embajada argentina durante la guerra—, y subió al coche con una pequeña cartara de piel bajo el brazo. Se reclinó y dió orden al mecánico: «A casa». No sabía el insigne hombre público que esa última orden su-

ya no se cumpliría. Fueron sus últimas palabras; ya no habló con nadie más. Ni exhaló siquiera una frase. La muerte debió ser instantánea. Dato no debió darse cuenta de que le habían agredido. «A casa», dijo, pensando en su hogar, en los suyos, que le estarían aguardando. Y no llegó. La anti-España actuaba ya. Comenzaba a funcionar el satánico mecanismo que unas veces ha obedecido a la anarquía y otras al comunismo o a las logias masonicas. Todo es igual. Todos son unos.

#### LA INFORMACION.—BUGALLAL, PRESIDENTE INTERINO

Hubimos de correr mucho aquella noche los periodistas políticos. Desde la Casa de Socorro me trasladé a Teléfonos. Y pergeñé rápidamente unas notas para las conferencias que habían de darse a los periódicos a los que servía. Desde Teléfonos, a Gobernación, donde estaban reunidos los ministros. Estos se fueron inmediatamente a Palacio y quedaron reunidos en Consejo, bajo la presidencia del Rey. También había mucha gente en la puerta de Palacio. Y los guardias —aquellos guardias de casco y esclavina negros, con un sable largo al costado, que hoy nos parecen tan pintorescos cuando salen en una zarzuela— no podían contener a la multitud, ansiosa de saber noticias. El Consejo con el Monarca duró menos de media hora. Al abandonar Palacio, por la Puerta del Príncipe, el conde de Bugallal, nos dijo:

—Su Majestad el Rey ha tenido la bondad de confiarme la presidencia del Consejo de Ministros interinamente.

El presidente accidental y los ministros se trasladaron seguidamente a la casa mortuoria, a la que ya había sido conducido el cadáver. Permanecieron en el domicilio del señor Dato, con la viuda y las hijas, durante una media hora. El Gobierno quería que el cadáver se trasladase al Congreso, pero la familia manifestó que era deseo, reiteradamente expresado por don Eduardo y escrito en su testamento, que no se le rindieran honores. Quería solo que su cuerpo se cubriera con una bandera española. Y así se hizo. El Gobierno respetó la voluntad del ilustre finado. Al día siguiente acudí de nuevo a la casa de la calle de Alcalá—en la que ya había visitado yo alguna vez al ilustre político—para seguir mi información. Se dijo una misa, que yo pude oír, en la que estuvieron presentes el Rey, la Reina Doña Victoria, el jefe interino del Gobierno, el director de Seguridad, señor Torres Almunia; don Joaquín Sánchez de Toca y otros parlamentarios y amigos del presidente asesinado. El Monarca daba muestras inconfundibles de su dolor. Al día siguiente presidió personalmente el entierro, que dió lugar a sinceras y auténticamente populares manifestaciones de condolencia, de protesta contra el magnicidio. Los dos Cámaras celebraron sesiones necrológicas, como era de rigor. Yo estuve en la del Senado, donde pronunció un discurso

so de elevados tonos, con el elogio para la gran figura desaparecida y la condenación para el execrable crimen, el señor Sánchez de Toca.

#### EN «LA EPOCA».—UN COMENTARIO DE MARFIL.

Dormí sólo tres horas esa noche. Cuando me retiré de Telégrafo, donde todos pedimos conferencias extraordinarias—fuera de las abonadas—con nuestros periódicos, era ya de día. Descansé, con los nervios de punta todavía por la tensión de la noche pasada y por las emociones sufridas, y a las nueve estaba ya en el periódico. La Redacción de «La Epoca» tenía aquella mañana de marzo de 1921 un aspecto más serio que nunca. Los redactores apenas nos atrevíamos a hablar. El tono general era sombrío, de enorme amargura, de agobiadora tristeza. Llegó a media mañana el redactor-jefe, don Mariano Marfil. Me llamó aparte. Tenía los ojos encarnados y se quitaba las gafas a cada instante para pasar por aquéllos un pañuelo de seda. Había llorado, indudablemente. El caso no era para menos. Sobre la indignación que a cualquiera—con sensibilidad y con patriotismo—habría de producir un hecho tan brutal y repugnante como el de asesinar por la espalda a un estadista, a una gran figura española y, en definitiva, a un anciano, estaba para mí jefe, la proximidad espiritual, la entrañable amistad. He recordado en otra parte de estos apuntes cómo Marfil acudía algunas tardes a la Presidencia, y cuando accedía al despacho del presidente, de don Eduardo Dato, se daban terminantes órdenes de que no les molestase nadie. Era su hombre de confianza en el orden político, como Queralt, su secretario durante muchos años, lo era en el privado. Marfil, con voz que empañaba la emoción—y también la ira—, me dijo:

—Acabo de ver el cadáver. No lo resistía. Es horrible. Le han asesinado por ser el hombre de la justicia social. Nadie legisló tanto en beneficio de la clase obrera. Los dirigentes del obrerismo no consienten que los hombres de orden les arrebaten ese privilegio. No toleran al político conservador que tiene la preocupación de las mejoras sociales. Dato ha sido el paladín, el que más ha hecho en ese sentido. La condena a muerte tiene un signo inconfundible. Es eso, sólo eso...

Me encargó la información. Yo recogí de los periódicos de la mañana con todo cuidado, procurando no copiar íntegramente más que lo estrictamente preciso, la abundante información sobre el suceso. Puse mucho de mis propias notas, y ello me produjo satisfacción y, si se quiere algo de evanescimiento. Había detalles y pequeñas noticias que en los relatos de los diarios no venían. A media mañana entregué mi original. Inmediatamente, a la calle, a recoger más pormenores, a buscar todo lo que pudiera tener interés. La casa del finado, Palacio, las Cortes, los domicilios de los políticos más relevantes, Gobernación, etc. De lo único que no me ocupé por el momento—juego, sí—fue de la gestión policíaca. Eso lo llevaron otros compañeros.

#### FALLO LA POLICIA

He aludido a la gestión policíaca. Mal parada quedó en aquella ocasión la Policía. Pero hay que reconocer que no era culpa de los que tenían la misión de custodiar al presidente del Consejo y salvaguardarle de cualquier contingencia. No tenían medios. El sistema no podía ser más ingenuo y primitivo. El coche del presidente salía de la plaza de los Ministerios, si se trataba del Senado, o de la calle de Florida Blanca, si había asistido el jefe del Gobierno a la sesión del Congreso. El comisario que estaba encargado del servicio llamaba por teléfono a la Dirección General de Seguridad para decir: «El señor presidente ha salido para su domicilio sin novedad.» Inmediatamente se dirigía—a pie, en tranvía, todo lo más en un coche de punto—al domicilio del presidente. Allí confirmaba que había llegado y había subido a su piso. Nueva llamada a la Dirección: «El señor presidente ha llegado a su casa sin novedad.» Y el servicio quedaba realizado. Naturalmente, la culpa no podía ser de un funcionario al que sólo se le daba en rigor una misión informativa. Cuando el comisario llegó a la plaza de la Independencia camino de la residencia de don Eduardo Dato se enteró del trágico suceso. Como se enteró cualquier ciudadano vulgar. A partir de entonces se montaron ya servicios de vigilancia policial con un sentido de eficacia de seguridad. El hombre público, seguido de cerca por los agentes de servicio. La indefensión increíble en que un político, nada menos que jefe del Gobierno de la nación, se hallaba fue uno de los factores decisivos de que pudieran matarle a balazos en plena calle de Alcalá y con la impunidad de una fuga que nadie tuvo medios de evitar.

#### LA SUCESION POLITICA.—MAURA DECLINA.—ALLENDESALAZAR, PRESIDENTE

De mucho trabajo fueron los días siguientes al del luctuoso episodio. La crisis producida por las pistolas de tres asesinos a sueldo de las tenebrosas organizaciones era preciso resolverla. Estuvimos los informadores horas y horas en la Puerta del Príncipe, en Palacio, en casa de Bugallal, en la de Maura. De la Ceca a la Meca. Se creyó en los primeros momentos con cierto fundamento que iba a ser don Antonio Maura el nuevo presidente. En efecto, el Rey le encargó de formar Gobierno. Pero el señor Maura declinó. Entendía que la sucesión del Ministerio que había presidido el señor Dato correspondía al propio partido conservador. Hubo un intento por su parte: el de encontrar la colaboración de otras personalidades y otros grupos. Muchas visitas, muchas conferencias, y en seguida la sensación de que esa fórmula fracasaría inevitablemente. La nota del señor Maura, que copiamos los reporteros en su casa—en Palacio, al salir de declinar el encargo se limitó a decirnos que nos la facilitaría en su domicilio—, tenía un párrafo del estilo característico del gran político que explicaba las razones del desisti-



El cadáver de Dato en la clínica de urgencia



El entierro, que fué presidido por el Rey

miento: «Una vez que el designio de allegar fuerzas proporcionadas con las dificultades que se han de vencer—decía—rompe la homogeneidad no se puede unificar la acción de los ministros si éstos no están con plena conciencia persuadidos a sacrificar o postergar de sus individuales pareceres, de sus ligaduras partidistas o de sus personales antecedentes tanto cuanto estorbe los acuerdos colectivos. Sin el compromiso unánime de esta recíproca transigencia, que supone convicción de ser ella obligada por el bien público, el Ministerio de concentración no puede ni debe formarse.»

Y unas horas después había Gobierno. Uno de esos Gobiernos grises, de puente, de transición, sin relieve, que se han dado frecuentemente en la vida política española. Lo presidía el señor Allendesalazar. Era casi íntegramente de conservadores. El señor La Cierva aceptó integrarse en ese Gabinete y ocupó la cartera de Fomento. Un amigo íntimo suyo, don Francisco Aparicio, burgalés, fué nombrado ministro de Instrucción Pública. Ese Gobierno, de triste destino, fué el de la catástrofe de Annual.

Entretanto, las pesquisas policíacas seguían sin éxito. Por una pura casualidad fué hallada la motocicleta desde la que se disparó contra el señor Dato. Estaba encerrada en una casa de la Ciudad Lineal. Pero de los asesinos ninguna pista. Detenciones, muchísimas. Todos los sospechosos iban pasando a los calabozos de la Dirección o las celdas de la Modelo. La Policía seguía funcionando mal. Váyase por las muchas veces que ha funcionado bien. El director general de Seguridad, don Fernando Torres Almunia, dimitió. De la gestión policíaca, hasta puntualizar cómo se fraguó el crimen, quiénes fueron los autores y cómo huyeron hablaré en otro capítulo. Y lo haré, como en éste y en los que ya he ido dando a la curiosidad del que me lea, en la parte en que intervine o que vivía de cerca. Yo no escribo historia política. Hablo de aquello de que he sido testigo. Entiendo que esto deben ser unas Memorias.



Niños en las tranquilas playas del archipiélago

# GRACIA Y LINEA DEL ARCHIPIÉLAGO BALEAR

## MALLORCA ES LA TIERRA DE PROMISION QUE DESCANSA NUNCA

### VALLDEMOSA, PORTO C, FORMENTOR Y LAS CUEVAS, LOS LUGARES VISITADOS DE LA ISLA



Puerto de Palma

Las noches en Palma, cuando se beben a pulso y con tiento fortalecen la visión y dan a uno, con el amanecer, la mirada fresca y elemental con que debieron mirar las cosas los primeros pobladores del mundo. Exactamente aquí en casa de mi posadero, amanece un poco a la heroica, entre un aire comedido de trajín y el cantar apriesa de un gallo que Dios guarde.

Me voy, amigos, a Formentor. Hoy es fiesta. Hoy arde la alegría por la carretera adelante, limpia, sin un bache. Me voy en un «Chrisler» decididamente largo y en buena conversación con un guía poliglota y efervescente, un hombre ancho, un hombre con cara de noble payes que ama a su tierra como a las niñas de sus ojos. Círculo entre una tierra óptima y blanda. A un laño y a otro del «Chrisler» van sucediéndose la huerta y el bosque. Es la vid y el trigo, el olivo y la higuera. El olivo en Mallorca es siempre milenario. Es lo único realmente patético sobre este paisaje sin rebeldías. Se retuerce en torno a la inmensidad de sus años como atornillándose desesperadamente al suelo. Merecen estos olivos la voz y el grito, sufrir del todo. Luego, otra vez la suave campiña húmeda que no descansa. Cosecha tras cosecha, alimentándose de su subsuelo abundante en agua subida por molinos rinde el ciento por uno. La tierra es llana y los molinos se pierden hacia el horizonte. En un solo kilómetro, a derecha e izquierda, pueden contarse hasta ochenta molinos.

Paso por Marratxí, por Santa María, de donde parte camino para Sóller, después de atravesar Buñola. Todos estos pueblos son riquísimos. Pueblos que trabajan la tierra más agradecida que he visto, y cuya fácil y cómoda comunicación con Palma, con Formentor, con Porto Cristo es decir, con las grandes ciudades y con las orillas del mar, abren la posibilidad de un mercado espléndido.

Según mi guía particular, nos estamos acercando a Binisalem. En Binisalem por lo visto, hay una bodega increíble, una bodega que es todo un poema. Es lo que me dice el guía, que se llama don Manuel:

—¡Todo un poema!  
—Concretemos—responde, indi-

cando al chófer que frene—. ¡Una anacreóntica!

Como también hay que comer algo, buscamos sitio. Don Manuel me lleva a una casa de amigos que nos abren su hospitalidad con perfecta sencillez. Es una casa entre rural y ciudadana, amplia, que huele a fruta y a levantarse temprano. La cocina, primer descubrimiento de mi viaje, es totalmente payesa. El hogar, en uno de los cuatro ángulos de la sala, está colocado bajo una gran campana hecha de sillares finos de arenisca. El frezadero, enorme, situado cerca del «llar», descansa sobre dos poyos de piedra y por encima, a todo lo largo de la pared, el vasar, el «escudeller», triple, sostenido por ménsulas.

Llega pronto el vino espumoso y lento. ¡Gran vino el vino de Binisalem! Esta misma frase, que me salió sin pensar, hizo gracia a mis anfitriones—un padre, dos hijas y un hijo—y me cogieron un poco de simpatía. Total, que me invitaron a comer, junto con don Manuel y el chófer. Don Manuel, entre sorbo y sorbo, quiere explicarme las cosas. Me lleva hasta un reloj de caja, un reloj curioso y grande del siglo dieciocho, o por lo menos del siglo pasado, sobre el que se abalanza un halcón de bronce muy bien hecho. No se conforma mi guía con el reloj y me enseña una caracola.

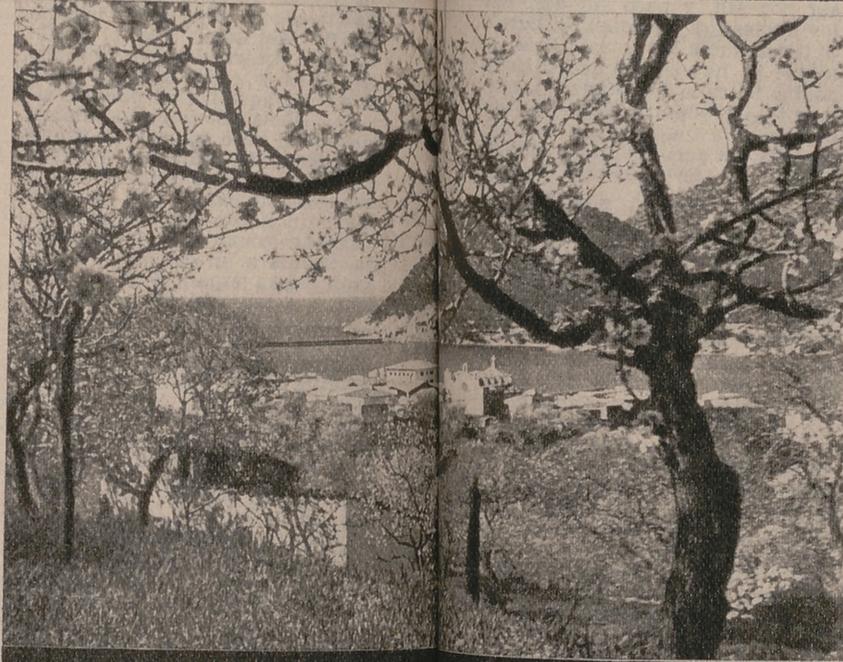
—¡Ah, sí!—le digo, para que vea cómo me interesa todo—. El mar. Por ahí se oye el mar.

—Lo que yo quería explicarle—me responde—es que esta caracola sirve para llamar a los trabajadores que andan lejos a la hora de comer.

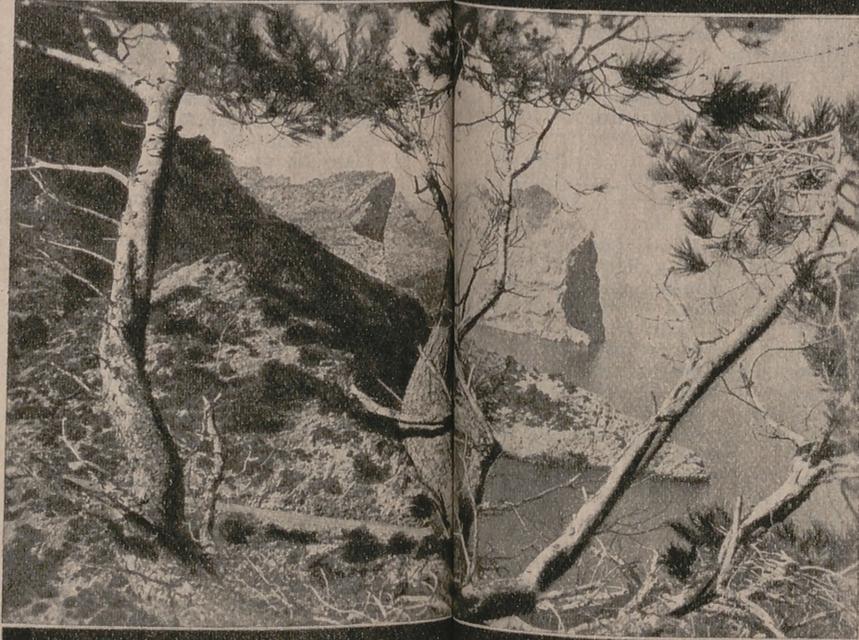
—¡Fajina con caracola! ¡Genial, don Manuel, genial!

No bebo más hasta después de comer. Todavía hubo tiempo para dar una vuelta por los alrededores. De Inca, situada unos kilómetros hacia la ruta que he de seguir, llegan un número infinito de bicicletas. Hombres, mujeres y chiquillos pedalean tranquilamente, hablan y ríen de máquina a máquina. A mi izquierda, huerta adelante, tres molinos muelen, vamos a decir, el tiempo, que pasa jugando a huir sin conseguirlo nunca. Nada se mueve en este instante. Ni el aire ni el pensamiento. Quieto se está bien. Así, mil años.

Comimos tarde. Comimos una



Un paisaje típicamente mallorquín: el puerto de Andraitx



La belleza natural de las islas presenta un maravilloso aspecto en los acantilados de Formentor, en la isla de Pollensa

«bona greixonera de sopes». Greixonera quiere decir cacero. Las sopas están condimentadas a base de rebanadas de pan sin sal, fritas con un poco de aceite, cebolleta, unos ajos, tomates, perejil y verdura. Después, según entendí, se le añade agua, una pizca de aceite y de sal y pimentón. Todo esto hay que dejarlo calentar. Créanme, es un guiso estupendo. Mientras lo engullía yo pensaba en la razón última que ayuda al paladar a buscar el guiso específico. ¿Por qué es esta la comida definitiva del mallorquín? Es indudable que ha de haber una palabra que conjugue la culinaria y la psicología. Yo lo único que sé es que comí de maravilla. La sopa puede servirse con coles, con patatas, con pimientos y con espinacas. Este añadido accesorio varía a sabor y a costumbre. Es el rasgo personalísimo y doméstico que caracteriza a las amas de casa. A mí, en Binisalem me la dieron con albaricoques. La sopa,

#### FORMENTOR Y SU PALMERA

Queda atrás Binisalem, paraca y fonda, sopa y vino, amabilidad de una lengua que yo no entiendo muy bien y se esfuerza, sin embargo, porque yo la entienda. ¡Binisalem, Binisalem!...

Por Inca—pura sugestión en las dos sílabas—pasamos a las tres de la tarde. Nos detenemos un instante a beber un poco de agua. Inca es el centro geográfico de la isla, a unos cincuenta y tantos kilómetros de Palma y a ochenta y cinco de Formentor. Camino en diagonal, recorre la parte menos ancha de la isla en paralela exacta a las dos costas más extensas de este romboide o especie de romboide que es Mallorca. Siento que hoy no sea día de mercado en Inca. Los mercados en Inca traen consigo una feliz algarabía bien nombrada, un algo así como la máxima concentración de los productos más finitamente conseguidos. Pero esto sólo ocurre los jueves. También en Inca hay ferias, las célebres ferias de noviembre—sinfonía de mugidos rebuznos y relinchos—, y, sobre todo, la feria del Dijous bó, la jornada por excelencia. En fin, que hoy no es jueves ni andamos por noviembre. Y ya de un tirón y sin ninguna otra parada al fin del viaje. La carrete-

ra, a unos cuantos kilómetros de Inca y dejado atrás y a la izquierda, según se va, el pueblo de Gampanet, cuyo reflejo blanco y un poco lejano se ahoga entre el bosque, radicalmente verde, tuerce con suavidad para volver a enderezarse sobre la recta, que enfila hasta Alcudia. Pasamos por ella como el rayo. Repica en los ojos la próxima luz de Formentor, y todo es ya promesa y ganas de bañarse, con permiso de la sopa de albaricoques. Este trozo de camino, este puñado de kilómetros que quedan ya es tránsito casi en el sentido metafísico de la palabra. La carretera entra por un lado poco menos que en la arena y en la espuma amagando un abrazo imposible, el abrazo del asfalto y del mar. Por otro, el continuo, pacífico desfile de los almendros en flor, embellecidos en su innumerable formación perfecta sin fallos. Recorremos ahora el último tramo de la inmensa bahía de Alcudia. Minutos después atravesamos una pequeña faja de terreno perpendicular al camino recorrido hasta ahora, y de nuevo el mar, azul, azul mil veces, que obliga a doblar el paso hacia la derecha, bordeando la bahía de Pollensa. Crece la luz por instantes, cobra figura y todo esto es indescriptible. No hay verbo equivalente al paisaje. Y allá, entre los pinos, Formentor. Me bajo del coche. A Formentor es necesario llegar andando. Anduve cinco kilómetros, que no los esperaba. Me falló el sentido de la distancia, aunque no lo siento mucho. El camino va elevándose sin violencia hasta el Formentor Hotel, orientado hacia el Sur y al lado de una playa de arena levisima. Don Manuel, que iba un poco renqueante, se rindió sobre la natural alfombra. Y yo también, por simple cortesía.

—Por aquí, don Manuel, y perdone usted que hable de esto, ¿no había un casino?

—Sí.

Y entonces fué cuando don Manuel que no fuma, pero que me hizo el honor de aceptar un cigarrillo, me contó una historia.

Ocurrió antes de nuestra última guerra. El turismo en Mallorca viene ya de antiguo; cuenta, por lo menos cincuenta años de popularidad y ha entrado en la literatura. Aquí llegan gentes variadísimas, de todos los países.

**Una vista del moderno paseo marítimo de Palma**



No solamente Europa, sino América, Australia, Japón hasta Corea...

—No lo creo.

—Palabra. Hasta Corea. Las estadísticas no mienten.

**CALVARIO DE POLLENSA**

Me baño bien avanzada la tarde. A la playa bajan despacio grupos de muchachas, cantando lejanas melancolías. Alguna habla castellano, pero la mayor parte son inglesas. Bajan ya preparadas para el baño, altas y rubias, como a un conciliábulo de doncellas. A mi espalda en un pradecillo minúsculo, una vaca solitaria y sin esquila, pasta de vez en cuando hierba y margaritas. De vez en cuando, también, levanta la lentísima cuerna y mira sin querer a las nubes. Sueña una gaita, muy lejos. Canta el grillo y la tarde se tiende, como una gacela herida, sobre la hermosura de la tierra. Me pregunto, estúpidamente, cuántos kilómetros habrá de aquí al café Gijón. Es increíble que se me ocurran tales cosas. Deben ser resabios.

Antes de que anochezca del todo quiero acercarme a Pollensa. Adelanto el camino por el bosque al encuentro de la carretera. Todos son pinos. Hay uno, sin embargo... ¿Cuál será, Señor? Tiene que estar aquí. Tiene que estar aquí el pino de Formentor. Mientras pienso, el cielo se tiñe de un rosa brillante como en la Anunciación de Fra Angélico.

Lo que yo quiero ver en Pollensa es el Santo Cristo del Calvario. Hace cientos de años que fué hallado por unos pescadores en la cala de «Sant Vicenç». Los pescadores obtuvieron permiso

del ballío para colocarlo en la cima del monte Comunal, que fué desde entonces el Calvario. Toda una historia. Cuando Jaime I conquistó Mallorca cedió el monte a los templarios, que lo utilizaron como cadalso, lugar fijo de ejecución. Sobre él alzabase el torvo aparato de «les forques». Ya lo entienden ustedes. Bajo el dominio de la Orden de Malta fueron amortiguándose las ejecuciones, hasta que desapareció la costumbre. Todavía al mirar hacia allá arriba cruza por los nervios un espeluzno, un como miedo a los templarios, y eso que uno no ha hecho nada. Uno, señores templarios de mi alma, no es más que un pobre vagabundo inofensivo.

La huerta es deliciosa. Desde la cordillera que ensortija Pollensa, los frutales, los jardines, los bosquecillos, figuran un puzzle de color extraordinario. He trepado poco más de un kilómetro para ver esto. Todo da la impresión de muy nuevo, de muy recién comprado. El gran valle «d'En March», a la izquierda, rebosante de olivos, de algarrobos y de encinas, parece desde arriba como un mar raro. Al otro lado, el puerto. Al fondo, la quebrada de «Cavall Bernat», brochazo fuerte de la escena. Y en lontananza, perdiéndose ya en mis ojos, Formentor. Aquí mismo, aquí, estuvo don Miguele de Unamuno. Vió entonces lo que yo veo ahora y dijo que aquí «el recuerdo mismo de la muerte canta vida o más bien inmortalidad... se siente la comunión de los vivos con los muertos en el estremecimiento luminoso de la tierra que comulga con el cielo». Yo prefiero no decir nada. Yo me retiro.

Y ahora mientras bajo tengo una buena anécdota que contar, hallada en un enjundioso y justamente apasionado librito, de Miguel Bota Totxó. Hace como unos cuarenta años, época de rivalidades políticas y de cartelones con el «sí» y con el «no», Romanones se acercó a Pollensa. Acompañado de las autoridades subió al Calvario por una escalinata que conduce al oratorio del Santo Cristo, obra muy posterior al hallazgo de la imagen. En el rellano, precisamente ante la casa natal del poeta Ramón Martorell Bennassar, apareció escrita con letras de a medio metro la leyenda «Romanones, no». Y en la fachada de un edificio colindante, sobre el arco del portal, la segunda parte, quiero decir, «Maura, sí». Tuvo Romanones que pasar por allí, y pasó sin despegar los labios, pues aquello ocurría a todas luces en casa ajena. Y lo que yo he visto es que el tiempo ha borrado «Romanones, no», mientras el «Maura, sí» —tal vez porque era mallorquín Maura— campea, un poco olvidado, al aire. Vámonos de Pollensa.

**EL CAMINO DEL AMOR**

Volví a Palma muy por la noche. Don Luis Saiz, de quien ya he hablado en el primer reportaje, me ha permitido la reproducción de los sellos del amor. El delegado de Turismo de Palma es un gran caballero, como he dicho y vuelvo a decir. Don Luis dice que estos sellos son adhesivos. Como yo no entiendo bien la jerga postal, no sé si es que son adhesivos porque quien espontáneamente los utiliza, se adhiere automáticamente al amor o porque se adhieren muy bien a los sobres. No sé. Lo que sé es que son originales y sugestivos. Son un pleno acierto de gracia. Y me llegan justo cuando me voy a las cuevas, camino —o caminito, como quieran— del amor.

No voy a descubrir las cuevas a nadie. Sería una bobada. Las cuevas —tanto las del Drac, las de Artá o las de Hams— son, juntamente con Valldemosa, Porto Cristo y Formentor, los lugares más visitados de Mallorca. Se impone, pues, hablar un momento de las cuevas. Los itinerarios turísticos, que son un modelo de organización y de sensibilidad, sirven como aperitivo a las cuevas del Drac, las de Artá. Yo, amigos, que me admiro de todo, un poco como los sabios y otro poco como los tontos, jamás había sospechado tanta belleza en una gota de agua. He entrado en las cuevas como si entrase en un templo. La dislocación brusca del terreno produce antros maravillosos. El laberíntico cincelado de la piedra, las columnas gigantes, las enormes arcadas, los estanques inmóviles, todo ello produce la fatiga envidiable de la suma perfección. La resistencia a la belleza tiene un límite. Tras él sobreviene el desmayo o el éxtasis. La inconsciencia o la glorificación. No exagero, Dios me valga, ni un ápice. Es inútil una descripción detallada. Ni con la imagen ni con el símbolo se lograría una expresión adecuada y digna. Hay que enmudecer.



El camino de Formentor anuncia al visitante la más alta belleza de Mallorca



Aquí se pierde toda idea de la perspectiva. Lo de arriba es lo de abajo y lo de abajo lo de arriba.—Derecha: El pino mallorquín recorta su belleza sobre la tranquilidad de la bahía

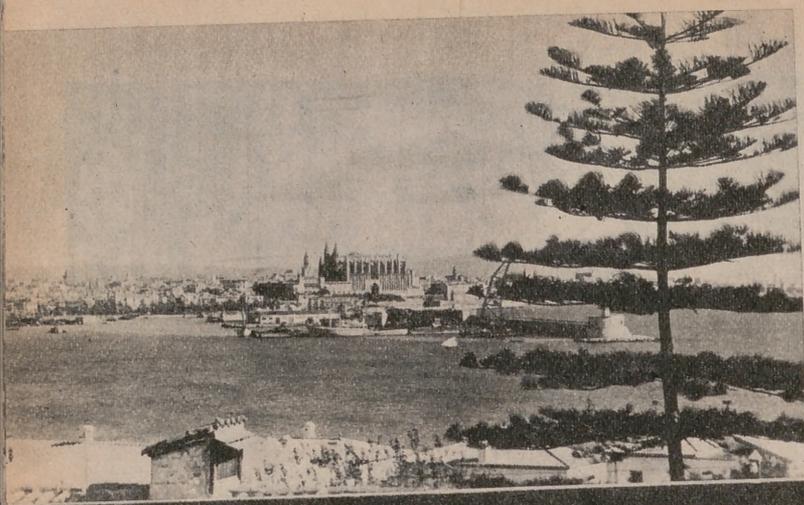
Sin embargo, yo tengo que escribir. La entrada a las cuevas de Artá resulta, tal vez, la más impresionante de todas. Está formada por un gran arco de unos 300 pies de largo y de una altura formidable, a modo de gran concha levantada, en cuyo fondo se abre la boca. A uno y otro lados se alza una columna, y su bóveda, compuesta por dos planos inclinados, desciende violentamente hasta la oscuridad del fondo. Aquí volví otra vez, ya a la noche cerrada, y obtuve del amable guarda beneplácito para contemplar de cerca el arranque de la cueva. Por encima de ella cruzan, bajo, palomas salvajes y parejas de cuervos marinos. Conduce a la entrada una escalera ancha, construida en 1860, y desde su primer escalón se ve, a lo lejos, el mar. Una mar, ahora que la contemplo a las once de la noche, impenetrable y oscura, iluminada alguna vez por el giro silencioso de un faro. No me atrevo a entrar solo en la cueva. Sale de ella un aire fresco que me hace temblar. El guarda fuma y se pasea, me mira de soslayo. Sé que mi deber es entrar en la cueva ahora, solo, con los ojos abiertos para arrancar a la soledad su último misterio y servirlo a ustedes en cantar y en gesta. Bueno. Pues, decididamente, no puedo. Porque a la derecha de la entrada, hay una gruesa capa estalagmítica, que se enlaza en el arranque de la bóveda, y más adentro, en igual dirección, unas rocas que figuran de la manera más correcta la cabeza de un hombre, reclinada, como si descansase en un ataúd. ¿Cómo pasar por aquí? Cojo del suelo una piedra caliza, y aprovechando el alejamiento del guarda escribo en una pared

de la izquierda: «Lasciate ogni speranza voi entrate». Y me marcho.

Las del Drac, sin Drac, gracias a Dios, están destinadas al amor. O yo entré con una expedición de recién casados precisamente, o en las cuevas del Drac siempre hay recién casados. Da un poco de vergüenza mirar a los lados. Estas cuevas se abren en tierra de Porto Cristo—gran playa—muy cerca de Manacor, la de las perlas. Aproximadamente, a unos doce kilómetros en la costa oriental de Mallorca. La entrada de la cueva es un embudo de derrumbamiento, abierto entre los estratos de caliza miocena... etc., etc. ¡Pero dentro! Toda una complicada arquitectura de marfil pálido, incorpóreo. Piedra oscura y diáfana al mismo tiempo. Las formaciones del techo hunden su imagen clarísima en el agua de numerosos lagos para convertirse en ciudades sumergidas. Si la mirada queda prendida sin parpadeos en el reflejo, las perspectivas se cambian y se pierden, no



La danza mallorquina es fuerte y ligera, como los hombres de su tierra



El puerto de Palma y la catedral enalteciendo el conjunto de sus edificaciones

acertando después a señalar la imagen verdadera.

He oído el concierto del Lago Martell. Si se me permite, diré que en aquel lugar debería oírse una sinfonía heroica. No sé la resistencia posible de las paredes y el techo; pero si esto no fuera obstáculo, y ante las grandes condiciones acústicas, creo que una música grande llevaría al alma una impresión de majestad indecible. Creo, además, que podría muy bien abrirse concurso para la sinfonía propia que necesita la cueva. Para la sinfonía que interpretase el misterio de la piedra sin corazón, pero que llora, y el misterio del dragón invisible.

#### AIRES DE MONTANYA

Selna está a pocos kilómetros de Inca. Yendo por la carretera, desde Palma, a la izquierda. Es un pueblecito clavado al borde de una cadena montañosa cajada de árboles. Resulta increíble cómo han podido hacer el pueblo entre los árboles sin derribarlos. Don Manuel, que sabe a dónde me lleva, indicó al chófer el camino. Ha sido una verdadera casualidad que yo haya podido contemplar la danza mallorquina en toda su jugosa riqueza folklórica. Ha sido una casualidad, porque representaciones como la que yo he visto no son frecuentes. El local es amplio, rectangular, de escenario alto. Hay asientos al aire libre e interiores. Cerca, cerquisima, despachan limonada y cerveza a barullo muchachas ataviadas de payesas. Encuentro a Lily bebiendo limonada. Lily salió ya en el otro reportaje. Va con su padre, un hombre con cara de investigador atómico. Antes de pasar a la sala del espectáculo busco a un hombre que sabe mucho de danza. Lo busco y lo encuentro. Don Antonio Galmes, director de «Aires de Montanya», me sirve el prólogo de lo que voy a ver. Esta famosa agrupación de bailes regionales ganó un primer premio en Madrid, compitiendo con los mejores conjuntos españoles, la Medalla del Fomento de Artes Decorativas de Barcelona, y en junio del año 1949, en Llangollen, en el País de Gales, el máximo galardón internacional. Que ya está bien.

—¿Cómo es esto, don Antonio? ¿Son acaso profesionales sus bailarines?

—Nada de so. Aunque siempre se repita el mismo estribillo, aquí es pura afición. Simple entusias-

—¿Cuántas personas forman la agrupación?

—Más de cuarenta. Pero todo el pueblo sabe bailar. Bailan todos. Es un pueblo de danzarines natos.

—Lo que quiere decir, don Antonio, que es también un pueblo de guerreros.

—Probablemente, amigo.

—¿Cuál es su repertorio?

—Muy abundante. Hasta ahora cincuenta y dos melodías minuciosamente estudiadas e idénticas a las originales que marca la tradición.

—Don Antonio... ¿me va usted a perdonar toda esta serie de preguntas?

—¿Qué preguntas, amigo?

—¡Gracias! ¡Muchas gracias!

Y después me fui a ver bailar.

Como diría yo, es algo... que no se comprende. Es una armonía de ramalazos sentimentales, un puro ritmo elemental y duro como si un viento irresistible azotase la más profunda intimidad de los cuerpos. Estos hombres y estas mujeres, verdaderos artistas de la danza, se parecen a sus olivos milenarios que se retuercen inmóviles pero dando al mismo tiempo la más clara lección de movimiento. Hay un instante en el bolero de «S'Hort d'en Boira» en el que los danzantes quedan petrificados en una contorsión violenta como el soplo mágico de un dios cruelísimo. Es una danza bárbara, feroz, bellísima, una danza con raíces púnicas, según pude comprobar días más tarde en Ibiza por pura casualidad. Hablaré de ello, Dios mediante, al hablar de Ibiza.

Me despedí con palabras de admiración de don Antonio, a quien por cierto tengo que enviarle dos ejemplares de los reportajes sobre su isla del alma. ¡Y de la mía, don Antonio, y de la mía!

#### LOS TRAJES DE MIL RAYAS

Sóller está edificado también bajo una montaña. Pero la diferencia con Selna es fundamental. Aquí parece que la montaña va a derrumbarse de un momento a otro y que no va a salvarse nadie. Sóller es un pueblo callado, pulcro, blanquísimo. En Sóller, además, se inventaron los trajes de mil rayas. Y en Sóller, sobre todo, me prestaron un caballo.

Voy a ascender al Puig Major, en la cordillera del Norte, con una elevación de kilómetro y medio. Es de noche y hay casi una luna entera. Con algún intervalo descansamos el caballo y yo. Nunca he estado en mi sentido de

la orientación; pero ahora voy con un caballo, y además la cuestión está en tirar para arriba. El camino, una mala senda de herradura, se revuelve como no queriendo atacar de frente a la montaña. Sóller va empujándose y ya la única señal son las luces que encuadran la ciudad. He andado, cabalgando, quiero decir, unos tres kilómetros y tengo hambre. El frío se me cuelga en los brazos y de las riendas de mi cabalgadura. Es un frío torvo, que no penetra del todo, pero que se deja sentir. Hay un momento—la Virgen me ayude—en que me parece que hasta el caballo ha perdido la orientación. ¿Pero qué hago yo aquí, de noche, subido en un caballo? No lo comprendo. Llego arriba a las cinco de la mañana, a la del alba, con el sol en puertas. Todavía un número incontable de faros marca la línea costera. Y de pronto, el sol. «¡Oh, sol, yo te saludo!»... A mi caballo se le alegran las orejas y hasta en los ojos impávidos se le cuela el sol nuevo. Uno sabe que hay cosas que están por encima de la palabra. ¿Cómo describir esto? Alguien tira levisísimamente de un terciopelo y paulatinamente todo se ilumina. A cada segundo que pasa los matices de la luz son distintos. Amanece con solemnidad y yo veo amanecer y palpo cómo me va llegando este milagro. Desde la altura que he subido la visión es sublime. Veo Menorca, Ibiza y Cabrera. Todo bajo mis ojos y bajo los ojos de mi caballo, que también es de Dios.

Bajé al atardecer, y eso porque se agotaron las provisiones. Ya había quedado con don Manuel que a esa hora vendría a Sóller con el coche. Sin tomarme descanso, voy hasta Walldemosa. Ya saben ustedes: la Cartuja, Chopin, Rubén Darío... Sí. Lo saben de sobra. Pero yo he querido ir porque siempre hay huellas mínimas en el aire, vibraciones que se repiten eternamente. Esto no es periodismo; de acuerdo. ¡Pero, que quieren!...

A la mañana siguiente, la ruta final. Palma. La carretera va recta desde Valldemosa cruzando huertas y más huertas. Llego temprano y mi posadero se alegra.

—Buenos días, muchacho.

—Hola, Vicente, ¿mató usted el gallo?

—¿El gallo? No... ¿Por qué iba a matar el gallo?

—No lo sé. En fin, me quedo en Palma dos días más.

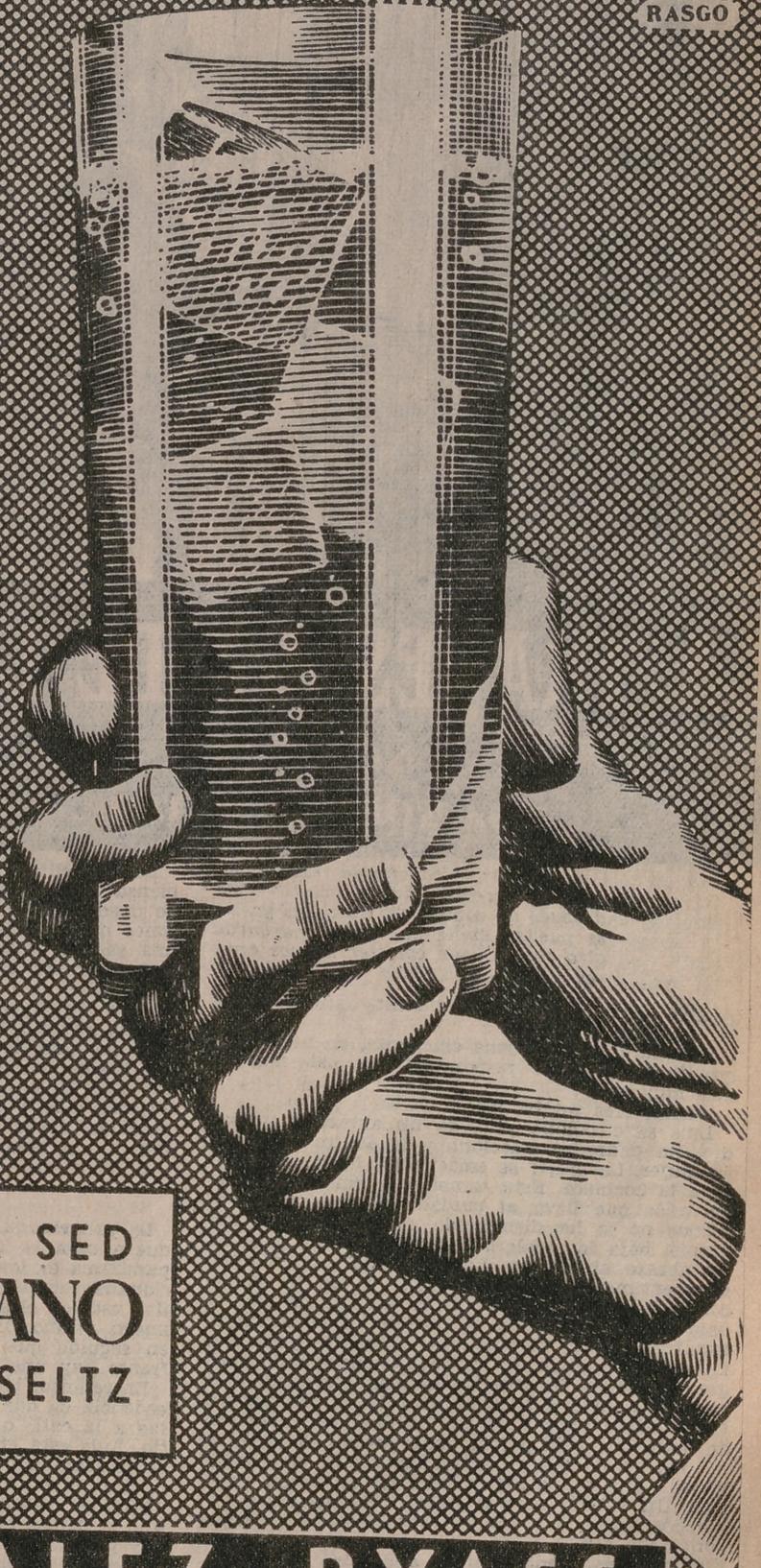
«All riht!»

—Me quedo en Palma. Me quedo a recapitular cuanto he visto. No sé cómo decir sencillamente que esto es bello. Mallorca, amigos, es un premio de Dios. Temblaré siempre al recordarla como se tiembla ante un enigma indecifrabable. Tampoco nadie ha sabido arrancarle el secreto de la sonrisa de La Gioconda. Qué vamos a hacer. Pero el encanto y la gracia de Mallorca corren ya como un amor loco por mis venas, que son los caminos reales del corazón.

Pasado mañana cojo el avión para Menorca. Un salto de nada. Pero hoy quiero descansar, porque me he ganado el descanso.

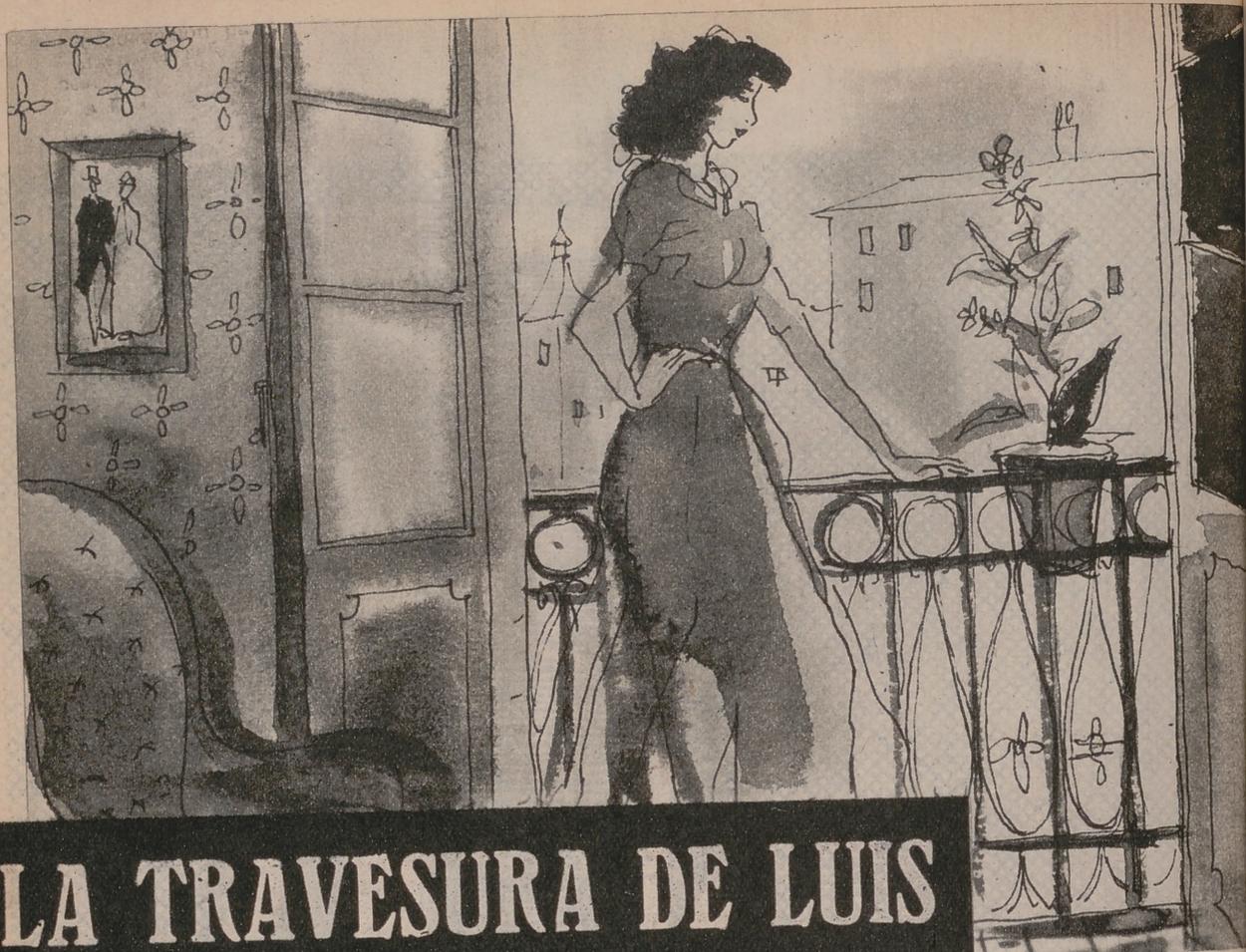
Carlos Luis ALVAREZ  
(Enviado especial.)

RASGO



PARA LA SED  
**SOBERANO**  
HIELO Y SELTZ

**GONZALEZ BYASS**



# LA TRAVESURA DE LUIS

NOVELA

Por NOEL CLARASO

*No tenemos conciencia exacta de nuestros errores hasta veinte años después de cometidos. Entonces ya no se pueden enmendar y no nos queda otro recurso que cometer nuevos errores a más corto plazo.*

LUIS acaba de cumplir veinte años. Es un hombre. Su padre, que ya tiene cincuenta, en un arranque inverosímil de responsabilidad paternal, le dice muy serio:

—Luis, eres un hombre.

Luis se emociona y le da un abrazo a su padre. Su padre se emociona y le da un abrazo a su mujer. La mujer se emociona y le da un abrazo a la cocinera. Esta también se emociona, pues los años que lleva al cuidado de los estómagos ajenos no le ha disminuído en nada el corazón propio, baja la escalera precipitadamente y le da un abrazo al portero. La mujer del portero, menos sentimental que la cocinera y sin la menor comprensión de las emociones ajenas, da con el palo de la escoba en la cabeza de la cocinera, tan fuerte como el palo y su fuerza le permiten. La cocinera entra en su cocina chorreando sangre. La señora le cura las heridas, ella grita y el padre les impone silencio para que Luis, que ya tiene veinte años y es un hombre, no se entere de nada. Así vela por el alma juvenil de su hijo.

Luis, puesto que ya es un hombre, lo quiere celebrar: sale al balcón y silba de un modo especial. Un silbido normal puede ser una pura expansión; pero un silbido especial es una señal convenida con la vecina de enfrente, que se llama Eladia y que tiene algunos años más de veinte. Con la diferencia en contra que su padre jamás le ha dicho muy serio: «Eladia, eres una mujer.» Y ella se conduce en sus actos, en sus palabras y en sus deseos como si solo tuviera trece años. La culpa es del padre.

En realidad, el silbido es una señal convenida desde un solo punto de vista. Luis ha convenido consigo mismo silbar para llamarla; pero ella no lo sabe, aunque lo supone, y a veces sale y otras veces no sale al balcón. De un balcón a otro, si

Luis, si ella sale, se ruboriza, y si ella no sale, piensa: «Otra vez saldrá.» Luis sabe que Eladia no puede salir siempre que la llama desde los balcones de las casas de enfrente. Porque Eladia es una señora casada, muy linda, a lo que parece, vista a través del aire espeso de ruidos y polvos de la calle.

Para seguir con entusiasmo la intriga que sí que es absolutamente necesario recordar estos datos: que Luis es un hombre y tiene veinte años; que Eladia, aunque su padre todavía no se lo haya dicho, es una mujer y tiene más de veinte años, algunos más, y que el padre y la madre de Luis se dejan llevar de la emoción en todo lo que se refiere a su querido hijo.

Y dicho esto, retrocedamos dos meses.

\*\*\*

Lo primero que hace Luis en cuanto llega a la nueva casa es ascarse al balcón y estudiar el panorama de los balcones de enfrente. Eladia, aficionada también a panoramas de balcones y calles, está en el suyo y no advierte la presencia del nuevo vecino. Pero él, más observador, advierte en seguida que en el balcón de la casa de enfrente hay una vecina guapa.

Entretanto, los padres de Luis discuten la procedencia de dar a su hijo una habitación con vistas a la calle o una habitación con vistas al patio. Luis está en el quinto año de Medicina, y el espectáculo que se descubre desde su balcón puede influir en el resultado de los exámenes. Los padres lo saben por experiencia. No tienen otro hijo y ponen toda su atención en el que tienen. Los padres son así.

Durante el primer año de carrera de Luis vivían en una casa del casco antiguo, y la ventana de la habitación donde Luis estudiaba daba a la tapia posterior de un garaje. Durante el año segundo vivieron en las afueras, y la ventana de Luis dió a los desmontes y al descampado. Luis aprobó los dos primeros años. La tapia del garaje y los desmontes ejercieron una influencia saludable sobre su espíritu.

Durante el tercer año la ventana de Luis daba a un patio, y al mismo patio daba la ventana de

es cierta la escala de los planos municipales, hay diecinueve metros.

un taller de modistas. Luis tuvo que repetir el curso. Jamás las ventanas de los talleres de las modistas deberían coincidir con las ventanas de los estudiantes de Medicina. La ventana del cuarto año daba, por expresa voluntad de la madre, a una tapia más alta y recia que la del primer año. Luis aprobó y quedó demostrado que las tapias ejercen mejor influencia sobre la aplicación de los mocitos que las modistillas.

Mientras Luis está asomado al balcón del comedor, el padre y la madre examinan concienzudamente el panorama que se divisa desde las dos aberturas, una de las cuales ha de ser la de la habitación del hijo. La madre se asoma primero a la abertura que da al patio y descubre un gracioso rostro de mujer en la ventana de enfrente. ¡Mentira parece la cantidad de mujeres que aún quedan dentro de las casas cuando ya las calles rebosan! Y también parece mentira que no se puedan alquilar pisos expresamente acondicionados para estudiantes de Medicina sin ninguna mujer alrededor.

La madre cierra la ventana y toma una determinación:

—¡La otra, la otra! Esta, no.

Y le es adjudicada a Luis la otra habitación por la autoridad competente; aquella habitación que está al lado del comedor y cuya ventana da a la calle. Y al otro lado de la calle está Eladia asomada al balcón. Así, mientras los padres velan, se teje el destino de los hombres y de las mujeres. La madre, en tono que no admite réplicas, dice:

—Esta habitación será la tuya.

—Sí, mamá.

Luis es dócil, y de momento lo mismo le da Eladia, a quien todavía no conoce, que otra cualquiera. Y en presencia de la madre abre un libro grueso sobre la mesa de su habitación. Después, tan pronto como la madre ha desaparecido, cierra la puerta por dentro y sale al balcón. Allí está la graciosa silueta de la vecina de enfrente, cubierta con una bata verde, del mismo color que la persiana. Quizá debido a este detalle la madre, que es algo miope, no se da cuenta de ella.

Luis observa detenidamente a su vecina durante un minuto. Ella no parece advertirle. Luis se echa a silbar muy fuerte. Otras dos vecinas, ya talludas, le miran, pero ella sigue sin darse cuenta. A Luis le entra un ataque de tos. El cambio de aires. Ella levanta los ojos de la calle, los pone un momento en él, sin inmutarse, y los vuelve a la calle, que, aparentemente, le divierte más. Luis comprende claramente, a pesar de todo, que ella le ha visto. Es un mocito ya con experiencia, y se dice para sus adentros:

—Tú caerás.

\*\*\*

Eladia no se da por aludida, a pesar de los silbidos y de las toses ininterrumpidas en los treinta primeros días, porque siempre que está en el balcón espera a su novio. No es una señora casada, como Luis sigue creyendo. Es una señorita soltera desde todos los puntos de vista.

El novio no acude. Eladia le espera desde las cinco hasta las siete y se estropea los codos con el hierro del pasamanos. No se puede exigir más en honor de un hombre a quien se conoció la semana pasada. Eladia no tiene suerte con los novios. Es decir, ellos no tienen suerte con ella. El caso es que toda la facilidad en lograrlos se convierte en una insuperable dificultad para conservarlos. Ha tenido muchos y no ha podido conservar ninguno. Es mala suerte.

¿Qué habrá en ella que atrae tan fácilmente a los hombres y que tan prontamente les repele? Algo habrá. No hay efecto sin causa, decían los antiguos. Y algo de verdad tendrá este decir, pues los modernos, que han demostrado la falsedad de casi toda la doctrina antigua, lo siguen repitiendo.

Los hombres sostenemos que los hombres, en general, ganan cuando se les trata, y que las mujeres pierden. Es una de nuestras filosofías de estar por casa. Sin embargo, parece indudable que Eladia, vista de lejos y tratada de cerca, no ha producido el mismo efecto en sus novios. En las



golpe de vista y el trato. El que quiera documentarse pensando en el matrimonio puede considerar, además, otros aspectos secundarios. Algunas mujeres tienen buen golpe de vista. Así, de golpe, a primera vista, producen un gran efecto. La mayoría, no. Sólo producen el efecto de pertenecer a la mayoría. Los hombres se molestan en tratarlas para acabarse de satisfacer con ellas y son muy pocas las que, tratadas, acaban de satisfacer a los hombres. La mujer ha nacido, indudablemente, para ser tratada. Pero los hombres no saben cómo tratarlas para colaborar con ellas en el cumplimiento de ese fin. Desde luego, tratarlas bien es lo mejor. Los que la tratan sólo consiguen que ellas les hagan caso hasta un punto que, a la larga, no deja de ser empalagoso.

Eladia tiene buen golpe de vista. Buen tipo ella. Sabe vestir. Con nada se hace un trazo lucido... Tiene garbo, gracia en el gesto, andares. Va derrochando sal por la calle. Es quizá más provocativa de lo que exige el arte de gustar a los hombres; pero no es culpa de ella, sino de su tipo. Y el tipo es obra exclusiva de la naturaleza.

Pero con el trato pierde las tres cuartas partes de la gracia. Y la cuarta parte que no pierde basta para que los hombres decidan no sustituirla por otra. Cuando un hombre le habla, ella atiende más a los otros que sólo la miran. Es un mal sistema para que el que habla siga la conversación, y un buen sistema para que la emplee otro. En fin, que, novio tras novio, ha ido dejando en ellos, si no todo su corazón, todo lo mejor de su primera juventud.

La semana anterior a la aparición de Luis en el balcón, Eladia había topado en plena calle con un novio libre. Ella estaba sola en la calle sin otra intención que la de acabar estando acompañada. El estaba en la calle dispuesto a hacer una conquista. Y Dios los cría y ellos se juntan, como tantas veces sucede.

La primera tarde se quedaron en la calle. La segunda estuvieron en un bar. Ella bebió cerveza para deslumbrar al hombre y él leche fría para engañar a la mujer. La tercera tarde estuvieron en una sala de fiestas. Bailaron una «samba», un «riski» y un «fiufid». Este último baile lo inventaron los músicos mientras tocaban, les salió bien

bre, la tercera tarde, salieron a la calle cogidos del brazo. Eran novios.

Ya en la calle, sin música ni ambiente ni más recurso que la conversación, sin el recurso de llegar al tema fundamental, porque ya se habían pasado al ponerse de acuerdo en que se amaban, los dos sintieron el ahogo de una situación embarazosa. El intentó describir las incidencias de un partido de bolos, mientras ella trataba de recordar el aire de una canción de moda. No pasaron de aquí. Fué culpa del hombre. Es el hombre el que ha de saber llevar la conversación. Pero muchos hombres no han recibido una educación esmerada en este sentido y no saben qué decir cuando se encuentran en la calle con una novia recién adquirida, con la que acaban de bailar una «samba», un «riski» y un «fiufiú». El, en consecuencia—por lo menos era consecuente—, nada dijo; y ella sólo dijo lo que se le ocurrió. Una pena. Dijo:

—Pero ¡qué turistas sois todos los hombres!

Lo dijo con gran donaire; pero él no estaba suficientemente enamorado para que esta frase, que no tiene nada de corriente ni de vulgar, le pareciera una sentencia filosófica. En resumidas cuentas, él no estuvo a la altura, no comprendió el sentido de la frase; le pidió a ella la dirección, única cosa que las mujeres que saben donde viven dan siempre sin error, y se marchó a su casa, donde consultó en el diccionario las distintas acepciones de la palabra «turista».

Entonces comprendió claramente que ella y la Academia no estaban de acuerdo. Fué débil y le dió la razón a la Academia. Era un hombre estudioso que pensaba tomar la vida en serio, y no podía continuar sus relaciones amorosas con una mujer que estuviera tan de punta con la Academia. Al día siguiente no acudió a la cita, y ella le esperó de cinco a siete, de buena fe, no con la esperanza de retenerle como novio para siempre, sino con una esperanza más humilde: la de ver gracias a él las tres películas últimamente estrenadas sin pagar entrada.

\* \* \*

Entretanto, Luis hace todo lo posible para hacerse ver. Ella ha visto desde el primer momento. A ella no se le escapa una, que en este caso es uno, porque vista sí tiene, y muy fina. Pero no quiere darse por entendida. Tiene su pequeña experiencia en el trato de los hombres. Un vecino es un vecino y estará allí todos los días a la misma hora. No hace falta apresurarse.

Además, Eladia está un poco saturada de vecinos. En las cinco casas de enfrente de la suya, cuyos balcones alcanza la vista sin esfuerzo, hay treinta y siete hombres entre los veinte y los cuarenta años, ocho de ellos solteros. Eladia ha sido novia de once: siete solteros y cuatro casados. Hay que decir en su honor que los casados se han portado indignamente con ella y han tratado de seducirla sin revelarles sus estados. Ella se ha dejado engañar un poco, no del todo, hasta que se ha enterado de los estados auténticos de sus cuatro vecinos por boca de las cuatro vecinas consideradas en general como las esposas ante Dios y ante los hombres de los mismos. A las mujeres casadas les gusta meterse en todo, y lo que más les divierte son las querellas de vecindad.

El único soltero de las casas de enfrente que no ha sido novio de Eladia es un seminarista.

Eladia sabe, pues, cómo tratar a un vecino y, si éste es nuevo, prefiere proceder con cautela y no malgastarlo de sopetón. Un vecino bien aprovechado cunde para algunas semanas. Y Eladia ya está en el caso de los náufragos que han de hacer cundir el agua potable.

Tiene una mamá ella: doña Emilia, una mujer opulenta y fercz. Pasado lo pasado, en la vida presente de doña Emilia sólo hay una estricta vigilancia para su hija y una cuidadosa atención para sus huéspedes. Ella, además de la hija, tiene tres huéspedes a todo estar, que la ayudan con lo que pagan a equilibrar el presupuesto, y con lo que deben a equilibrar las deudas. Eladia burla la vigilancia de su madre, limitándose dentro de casa a citarse con los huéspedes para fuera de ella; y los huéspedes burlan las atenciones de doña Emilia marchándose de vez en cuando a cenar

Uno de los huéspedes es don Leandro, un señor cincuentón en quien doña Emilia tiene depositada toda su confianza. Don Leandro lleva más de un año en la casa; es el decano y está, como tal, y dada su edad, autorizado a permanecer en el balcón junto a Eladia y a hablar con ella en voz baja, circunstancia que aprovecha para lucir con licencia todas las bajezas de su voz. ¡Bueno está en su madurez!

La primera tarde de la presencia de Luis Eladia espera en el balcón hasta las siete. A las siete se cansa de esperar y baja a la calle. En la calle se aburre y regresa pronto a su casa. En su casa no sabe dónde meterse con tanto huésped y tanta mamá y sale al balcón por segunda vez, hacia las nueve, a escampar el mal humor. Luis aparece automáticamente en el suyo. Estaba al acecho.

Don Leandro, que a aquella hora ya está en la casa, comprende el estado de alma de Eladia y se dispone a consolarla. Sale al balcón, se le arrima y le cuchichea:

—¿Cómo andan esos amores?

Ella contesta con absoluta sinceridad:

—Nada, don Leandro. Estoy viuda antes de casarme. Me temo que me voy a quedar para vestir santos.

—O santos o diablillos. Esta es la más alta misión de la mujer.

Como se ve, don Leandro es ingenioso y, aunque soltero, está muy documentado acerca de la misión de las mujeres.

—¿Usted cree en las misiones, don Leandro?

Eladia tampoco es manca para animar la frase.

—A pie juntillas.

—¡Pues vaya a la India!

Eladia tiene salidas que rezuman sentido común; pero don Leandro lleva varios años de pescante y no se deja apabullar por una mozuela.

—A la India es cerca: al fin del mundo iría yo si tú me acompañaras, ¡palomita torcaz!

Don Leandro le llamó una vez «palomita torcaz» a una mujer veinte años antes. Fuese o no por el apodo, la cosa se le dió bien y la mujer le tomó cariño. Desde entonces les ha llamado siempre «palomita torcaz» a las mujeres. Y explica su costumbre de esta forma: «No tiene la paloma torcaz ningún carácter cuya atribución pueda envanecer a la mujer; pero está probado que se tienen más éxitos con las mujeres llamándolas «paloma torcaz» que llamándolas Safo, Débora, Desdémona, Penélope o Casiopea, que fueron todas mujeres célebres.»

Eladia, animada por el tratamiento y ya en plan de intimidad, señala a Luis con las pestañas y pregunta:

—¿Qué le parece el niño de enfrente? Es de hoy.

—Como las natillas. Debe de estar sobroso. Yo de ti...

Ella, enfurruñada por tanta prisa, añade:

—Mire usted, don Leandro, el tiempo corre más que los trolebuses y con alguno me he de aparar si no me quiero quedar en el balcón toda la vida, como las tres sarmentosas de ahí enfrente.

(Luego se verá quiénes son las sarmentosas. Calma, calma.) Don Leandro se hace cruces del prodigioso sentido común de Eladia y de la justeza de sus comparaciones. Sí, el tiempo va más aprisa que un trolebús y no para; cosa fácil para el tiempo, que no gasta gasolina. Se esfuerza en vislumbrar a Luis a través de la claridad de los faroles y no le parece nada.

—Lo he de ver con luz para calarlo.

—Con luz es un sol.

—Así, a oscuras, me parece muy frío.

—Lo es. Pero ¿qué? ¿Han de tener todos esos polones?

—No; pero un poco de cresta para darles en ella, sí. Tú lo que has de hacer es dejarte de devaneos y buscar un buen marido.

Don Leandro ha metido el dedo en la llaga. Todo lo que hace Eladia se encamina a la busca y captura del marido que cada mujer espera cazar según un método distinto.

¡Si no me devaneo! ¡me devano! Los sesos. ¡Si señor! Para retener alguno. Y ¡como si ca! ¡Ni por la de cinco!

Don Leandro comprende la tragedia de la pobre niña. ¡Ni por la de cinco! Es muy fuerte. Por la de uno o por la de dos, menos mal. Pero por la de cinco...

—Me está rondando un pensar que si usted me ayudara, don Leandro...

—¿Yo? Cuenta conmigo como con los dedos, que es como mejor se cuenta. Te aguantaré la vela y el velo, si cabe.

Eladia se arrima más a don Leandro y le comunica su pensar. Doña Emilia les ve juntos en el balcón y se alegra de que la presencia de don Leandro se interponga entre su hija y los otros huéspedes, gente joven que pasa por las casas de huéspedes para comérselo todo, llevarse las toallas y citarse con las hijas de las patronas. ¡No conoce ella poco a esa gentuza! Ya de joven, de cuando ejercía de patrona su madre.

Luis, entretanto, se orienta. La larga permanencia de don Leandro junto a la vecina en plan de tanta intimidad le pone la miel en los labios. ¿Estará casada? Y como hombre que ya es—su padre se lo dirá pronto—se propone hacerla caer, a pesar de todo.

\* \* \*

Eladia—y luego dirán que la telepatía es un cuento—le ha propuesto a don Leandro que se haga pasar a los ojos del vecino por un marido celoso. El acepta encantado y trazan entre los dos el plan de ataque. Sin un buen Estado Mayor no se gana una guerra.

Al día siguiente ella permanece en el balcón parte de la mañana y casi toda la tarde, cosa que sólo es de buen ver en las mujeres casadas. Luis sólo abandona su balcón cuando su madre le atisba. Pero Eladia no le hace el menor caso aparente. Se ha puesto muy guapa y muy atildada, y a diecinueve metros de distancia Luis la ve como una Venus al salir de las aguas. ¡Oh, poder de los metros! Con diecinueve bastan para convertir a una mujer, ya un poco andada y vivida, en el ideal de un mozo de veinte años, estudiante de Medicina.

Don Leandro le hace costado en el balcón desde la una y cuarto has a las dos y desde las siete y media hasta las nueve, las horas de los maridos. Y por la noche, con permiso de doña Eulalia, la lleva al cine. Así la madre, sin que le cueste un céntimo, sabe los argumentos de las películas buenas. Luis, que les ve salir, se reafirma en su opinión y se cree en el deber de librarla, por lo menos a ratos, de un marido que le dobla la edad. ¡Escos matrimonios desiguales!

La mamá de Luis acecha siempre que puede los movimientos de su hijo, con la buena intención de ayudarle a aprobar el curso. El se lo ha de agradecer el día de mañana. La vecina le ha llamado la atención y estima que su hijo permanece en el balcón más tiempo del estrictamente necesario para la limpieza de los pulmones. Surge de improviso al lado de su hijo, cubierta toda con una bata de flores muy primaveral, y le pregunta a boca de jarro para no darle tiempo a meditar la respuesta:

—¿Quién es aquella mujer?

Luis no acaba de estar conforme con la bata de su madre y las conduce a las dos, a la bata y a la madre, al interior de la casa.

—¡Yo qué sé! Una señora.

—¿Casada?

—Parece.

—¿Lo sabes?

Y habla la experiencia por boca de la juventud:

—Eso se ve a la legua, mamá.

La madre mira y no ve nada que le garantice el estado de la vecina que está al otro lado de la calle. Teme que esta presencia inesperada le cueste a su hijo un año más de carrera y a ella un año más de matrícula. Luis, con esa rara intuición de los hijos para descubrir el pensamiento de sus padres, la tranquiliza:

—No, mamá; no seas mal pensada. Ya conocerás al marido. Es un viejo.

Esta afirmación vuelve la paz al corazón de la madre. Se acuerda de una amiga de la infancia que se casó con un viejo y no ha logrado enterrarlo todavía, y dice:



Y para no fomentar en su hijo ideas incompatibles con la tesis de la felicidad de los vecinos, añade:

—Sin embargo una mujer puede querer a un hombre que le doble la edad, y si es como Dios manda puede serle fiel, aunque no le quiera con pasión. Hay mucha menos libertad de costumbres de lo que la gente propala. La mujer se debe al hombre que la ha llevado al altar, y, en general, cumple este deber.

Confortado con esta dosis de experiencia maternal, Luis entra en su habitación y se dedica durante dos horas largas a luchar con la imagen de la vecina. Es una lucha tenaz que le impide tener el entendimiento libre para asimilar la constitución interna de los riñones.

\* \* \*

Un mes más tarde, en la época en que empieza esta narración, Luis sólo ha conseguido que Eladia le preste una vaga atención en ciertos momentos de absoluta seguridad personal para ella. Y en esos momentos se ha limitado a imponerle silencio con un dedo sobre los labios y a rogarle, con otros gestos no menos expresivos, que se retire y que no la comprometa. Pero también le ha sonreído más de una vez y hasta le ha suspirado con suficiente honddura para encandilar el alma de un estudiante de veinte años.

En la misma casa y en el mismo rellano que Luis, pero en la otra puerta, viven tres hermanas solteras, ya muduras, a quienes Eladia llama «las sarmentosas» por la gran parte de esqueleto que se les perfila a flor de piel. Las tres hermanas se pasan las horas muertas detrás de los cristales observando los movimientos de los vecinos de enfrente. Eladia es la que más trabajo les da, aunque sea la que se mueve menos. Algo han descubierto ellas, algo que aun no existe entre su vecina de enfrente y su vecino de al lado. Empiezan su oración matinal:

—La vieja del cuarto, hoy no ha regado los geranios.

—La niña del segundo se ha levantado a las doce y media. ¡A qué hora se acostaría! ¡Cómo está la juventud!

—¡Sssiiit! ¡Silencio! Ahí está.

El silencio va por Eladia, que acaba de asomarse. Una de las «sarmentosas», la más joven, entreabre el balcón y apunta hacia la derecha con sus narices. La más vieja pregunta:

—¿Está él?

—Sí.

—Y ¿qué?

—Nada. Es incomprendible. Yo no les he visto salir juntos. Y si no les he visto, es que no han salido. A mí no se me escapan.

Las tres pegadas a los cristales, observan al mismo tiempo y se hacen cruces de lo que ven.

—¡Le mira!

—¡Le manda callar!

—¡Le dice que no!

—¡Mira hacia dentro!

—¿Estará comprometida con el huésped viejo?

—¡Imposible! Ese no se chupa el dedo.

—La conoce de tiempo. ¡Y a la madre!

—Yo no quiero pensar mal, pero...

—¡Calla, calla!

—Por lo menos que de nosotras nadie pueda decir nada malo.

Las tres hermanas se santiguan a la vez y una de ellas se dirige a la cocina a vigilar el puchero, mientras las otras dos se quedan al acecho a vigilar a los vecinos. Cosas ambas que, al parecer, están sobre ascuas.

Para ellas un día que no descubran nada es un día aburrido. Eladia apenas ha salido al balcón y a Luis sólo se le ha visto un momento por la mañana. Una lata de buenas costumbres. Sin embargo, es el primer día que Eladia y Luis se han citado en una esquina apartada, y han acudido los dos a la cita.

—¡Escapárseles un acontecimiento así de importante a las «sarmentosas»! Las tres hermanas pertenecen, como es de suponer, a aquella categoría de mujeres que se arrepienten de los pecados ajenos y desean ser testigos de ellos para poderse arrepentir con más dolor de contrición.

Luis, días atrás en el café, les dijo a sus compa-

—Pues yo, ahora, tengo una casita...

A ninguno le interesó la casadita de Luis, como no fuera para tener en la aventura con ella la mejor parte. Los compañeros de clase están siempre dispuestos a sacrificarse el uno por el otro, cargando con la mujer que por derecho de prioridad le corresponde al amigo. Pero le prestaron atención mientras les llegaba el tiempo de contar sus aventuras. Luis les contó la historia de la vecina que se reducía, hasta la fecha, a lo siguiente:

—Frente a mi casa vive una mujer joven, casada con un viejo, que sale al balcón y me mira. No es gran cosa, de momento, pero por menos se empieza.

—¿Y qué?

—Calma, hombre, calma. Todo se andará.

—Como en el Tenorio.

—En estos casos lo mejor es dejarse llevar por la corriente; dejarse querer sin insistir demasiado. Mujeres a ¡mon, ones!

Y Luis levantó una mano para señalar la altura del montón que formarían, bien puestecitas todas las mujeres que estaban dispuestas a conquistarle.

\* \* \*

Se han citado por signos en la esquina que hace cuatro de la misma calle, a las once de la mañana. Una hora esputenda para evitar sospechas de la gente mala. Luis pierde la clase, pero no pierde la mañana.

Eladia le espera puntual. Es empezar bien. Y a la vez presa de terrible excitación, que es empezar mal. Lo primero que le dice es:

—¡Que no nos vea nadie!

Es difícil que nadie les vea. A las once de la mañana cualquier esquina de una calle céntrica está llena de gente con los ojos abiertos. Después, Eladia, sin darle los buenos días, ni hacer intento de presentación, grita:

—¡Un taxi! ¡Un taxi!

Luis se acuerda de que solo tiene tres pesetas y algunos céntimos. Las mujeres no saben hacer nada gratis. Luis, no demasiado satisfecho de su primera cita con la vecina, se planta en mitad de la calle y les grita a todos los taxis que pasan. En atención a ella les grita para que se paren, aunque por impulso les gritaría para que se alejaran más. Todos están ocupados. Es lo natural; ¿qué va hacer en mitad de la calle un taxi libre? La gasolina es cara y la libertad de los taxis solo se resuelve bien económicamente si se quedan quietecitos en una esquina. A las once y media logra hacerse con uno. Eladia, entre tanto, se ha estado frente a un escaparate haciéndose la desentendida. Luis, ya en posesión del taxi, le grita:

—¡Señora, señora!

No le sale el nombre ni el apellido. Ella se precipita dentro del taxi ya más tranquila, pronuncia la primera frase de amor:

—He visto, entretanto, un bolso a cincuenta pesetas que es una verdadera ganga.

Después se acuerda de su papel y se acurruca en un rincón del taxi, mientras Luis empieza a comprender el valor que para la economía doméstica tiene la proximidad de una mujer. El chófer pregunta:

—¿A donde vamos?

Luis repite la pregunta en voz baja, y ella, asustada de estar tanto tiempo parados y expuestos a todos los peligros, grita:

—¡A cualquier parte! ¡Pero lejos, lejos!

Luis recuerda un letrero en negro sobre blanco que vio hace tiempo un día que le dió por estirar las piernas, y grita:

—¡Al matadero!

Las tres pesetas empiezan a saltar en el bolsillo de Luis en un vano esfuerzo por convertirse, por lo menos, en tres duros. Y se quedan las tres tan peguefilitas e inútiles.

El chófer, sin inmutarse, —ha visto muchas cosas en su vida y nada le sorprende— les lleva hasta el matadero, en un descampado triste y pluvioso de las afueras. Durante el camino ella dice que si les ven están perdidos los dos, que es un caso de vida o muerte, que no sabe porque ha acudido a la cita, que le asulta pensar lo que él estará pensando de ella y que todos los hombres son unos canallitas.

Luis intenta cogerle los dedos, pero ella los retira cada vez en un movimiento convulsivo. Llegados al matadero, la invita a bajar. Ella entreabre la puerta, asoma la cabeza y se horroriza:

—¡No, no! ¡Huyamos de aquí!

Huyen despavoridos, siempre dentro del taxi, y llegan al centro. Allí ella se hace acompañar al dentista que le está empastando una muela y se despide de Luis sin permitirle que suba con ella a la sala de espera, porque va dos veces por semana y todo el mundo la conoce. Luis regresa solo en el taxi a su casa. No lo despide; no tiene dinero para pagar las veinticuatro cincuenta que marca el taxímetro. Está decepcionado. Siente mal gusto en la boca. Ella, de cerca, pierde mucho. Es más vieja de lo que parece de lejos, calle por medio. Lleva el pelo teñido y la cara muy compuesta. Seis uñas lacadas y las oras cuatro sin lacar, como suelen llevarlas las mujeres seguras de sí mismas, para desesperación de los pobrecitos hombres. Sin embargo la va recapacitando y llega a la conclusión de que no está nada mal de tipo, de que otras peores ha conocido y que a algunas de ellas ha tolerado en su larga vida de estudiante sin fondos. En cuanto a conservación...

Al llegar a la puerta de la casa de Luis el taxímetro marca treinta y tres pesetas.

Luis se sorprende de vivir tan lejos de un dentista desconocido. Sube corriendo a su casa y le pide seis duros a su madre para pagar un taxi. Está dispuesto a poner las tres pesetas de su bolsillo. Al que pone todo lo que tiene no se le puede pedir más.

—¿Un taxi?

—Sí, mamá. No he querido quedar mal. El doctor Undarreta me ha llamado para que le acompañara a visitar un enfermo al salir de clase. Un caso raro. Hemos ido en taxi y lo hemos guardado. Yo vivo más lejos. No podía bajar en su casa. Se habría notado que era para no pagar. Y he venido en el taxi hasta aquí. ¡Quién sabe si me he ganado el aprobado!

La madre paga. Las madres, en general y por poco que puedan, pagan siempre. Este es uno de los motivos por el que los hijos se confían más a sus madres que a sus padres.

\*\*\*

Al día siguiente Luis echa sus cálculos:

—Esta mujer me gusta. Claro que para una vez, uno carga con todo. Es cuestión de resolverlo a prisa, contárselo a aquellos, y a otra cosa.

Habla a su imagen ante el espejo. Esta es una vieja costumbre. La imagen, mala consejera, no le dice que habría sido mucho más sencillo mentir y contárselo sin ser verdad, como hace casi todo el mundo. ¡Vaya por la imagen de uno mismo!

Luis a las cuatro de la tarde, sale al balcón decidido a todo. Es la hora mejor. Ella no está. Vuelve a salir a las cuatro y diez, a las cuatro y veinte, y así cada diez minutos, hasta las siete. Ella no aparece. Las ideas de Luis en estas dos horas se ven sometidas a un proceso evolutivo completo. A las cuatro Luis está decidido a citarla y si ella no se acomoda a su capricho, mandarla a paseo. A las cuatro y media ya desea verla, aunque sólo sea para comprobar si le gusta o no le gusta. A las cinco desea ardientemente verla. A las cinco y media está dispuesto a llamarla a gritos, aunque se enteren todos los vecinos. A las seis está dispuesto a pedirle perdón y a reconocer que se ha portado muy torpemente. A las seis y media la quiere con toda su alma y a las siete está decidido a fugarse con ella, abandonando a su padre, a su madre, a la criada y a todos los catedráticos de la Universidad. A pesar de todo, logra aprender de memoria tres nombres de una lista de ciento ochenta. Es un hombre excepcionalmente dotado.

Una de las tres «sarmientosas» observa las apariciones sucesivas de Luis y las comenta informando a las otras:

—Se han enfadado antes de conocerse. O quizás

Ella sale, por fin, al balcón tres días después. Entretanto Luis ha tenido tiempo de idealizarla y de convertirla, en su corazón de hombre que acaba de cumplir veinte años, en la única mujer posible, aquella que el destino a puesto en su camino para su felicidad, distinta a todas las demás mujeres, y sólo ella digna del amor de un hombre como él. Y el que no se haya enamorado a los veinte años de una vecina de la casa de enfrente, puede describir, si le parece bien, el proceso interior de Luis de la manera que mejor le guste.

Por fin la ve, y la ve muy de cerca en una nueva cita. Y, a pesar del duro contraste entre los sueños y la realidad (la realidad es ella), le gusta mucho más esta segunda vez que la primera. Así es como sucede siempre. Luis no es una excepción. Tiene su pasión como todos los hombres y, como todos ellos, es víctima del eterno femenino. Sin saberlo, ciego a la realidad, envenenado por la falsa imagen soñada de su verdugo, camina hacia su perdición.

\*\*\*

Un día se encuentran por tercera vez en la cuarta esquina. Ella con mucho reposo y mesura en la voz, muy segura de sí misma, le dice:

—Está ausente. Podemos aprovechar para ir al cine. Al Bolivia, si no te parece mal. Irems separados y nos reunirems en la puerta. ¡Anda!

Y él, obediente, anda tras ella, unos metros más atrás, entregado al placer de contemplarla. Ella es ligera y esbelta. Los hombres la miran al pasar. Se detienen y vuelven la cabeza para acabarla de mirar bien. Algo bueno ha de tener cuando los hombres la miran con tanta atención. Es un placer infinito seguir los pasos de la mujer que se dirige hacia nosotros, a nuestra cita. Verla de lejos cómo anda y cómo los hombres se vuelven a mirarla. Se piensa: «¡Les gusta!» Y se está muy satisfecho de pagarle el cine.

Luis, después de pasar una tarde con Eladia en la oscuridad del cine, ya no concibe la vida sin ella. Los cines se han inventado para dos cosas: para que en Hollywood las estrellas puedan desayunar un jugo de tomate y un pitillo y para que en todas las demás ciudades del mundo un Luis cualquiera pueda pasar dos horas por ocho pesetas, al lado de una vecina guapa, al amparo de la oscuridad. Esta es la misión universal del cine. El cine es el único sitio en que la oscuridad es más estimada que la luz: éste es el único secreto de su éxito.

Luis en el cine, mientras en la pantalla se desarrolla un argumento parecido casi en todo a otro cualquiera, se entera por boca de Eladia de que él es terriblemente celoso y no la deja ni a sol ni a sombra.

—¿Tu marido?

—No puedo ni salir al balcón sin que él me siga detrás.

—¿Lleváis tiempo casados?

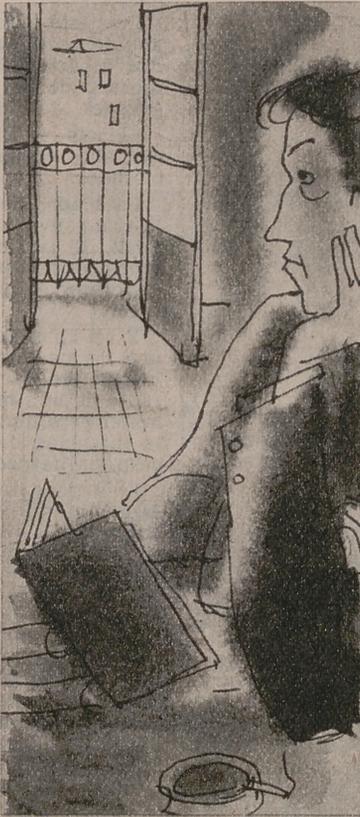
—Si se ve obligado a ausentarse, como ahora, no me encierra con llave porque mi madre no lo consiente.

—¿Te casaron a la fuerza?

—No me lleva a ninguna parte, no me deja salir a la calle. Está sacrificando mi juventud. ¡Esta no es vida ni cosa que se le parezca!

Luis sale del cine perfectamente enterado de que alguien interviene muy de cerca en la vida de Eladia, pero sin conseguir que ella le dé datos precisos acerca de su matrimonio. Cree tenerlos, pero no los tiene. Como todo enamorado, peca a la vez por carta de más y por carta de menos.

Aquella noche Luis permanece desvelado hasta la madrugada. Es joven, aunque sea hombre, y sueña que le arman caballero y le mandan a desencantar princesas. Un sueño feliz. Lástima que a veces los





argumentos de los cuentos de niños, aplicados a la realidad, conduzcan a desenlaces que divierten a todo el mundo menos a los protagonistas de los cuentos.

\* \* \*

Dos meses más tarde, cuando ya Luis da el curso por perdido y el amor de Eladia por ganado, se precipitan los acontecimientos. Los dos están decididos a romper las amarras con el mundo que les rodea y con el pasado que les separa, y escapar juntos hacia una vida mejor donde su pasión prevalezca sobre cualquier consideración de orden intelectual.

Sólo hay un obstáculo serio: ninguno de los dos tiene dinero. Es ella—siempre son las mujeres las que sacan a los hombres del atolladero en los grandes apuros—la que lo arriesga todo y logra reunir el dinero suficiente para llegar hasta donde ella tiene proyectado llegar, o sea hasta Morralillo del Puente, estación del tren a veinte kilómetros de la ciudad, cuyo jefe es primo hermano de su madre. Pero este detalle no hace falta que Luis lo sepa hasta última hora, que será la gran hora de enterarle de otros muchos.

Llegan los dos a la estación, cada cual por su lado, a las siete de la mañana. Es la mejor hora para una escapada de amor. Sólo los ladrones se escapan de noche. Ellos no; no han de avergonzarse de nada, pues el amor jamás es inconfesable. Eladia lleva las prendas de uso personal en un bolso, en donde sólo caben las prendas de uso personal de una mujer que se escapa precipitadamente. Luis lleva las suyas envueltas en un papel de periódico. No ha querido salir de su casa con una maleta para no inspirar sospechas a su madre.

En la estación él se acerca a la taquilla. Aun ignoran a donde se dirigen los amantes que se escapan. Ella le sugiere un nombre: Morralillo del Puente.

—¿Es buen sitio?

—No lo sé; pero está cerca y el billete es barato.

—¿Quién pudiera irse a América!

—En tren no se va.

Luis saca dos billetes de segunda clase para Morralillo del Puente. Lo que importa, de momento, es alejarse. Una vez lejos, aunque sea poco, ya decidirán.

Es media hora de tren que Luis aprovecha para soñar en voz alta el porvenir que les espera. Dice con su más limpia buenecita fe:

—Si no estuvieras casada con otro, nos casaríamos y seríamos felices ante todo el mundo.

Ella esboza una sonrisa pillina. Pero le gusta oír las dulces frases que dicta el amor, y sabe guardar el silencio. Que también tienen este saber las mujeres, cuando callar les interesa más que hablar por los codos.

Llegan a las siete y media a la estación de Morralillo del Puente. Eladia, ante la estupefacción de Luis, se dirige al jefe de estación, le saluda amistosamente y le ruega que les esconda porque han decidido fugarse para casarse a pesar de la oposición de sus familias. Luis trata de protestar y ella no le deja. Se echa a llorar en brazos de la mujer del jefe que ha acudido muy en seguidita para no estar avisada, y les ruega a todos que llamen por teléfono a su madre, que es muy desgraciada, que está decidida a todo por el hombre que la acompaña, que vigilen muy de cerca si quieren evitar lo irremediable.

Luis está desconcertado. Intenta calmarla. Saluda al jefe de estación y a su mujer y tiene la debilidad de decirles que sí, que está perdidamente enamorado de Eladia y dispuesto por ella a los más grandes sacrificios. ¡Oh el sexo fuerte!

El jefe y la jefa vacilan. Eladia les guiña un ojo, ellos comprenden y dejan sólo a los dos enamorados.

La madre de Eladia, doña Emilia, comparece a la una y media; y los padres de Luis, una hora más tarde. El pobre jefe de estación, por culpa de su sobrina aventurera, tiene que dar de comer a todos. Favorecer al prójimo algo cuesta siempre en dinero.

Y así es como Luis ha estado a punto de cometer uno de los actos con que la juventud contribuye a la desmoralización de la sociedad: la seducción y el rapto de una mujer casada. No lo comete porque la mujer es soltera y no se deja seducir. Sin embargo, la intención de Luis, con la que no basta en este caso, no ha podido ser más clara.

Luis tiene toda la mañana de tiempo para enterarse, ante su padre y su madre, que también se enteran a la vez que van poniendo los dos gritos en el cielo, de que don Leandro no es sino un pariente lejano que pretende casarse con Eladia, cosa que es mentira por ambos extremos. Y allí mismo, avergonzado de su conducta, enternecido por las lágrimas de Eladia, los berridos de doña Emilia y la presencia del jefe de estación, cuyos galones representan la autoridad, quiere demostrar al mundo entero que los hombres de pro saben estar a la altura de las circunstancias y proclama delante de sus atónitos padres, su firme propósito de aprobar el curso en septiembre y de casarse con Eladia en mayo, o sea dentro del mismo mes.

\* \* \*

De los dos firmes propósitos de Luis sólo se cumple el segundo; no aprueba el curso, pero se casa con Eladia. Así termina en mayo su travessura empezada en febrero. Eladia entra a vivir en la casa de Luis y, como es de suponer, aprovecha la primera ocasión para pelearse con sus suegros. ¡Buen principio!

¿Qué sucede después? ¡Cualquiera lo sabe! Esta es una narración tonta y no una novela sentimental, y en ella no se puede seguir a los personajes hasta el fin de sus días.

Pensemos, para cerrar bien, que Luis y Eladia son felices en la actualidad, que tienen hijos estupendos, que todos trabajan mucho y ganan mucho dinero. El temperamento de los hijos es cuestión de raza y la raza es un misterio.



**“Toda la renovación de la pintura española contemporánea ha partido de Solana”**

**SANCHEZ  
CAMARGO  
CRITICO  
Y POETA**

LA casa de Sánchez Camargo es algo así como un pequeño museo de «pintura española contemporánea». Apenas queda un centímetro en la pared que no lo cubra un Solana, un Benjamín Palencia, un Vázquez Díaz o cualquiera de estos pintores que él agrupa bajo el título de «La nueva escuela de Madrid».

Por todas partes colecciones de caballitos de marfil, idolillos, exóticas muñecas y, presidiendo su mesa de trabajo, unas máscaras iluminadas de cierto tinte solanesco.

Sánchez Camargo es un hombre enemigo de protocolos y etiquetas. Viste una amplia pescadora azul, un pantalón de verano y zapatillas caseras. La elegancia del crítico de arte, cuando está en su pequeño museo frente a la máquina de escribir, se reduce exclusivamente a su bigote. Un bigote fino, recto y cuidadosamente mimado. Cuando habla, su voz ligera y flexible le apaga la mimica expresiva de sus manos abiertas.

El autor de la mejor biografía y estudio de Solana y su obra acaba de publicar un extenso libro, de unas seiscientas páginas, que lleva por título: «Pintura española contemporánea. La nueva escuela de Madrid».

Manuel José Iván es el único hijo del escritor. Según su padre, Manuel José sabe ya mucho de pintura. A él le dedica Sánchez Camargo esta obra. El niño tiene ahora diez años, unos ojos grandes y avispados y una cara de chico despierto. Cuando tocamos el timbre de la puerta, Manuel José nos abre.

—¿El señor Sánchez Camargo?  
—Ese señor es mi padre.



**Manuel Sánchez Camargo muestra el pequeño museo de arte contemporáneo que es su casa a los redactores de EL ESPAÑOL**

El niño desaparece, no sabemos por dónde, y a los pocos segundos don Manuel está con nosotros. Frente al diván, donde nos sentamos para charlar, hay un retrato de Marta, la esposa del escritor, firmado por Juan Antonio Morales.

**QUE SIGNIFICA LA NUEVA ESCUELA DE MADRID**

SALCEDO.—¿A quién se debe esta denominación «nueva escuela de Madrid»?

SANCHEZ CAMARGO.—A mí. Ya hace algunos años que agrupo bajo este título a varios pintores madrileños.

SALCEDO.—Entonces, ¿obedece

este nombre a una justificación puramente geográfica, o encierra algún sentido ideológico?

SANCHEZ CAMARGO.—Obedece a una tendencia bien marcada de cada uno de estos pintores, que tienen como común denominador el lirismo, y está aquí más claro el conjunto que en la primitiva escuela de Madrid, donde se atendió más a lo geográfico que a la unión del pensamiento plástico.

CARVAJAL.—¿Podría decirnos quiénes integran la nueva escuela?

SANCHEZ CAMARGO.—Dentro de muy poco aparecerá un segundo volumen de mi obra. En el primero incluyo sólo a diez:



Los gestos de Sánchez Camargo durante la conversación

Arias, Caballero, Delgado, Juan Guillermo, Herreros, Lorente, Morales, Picó, Redondela y Eduardo Vicente.

**BLANCA.** — ¿Qué vinculación artística encuentra usted en estos pintores?

**SANCHEZ CAMARGO.** — Todos parten de los tres vértices de un triángulo formado por Solana, Benjamín Palencia y Vázquez Díaz.

**CARVAJAL.** — ¿Qué orden ha seguido usted en la agrupación de los pintores que estudia en su libro?

**SANCHEZ CAMARGO.** — Un orden puramente cronológico.

**SALCEDO.** — ¿Cuál de estos diez pintores tiene una personalidad más definida?

**SANCHEZ CAMARGO.** — Los diez son de enorme interés. Yo los encuentro a todos magníficos. (Titubeando.) Claro está que, quizá, podrían destacar a Redondela, Caballero y Herreros.

**BLANCA.** — De vivir Lorente, ¿cree usted que le hubiera hecho sombra a Vázquez Díaz?

**SANCHEZ CAMARGO.** — Indudablemente. Sus maneras de pintar tenían mucha analogía, pero Lorente hubiera sido muy superior de no haber muerto y llegar adonde ya apuntaba como firme promesa.

**CARVAJAL.** — ¿Dónde encuentra usted la raíz de Vázquez Díaz?

**SANCHEZ CAMARGO.** — Indu-

dablemente, en Pietro di la Francesca, y él lo sabe mejor que nosotros.

**BLANCA.** — ¿En quién cree usted que se inspira Herreros, en las estampas negras de Goya o en Solana?

**SANCHEZ CAMARGO.** — Herreros es una mezcla de Solana y de Goya y, sin embargo, es uno de los pintores de más profunda personalidad.

**SALCEDO.** — Entonces, ¿a qué se debe que no se le dé demasiada importancia a su pintura?

**SANCHEZ CAMARGO.** — A Herreros le pierden sus dibujos en «La Codorniz». Cuando se dice Herreros nadie piensa en el pintor que hay en él, sino en el dibujante festivo.

**BLANCA.** — ¿Cuál cree usted que es el pintor más cotizabile de su libro?

**SANCHEZ CAMARGO.** — Yo creo que Juan Antonio Morales.

**CARVAJAL.** — Usted ha dicho que Juan Antonio Morales tiene ciertos puntos de contacto con Zurbarán...

**SANCHEZ CAMARGO.** — O quiere tenerlos que, ya es bastante.

**SALCEDO.** — ¿Cree usted que a Picó le pasa en su pintura lo mismo que a Herreros?

**SANCHEZ CAMARGO.** — Exactamente. Picó es más pintor que dibujante y, sin embargo, se le conoce mucho menos como pintor, debido a que sus dibujos se

prodigan en numerosas revistas.

**CARVAJAL.** — Dice usted en su libro que Picó tiene en su arte un bello «intrinsic». ¿Quiere decirnos en qué consiste?

**SANCHEZ CAMARGO.** — En lo que García Lorca llamaba «duende». (El crítico parece que con esta frase ha querido salirse por la tangente. Nosotros nos quedamos sin saber en qué consiste el bello «intrinsic» de Picó.)

**«CABALLERO ES SUPERIOR A DALÍ»**

(En casa de Sánchez Camargo el tabaco se encuentra en los lugares más insospechados: dentro de un jarrón, entre los pies de una muñeca, bajo los almohadones de un sofá o en innumerables cajitas. «El tabaco, que no me falte. En esto me pareceo a Solana. A don José se le quedaban los cigarrillos olvidados en los labios.» Solana es la gran admiración de Sánchez Camargo. Es difícil hablar un cuarto de hora con el crítico sin que el nombre de don José salga en la más cálida devoción.)

**SALCEDO.** — Dice usted en su libro que la raíz de Redondela está en Solana. ¿Es, entonces, el más solanesco de sus biografiados?

**SANCHEZ CAMARGO.** — Desde luego, aunque Redondela después ha encauzado su pintura por el camino de su tremenda personalidad.

**CARVAJAL.** — ¿Qué le parece Alvaro Delgado?

**SANCHEZ CAMARGO.** — Para mí representa el proceso más inductivo de la nueva escuela.

**BLANCA.** — ¿Cómo definiría usted a Eduardo Vicente?

**SANCHEZ CAMARGO.** — Yo veo en Eduardo Vicente al triste y melancólico Alenza de hoy. Sus grises son inimitables.

**SALCEDO.** — ¿Es usted partidario del surrealismo?

**SANCHEZ CAMARGO.** — Hombre, cuando el surrealismo es bueno, sí. Muchos pintores han llegado hoy a la fama por el surrealismo, pero con una pintura que deja mucho que desear.

**CARVAJAL.** — Dentro del su-



Un comentario sobre una de las modernas obras de arte de su colección



El crítico vacila antes de contestar algunas preguntas

realismo español, ¿quién le parece mejor?

SANCHEZ CAMARGO. — Indiscutiblemente, Caballero.

BLANCA. — En su libro da usted a entender que Pepe Caballero supera a Dalí. ¿Lo cree usted así?

SANCHEZ CAMARGO. — Sí, desde luego, Caballero es muy superior a Salvador Dalí.

BLANCA. — ¿Hizo usted alguna vez la crítica de Dalí?

SANCHEZ CAMARGO. — Pues..., sí, en alguna ocasión.

SALCEDO. — ¿Qué dijo usted de él?

SANCHEZ CAMARGO. — Dije que es un excelente dibujante y muy regular pintor.

**EL ARTE ABSTRACTO, ARTE DEL MAÑANA**

CARVAJAL. — ¿Usted pinta?

SANCHEZ CAMARGO. — Yo no pinto nada. Claro, en los lienzos, quiero decir.

BLANCA. — ¿Sería inconveniente que el crítico de pintura supiera pintar?

SANCHEZ CAMARGO. — El pintor jamás puede ser crítico de arte. Es lógico que su pintura sea la medida para apreciar la de los demás.

SALCEDO. — ¿Cualidades de un crítico de arte?

SANCHEZ CAMARGO. — Ante todo, sinceridad. Después, sinceridad.

SALCEDO. — ¿Como qué pintor de la nueva escuela de Madrid le hubiera gustado pintar?

SANCHEZ CAMARGO. — (Se sonríe y piensa la respuesta.) Como algún año de Caballero y, desde luego, como cualquiera de los que he elegido.

CARVAJAL. — ¿Es Pepe Caballero nuestro primer pintor abstracto?

SANCHEZ CAMARGO. — El único. Lo malo de él es que puede ser todo lo que se proponga.

SALCEDO. — ¿Podría usted definir el arte abstracto?

SANCHEZ CAMARGO. — Pues yo lo definiría como el medio de conseguir emoción estética con la supresión de todo lo figurativo en aras de la abstracción, implicando un estudio mucho más profundo de las formas y del color, como todo lo que es sintético.

BLANCA. — ¿Qué condiciones

debe reunir el pintor abstracto? SANCHEZ CAMARGO. — Ser más sensible y más inteligente que el pintor figurativo.

SALCEDO. — ¿No cree usted que el arte abstracto es un camino sin salida?

SANCHEZ CAMARGO. — (Enérgico.) De ninguna manera. El arte de mañana será necesariamente abstracto y tiene razón Leger, quien, a pesar de su «legerismo», ha acertado al decir que quiere ser «un primitivo del mañana».

CARVAJAL. — ¿Para cuándo será comercial la pintura abstracta en España?

SANCHEZ CAMARGO. — Para los días en que suban las ventas de los libros que escribieron, por ejemplo, Gracián, Paravicino o Góngora.

BLANCA. — ¿Se vende mucha pintura abstracta fuera de nuestras fronteras?

SANCHEZ CAMARGO. — Se pinta mucho abstracto y se vende bastante. En el último Salón de Mayo de París las obras expuestas rebasan la cifra de mil, y de ellas sólo eran figurativas las de Picasso y Clavé.

SALCEDO. — ¿Cree usted que Juan Miró hubiera sido premiado en Madrid como lo ha sido en Venecia?

SANCHEZ CAMARGO. — Desgraciadamente, no, a pesar de ser internionalmente el pintor más interesante y en Nueva York el más cotizado, según me manifestó recientemente el director de la revista «New Arts». Esto de la cotización lo digo porque hay quien cataloga así la pintura.

CARVAJAL. — ¿Vió el último Salón de Independientes de París?

SANCHEZ CAMARGO. — Sí. Es peor que nuestro Salón de Otoño, que ya es decir.

SALCEDO. — ¿Qué le pareció la última representación española en la Bienal de Venecia?

SANCHEZ CAMARGO. — Mejor que en otras ocasiones, pero, a pesar de todo, tímida o con valentías falsas.

BLANCA. — ¿Cómo ve usted a Ortega Muñoz?

SANCHEZ CAMARGO. — Como un pintor extraordinario, insuperable.

SALCEDO. — ¿Ve usted un pa-



Sánchez Camargo con su hijo Manuel José Iván

ralelo entre Ortega Muñoz y Palencia?

SANCHEZ CAMARGO. — Sí, claro que lo hay. Son dos hombres que se colocan de igual manera frente al paisaje y lo tratan de la misma manera. Sin embargo, ellos son diferentes.

(Sánchez Camargo es hombre inquieto. Habla, se levanta para enseñarnos un Solana, recoge un álbum voluminoso de innumerables fotografías, cierra una puerta que se abre y viene a nosotros trayendo bajo el brazo una carpeta que guarda su trabajo incansable de ocho años. Es su libro, próximo a publicarse, que llevará por título «La muerte y la pintura española».)

BLANCA. — ¿Qué significa esta nueva obra?

SANCHEZ CAMARGO. — Ha s-

sidero vanidosamente mi labor fundamental. Libro amplio, demasiado grande acaso. Recoge, desde Berruguete hasta Solana, más de trescientos pintores, muchos de ellos anónimos, incorporándose la poesía española sobre la muerte desde los primeros cancioneros, pasando por los clásicos, hasta Machado. Más de mil docientas páginas con filosofía mística y ascética.

#### DE SOLANA PARTE LA PINTURA ACTUAL

CARVAJAL. — ¿Gasta mucho dinero en adquirir cuadros?

SANCHEZ CAMARGO. — Todo lo que me sobra en la vida. Aunque muchos son donaciones. *(El crítico se vuelve hacia una pintura de negros y ocre oscuros que representa una depauperada chiquela dormida y nos explica que es la hija de Solana, pintada por el propio don José.)* Es fea —añade—, aunque el pintor la encontraba guapa en su cuadro y se extasiaba ante él.

BLANCA. — ¿Se puede afirmar que toda su admiración como crítico de arte y escritor la ha centrado usted en Gutiérrez Solana?

SANCHEZ CAMARGO. — Desde luego, y hablando de él me hubiese escrito el Espasa. Don José era en su vida privada y en su vida artística sencillamente genial.

SALCEDO. — ¿Qué significa para usted Solana en la pintura española?

SANCHEZ CAMARGO. — Que por gracia divina la pintura española en serio y la tradicional, que no es nunca la afrancesada, borbónica y académica, sigue en pie, gracias a los grandes ciclos que no se han interrumpido: Berruguete, Velázquez, Zurbarán, Goya y Solana.

BLANCA. — ¿Influencia de Solana en la pintura actual?

SANCHEZ CAMARGO. — Se puede afirmar que toda la renovación de la pintura contemporánea ha partido de Solana. Los actuales todos están en la línea solanesca, claro está que unos más definidos que otros.

CARVAJAL. — El retrato en la pintura, ¿cómo debe ser considerado?

SANCHEZ CAMARGO. — El re-

trato en la pintura, porque entrana obligaciones que de antemano se contraen; sin embargo, el retrato figurará, sin ninguna duda, en la historia del arte.

#### EL MURAL REVALORIZA LA ARQUITECTURA

SALCEDO. — ¿Cree usted que no damos la suficiente importancia a la función del muralismo?

SANCHEZ CAMARGO. — Efectivamente. Y si los arquitectos crearan dándose cuenta de la importancia del mural, y si en la Escuela de Arquitectura se enseñara teoría del color y estudios de la naturaleza, en lugar de tantos vaciados y tantos logaritmos, el papel del pintor mural adquiriría una función esencialísima y primordial.

CARVAJAL. — ¿Vive el muralismo actual de la escuela mejicana?

SANCHEZ CAMARGO. — De ninguna manera. Afortunadamente ya pasó aquella peste socializante.

SALCEDO. — ¿Por qué no incluyó a Carlos Lara en su libro?

SANCHEZ CAMARGO. — Va incluido en el segundo tomo. No podía dejar de hacerlo, porque Carlos Lara es un pintor colosal y un muralista extraordinario. Estas cualidades las ha demostrado bien en la última Bienal, en los bocetos de la basílica de Aránzazu y en los bocetos de la Academia Breve.

BLANCA. — ¿Fueron sinceros los hombres que organizaron y premiaron las dos Bienales Hispano-americanas?

SANCHEZ CAMARGO. — Completamente sinceros, aunque hubieron de hacerse algunas concesiones a las nobles labores de muchas vidas consagradas a la pintura.

SALCEDO. — De sus compañeros de crítica de arte...

SANCHEZ CAMARGO. — ¡¡Todos maravillosos!! ¡¡Todos maravillosos!!

SALCEDO. — *(Calmosamente.)* No le iba a preguntar por sus cualidades críticas. Sólo quería saber cuáles de ellos se interesaban más por la nueva escuela de Madrid.

SANCHEZ CAMARGO. — Pues Lafuente Ferrari, Camón Aznar, Faraldo y Ferretti.

BLANCA. — ¿Podríamos decir que Eugenio d'Ors es una de las personas que más entienden de pintura en España?

SANCHEZ CAMARGO. — Desde luego y sin ninguna duda. D'Ors ha dicho de la pintura cosas que nadie dijo porque no las habían visto. Sus libros sobre el Museo del Prado son únicos, y en cuanto a su prestigio como filósofo, en el extranjero pesa su nombre mucho más que el de Ortega.

CARVAJAL. — *(Pasando de improviso a otro tema.)* ¿Qué piensa usted hacer con todos estos cuadros? Ya casi no hay sitio para ninguno más.

SANCHEZ CAMARGO. — Pienso desprenderme de ellos. Esta colección irá íntegra al Instituto de San Isidro, de donde soy catedrático, y donde pienso crear un

este Instituto esta ligado a mí por la nota emotiva de que me examiné de ingreso en él.

SALCEDO. — ¿Es usted madrileño?

SANCHEZ CAMARGO. — *(Eufórico.)* Sí, y en eso es en lo que me parece a Lope de Vega.

CARVAJAL. — ¿Y cómo se denominará ese museo?

SANCHEZ CAMARGO. — Naturalmente, museo de la «escuela de Madrid», y allí, presididos por un Solana, un Benjamín Palencia y un Vázquez Díaz, se agruparán todos estos lienzos que siguen la línea de este triángulo.

BLANCA. — ¿En qué pintores nuevos ve usted una promesa?

SANCHEZ CAMARGO. — En Feito y Molezun.

SALCEDO. — ¿Y la mujer en nuestra pintura contemporánea?

SANCHEZ CAMARGO. — Soy, desde luego, el primer admirador de la mujer; pero pictóricamente hablando no se distinguen las mujeres por sus aciertos.

BLANCA. — En definitiva, ¿cree usted que la pintura española está en un buen momento?

SANCHEZ CAMARGO. — En un momento altísimo, a pesar de todos los pesares. Y así se reconoce en el mundo entero.

CARVAJAL. — *(Volviendo a la obra del crítico.)* ¿En qué horas está escrito su libro sobre la nueva escuela de Madrid?

SANCHEZ CAMARGO. — Siempre escribo lo mío —o sea, a lo que me entrego de verdad— en las horas de la madrugada. Para la labor de todos los días, cualquier momento es bueno.

BLANCA. — ¿Y trabaja usted siempre así?

SANCHEZ CAMARGO. — Siempre, hasta en la madrugada, y también esa obra meticulosa sobre la muerte en la pintura. A esas horas conecto con la emisión de América de Radio Nacional o con emisoras extranjeras.

*(En un anaquel se ve una curiosa fotografía de Manolete firmada en 1944.)*

CARVAJAL. — ¿Es usted aficionado a los toros?

*(Sánchez Camargo sonríe y en vez de contestarnos nos enseña una fotografía suya en que está dando un natural ceñidísimo a un toro más que mediano. Al dorso, José María de Cossío escribió: «Después de ver este mulatazo no me hace falta admirar el torero de Manolete». Las palabras de Cossío nos parecen excesivas, pero...)*

SALCEDO. — Entonces, después de la pintura y la música, ¿ésta es su más grande afición?

SANCHEZ CAMARGO. — *(Con expresión divertida e intrigante.)* Pues... la verdad, señores, yo, por encima de la pintura, de los toros y de la música, tengo otra pasión, que es mi verdadera vocación: la poesía. Mi primer libro era de versos y se titulaba «Ventana». Pero después la vida lleva al hombre por otros derroteros.

*(Nos sorprende la nueva faceta del crítico de pintura. Ahora están presentes su esposa y Manuel José, que se cuelga siempre del brazo del padre. Cuando salimos, nos llevamos la impresión de que Sánchez Camargo es un hombre polifacético, si los hay.)*

*(Fotografías de Mora.)*



Este es el rincón donde escribe Sánchez Camargo

# PARALELO 17: POLVORIN DEL SUDESTE ASIÁTICO

## MENDES - FRANCE RECOGE EN LA ASAMBLEA NACIONAL EL APLAUSO DE LOS COMUNISTAS FRANCESES

"Nuestros combatientes no han muerto para que llegemos a esta situación", le dicen en la Asamblea al primer ministro Mendes-France



La cortesía y la delicadeza de la dulce Francia es bien entendida por el señor Mendes-France cuando en Ginebra invitaba a Chu En Lai a tomar un refrigerio mientras llegaban a un acuerdo en lo de Indochina. El «premier» francés remontó los obstáculos sin intereses contradictorios. Luego el chino continuaba sonriendo.

La otra noche, Georges Bidault, comiendo en el restaurante Lipp, de Saint Germain de Pres. decía que una paz razonable y justa «no era de ningún modo una rendición incondicional»; y que satisfacer a Chu En Lai, entregándole incluso Haiphong, «era un crimen imperdonable». Pero estas cosas, que no sólo fueron dichas en privado por Bidault, se disimularon a la hora de las interpelaciones en la Cámara. Mendes-France, con el pretexto de su cansancio, aplazó dos horas la sesión. Por los pasillos y en el salón de sesiones continuaba la murmuración de la grey parlamentaria:

—¡Y decir que todos acabaremos por votar la confianza al jefe del Gobierno! —apostillaba un conservador con el asentimiento de otro diputado radical.

Aquí en París, en la Asamblea Nacional, la «comedia trágica» de Ginebra, con el triunfo de Chu En Lai, es calificada de juego indigno. No estaba suficientemente preparado el mundo político para el abandono de Hanoi, pero se aceptaba como «un sacrificio indispensable». En cambio, irrita la entrega a los comunistas del puerto de Haiphong, la única vía marítima del norte de Anam. Este sentimiento parlamentario refleja el hondo disgusto de los militares, vencidos

sin el último combate. El prestigio enorme de Koenig no bastará para calmar la indignación del Cuerpo expedicionario y de sus mandos, puestos ahora en condiciones de inferioridad.

No es probable que el Gobierno comunista de Ho Chi Minh, influido por su protector de Pekín, quiera represalias. Al contrario, buscará una labor de atracción aprovechando las heridas en el amor propio de los que hasta hace año y medio creyeron en Francia. Económicamente es también un desastre el armisticio de Ginebra. Las fábricas de guerra en la metrópoli van a cerrarse, sin esperanzas de recobrar el comercio con el sur de China, una vez perdido el puerto de Haiphong. Mister Eden no ha permitido que Haiphong suplantase el papel del puerto chinobritánico de Hong Kong. Al inglés le importa poco que la rendición incondicional del norte de Indochina arranque de manos del comercio francés las algodonerías, centrales eléctricas, destilerías, minas de carbón... Todo ello propiedad de Empresas francesas.

No habrá dólares en oro que ingresen en la Unión Europea de Pagos, esa entidad que ha presidido muchos años como representante de Francia el señor Mendes-France. Ellos enjugaban

el déficit en divisas de Francia. Se ignora si habrá comercio con China. Inglaterra, en cambio, lo tiene asegurado.

—Mire usted —decía un diputado en el salón de conferencias de la Asamblea—, los vencedores son Chu En Lai y Eden. El derrotado, el vencido ignominiosamente, sin dejarle combatir hasta el último trance, es el Ejército francés.

**HABLA EL GENERAL KOENIG: «COMO MILITAR, DEPLORO EL ARMISTICIO»**

Mendes-France cumplió una especie de obligación «moral» antes de dar cuenta a la Asamblea de los acuerdos de Ginebra. Fué de los primeros en llegar al palacio Bourbon. En seguida saludó a Eduardo Herriot, el santón radical-socialista y masón, que ya ocupaba su banco de diputado. Ni un asiento estaba libre. Millares de espectadores quedaron fuera de la sala. Los medios parlamentarios estaban decididos a aceptar de cualquier manera, como la opinión pública francesa, una suspensión de hostilidades en Indochina. ¡Pero había que ver las cosas que se decían en los pasillos de la Asamblea Nacional!

Quisé parar al ilustre general

Koenig, héroe de Bir Hakeim y ministro de Defensa Nacional... Pasaba rápido y me contestó categóricamente:

—Como militar deploro el armisticio; como ciudadano francés lo considero necesario y urgente.

—Pero, mi general...

—Lea el informe que hice a título de presidente de la Comisión de Defensa Nacional...

—Ya no lo es usted, mi general...

—No importa, no importa.

Soustelle se lo llevó.

La crítica era unánime. Los acuerdos de Ginebra se juzgaban catastróficos. Se presentó inopinadamente Alberto Sarrut, y oímos que alguien le preguntaba.

—¿Qué opina usted de que lo que dijo al señor Mendes-France el ministro de Asuntos Exteriores del Vietnam?

—Es natural.

—¿No cree usted que cualquiera pudo obtener más regalando a los comunistas Hanoi y Haiphong?

Pero Sarrut se evadió sin contestar.

En Ginebra, lloroso y compungido, el ministro de Bao Dai se había acercado a Mendes-France y le había dicho que el Gobierno de Saigón «no podía» oponerse al armisticio concertado aun considerándolo «catastrófico e inmorale».

Más «triste» que nunca, el presidente del Consejo de Ministros de Francia no supo qué contestar, y estrechó la mano del ex mandarín asiático, que pocas horas después hacía pública su dimisión.

#### MENDES - FRANCE CONFIA EN LA BUENA FE DE LA INDIA

En su banco ministerial, frente a una Asamblea tan expectante como sumisa, monsieur Mendes-France se reclinó indolente. Su ascendencia oriental se nota en este abandono, que ya no disimula porque se considera nimado por la popularidad. Su discurso del jueves 22 fué hábil. Buen táctico, Mendes sabe cómo inclinar a su favor las masas.

Recordaréis que en el debate que tuvo lugar hace algunas semanas (el 8 de julio) sobre la situación de Indochina, se señaló que el Cuerpo expedicionario estaba en peligro y que sería preciso enviar el «contingente» o firmar la paz.

Mendes-France va justificando su atrevido caminar hacia la rendición. Ya antes, en una alocución radiada, había expresado su satisfacción por haber podido quitar de encima una preocupación a las madres francesas.

Luego, Mendes prosigue. Presenta con habilidad las negociaciones como un gran triunfo. Va dejando, claro es, cabos sueltos. Un ejemplo aleccionador es el párrafo en que elogia los esfuerzos del Gobierno indio por la paz. La presencia de representantes suyos en la Comisión de armisticio va a ser —según el orador— una garantía de buena fe. Por desdicha, a los pocos días, la Unión India brinca con violencias y desmanes sobre los derechos portugueses. Un nuevo conflicto surge en el mundo. Lo cual suena grotescamente si se tiene en cuenta el comentario

casi unánime que la Prensa india hizo a la capitulación de Ginebra. «Por primera vez desde hace doscientos cincuenta años hay paz en todo el mundo».

En cuanto a los buenos deseos de la China comunista y del Vietnam, también los hechos se han encargado de desmentirlos. No había pasado aún una semana de la firma del acuerdo cuando los cazas chinos derribaban un pacífico avión de viajeros junto a la isla de Hainán. El gesto tampoco es como para tranquilizar a nadie.

#### NO LE FALTARON APLAUSOS COMUNISTAS A MENDES-FRANCE

Había entonces mucho menos público. La breve sesión en que Mendes-France expuso su «victoria» personal había sido un lleno. Todo el mundo le aplaudió, incluso los comunistas, de tal manera que incluso el contemporizador periódico de Pierre Brisson, «Le Figaro», se vio obligado a escribir:

«Consideremos que en el curso de este largo debate, el presidente del Consejo, que cuando fué investido rechazó ardientemente los votos comunistas, ni ayer ni anteaer se opuso una sola vez a las estrepitosas aprobaciones de esta inquietante fracción de la Asamblea».

«Lo que festejan ultrajantemente hoy los amigos de Duclós no es el cese de las hostilidades en Indochina, sino la victoria de Ho Chi Minh.»

Lo que «Le Figaro» nos señala es que gracias a Mendes-France ambos acontecimientos —la derrota gala y la victoria bolchevique— han coincidido.

Para evitar que el alto el fuego y la victoria comunista coincidieran hubiera sido preciso echar mano del «contingente»; es decir, hubiera sido necesario recurrir al camino del sacrificio. Y ni «Le Figaro» ni Mendes-France han estado nunca dispuestos a recorrerlo en serio.

De todas formas, los comunistas franceses no han ocultado su alegría. Públicamente la han expresado con gritos callejeros y banderas en sus locales. Para colmar la medida, el diputado del partido Wadeck-Rochet, que inició los discursos en la sesión de interpellaciones de la Asamblea, después de haber insultado a todos los Gobiernos sucesivos «que llevan sobre sí la responsabilidad de la criminal guerra», propuso reducciones masivas en el presupuesto de armamentos; la disminución a quince meses del período de servicio militar, y el abandono total del proyecto de Ejército europeo.

Estas medidas quizá no lleguen a realizarse totalmente. Pero los planes financieros de Mendes-France rozan, y no para favorecerlos precisamente, los proyectos de rearme. Por aquí comienzan a confluír sus intenciones con las de los comunistas.

#### NUESTROS COMBATIENTES NO HAN MUERTO PARA LLEGAR A ESTA SITUACION

Luego del diputado comunista se alzó un representante del partido republicano social: M. Dronne. Es un hombre grandón, macizo, de movimientos len-

tos y dialéctica sosegada. Sus palabras fueron muy poco favorables para el presidente del Gobierno.

Está claro que el Viet Minh exigirá un Parlamento único en julio de 1956, y en él tendrán la mayoría los comunistas. Si esto es así, nuestro acuerdo equivale a una entrega total del Vietnam al Vietnam.

Según prosigue M. Dronne se expresa con mayor dureza.

—Si en dos años, gracias a un desdichado sistema de elecciones el Vietnam domina toda Indochina, ¿cree su señoría que los países vecinos —Siam y la India, sobre todo— no estarán también en peligro? Nuestros camaradas combatientes no han muerto para que lleguemos a esta situación.

Como final, Dronne señaló, con inoportuna delicadeza, casi avergonzado de decirlo, la alegría comunista ante la situación.

—El pueblo francés ha aceptado los resultados de la Conferencia de Ginebra con una satisfacción resignada. No ha puesto coladuras como otras gentes que todos conocemos, en honor del acontecimiento.

Monsieur Dronne procede del extinguido R. P. F. de De Gaulle. Sus palabras fueron muy aplaudidas por la extrema derecha. Luego, a la hora de la votación, 57 diputados de su grupo lo hicieron a favor del acuerdo...

#### BIDAULT ATACA CON FLORETE

No llegó la sangre al río. Se esperaba días antes un ataque a fondo de Georges Bidault contra su sucesor en el Quai d'Orsay, Mendes-France. Las relaciones personales entre ambos son frías. Sus esposas procuran no saludarse cuando se cruzan. Pero Bidault prefirió callar. Ya se sabía que iba a ser benévolo al comenzar la sesión, y esto restó considerable cantidad de público.

En la escaramuza salió perdiendo, al final, el pulido Bidault, gracias a una pequeña estratagema de Mendes-France. Pero, sin embargo, en la sala quedaron flotando unas amargas palabras que con la misma razón pueden ser aplicadas a cualquiera de los dos contendientes.

Se las dirigió Bidault al jefe del Gobierno.

—El día de vuestra investidura declarásteis: «Francia no abandonará jamás a sus amigos. Yo quiero mantenerme fiel a esta tradición. Los vietnamitas, que nos han guardado confianza y fidelidad, no serán jamás abandonados. En todo momento tendrán derecho a la protección francesa que nunca será una vana palabra.»

#### LA RESPONSABILIDAD ALCANZA AL REGIMEN MISMO

Naturalmente, Mendes-France encontró todas sus propias gestiones y acuerdos constructivos y plausibles. Hubo quien le interrumpió recordándole que desde el 8 de junio pasado el resultado estaba prácticamente conseguido. Mendes opuso que se había logrado salvar la ciudad de Hue, aunque no Hanoi ni

Haiphong. Luego con solemnidad, anunció:

—El Vietnam va a poder trabajar en el futuro en un ambiente de confianza, de orden y de paz. Desde los escaños una voz interrumpe:

—¿Por cuánto tiempo?

Pero Mendes se hace el sordo y, sin inmutarse, prosigue:

Uno de los grandes triunfos logrados, según él, ha sido la posibilidad de desplazar las poblaciones: «Todo el que no quiera permanecer bajo el imperio comunista podrá acogerse a la protección que le brinda la zona del Sur.

En realidad, ésta es otra bomba de efecto retardado. Nadie podrá frenar el irredentismo de los huidos. Cualquiera día, más pronto o más tarde, estallará de un modo sangriento el problema latente. Sólo puede considerarse tal medida como un remedio ineficaz y peligroso.

Mendes-France se defendió con la táctica clásica de acusar a sus enemigos de lo mismo que a él le echaban en cara. Por ejemplo: en algún momento refrescó la memoria de Bidault. El ex ministro M. R. P. había tildado de abandonista a Mendes-France. Este le repuso:

—El 14 de mayo de 1954 su señoría dijo en la Asamblea: «Una vez restablecida la paz, Francia no intentará mantener un Cuerpo expedicionario contra la voluntad del Vietnam.»

En realidad, el catastrófico desenlace de la guerra de Indochina ha sido preparado sucesivamente por todos los políticos franceses de la posguerra. Por eso Bidault no se atrevió más que a pequeñas escaramuzas dialécticas. Atacar el fondo de la cuestión hubiera representado tener que atacarse a muerte a sí mismo.

#### «DÍA DE LUTO NACIONAL, SEÑOR...»

Para cumplir con el propósito que me hice después de oír el discurso de Bidault en la Asamblea, comencé a recorrer los centros del Vietnam en París. Estuve primero en la Embajada. Un secretario me recibió con la estereotipada sonrisa asiática.

—Día de luto nacional, señor —me dice—, Francia se opuso siempre a que lográramos un entendimiento directo con los Estados Unidos. Se negó a que los instructores norteamericanos que formaron en seis meses el Ejército nacional sudcoreano constituyesen el nuestro. Estábamos dispuestos a combatir solos al comunismo. Tampoco quiso que los dólares de la yuda militar norteamericana viniesen directamente a nosotros. Los cobraron ellos para ingresar el oro en la Unión Europea de Pagos.

El secretario de Embajada remata tristemente sus afirmaciones:

—Jornada de duelo, señor.

La bandera vietnamita está a media asta en la fachada. De ella cuelgan crespones negros. Un agente se pasea con indiferencia frente al local. De allí me desplazó al número 45 de la misma calle a la Cancillería vietnamita. El señor Le Ngoc Ho, al verme, acoge mi pésame y me dirige a otros despachos. La casa parece compartimentada, misterio-



En Ginebra, Mendes-France había ganado una carrera. Aquí le vemos a su llegada a París con cara de pocos amigos. Otra batalla le esperaba en la Asamblea.

sa. Se empuja una puerta y se ve a unos señores platicando. Salimos luego a la escalera. Nos desorientamos. Una voz nos interpela y, sin verle la cara a nadie nos perdemos completamente.

#### EL VIETNAM, HIJO MAYOR DE LA IGLESIA EN EXTREMO ORIENTE

En el boulevard Raspail en el número 31, se encuentra la Asociación de los católicos vietnamitas. Allí el misterio es más impenetrable todavía... No hay nádia que nos reciba. En una salita baja, una cama campera; mesas para escribir y libros. Llamamos y nadie responde. Subimos por una escalera y, al ver tanto despacho vacío, nos retiramos de puntillas.

El Vietnam es el hijo mayor de la Iglesia en el Extremo Oriente. Allí envió misioneros el Papa Pío VI mucho antes de que Francia se estableciese en aquel territorio. La Iglesia católica está presente en Indochina desde el siglo XVI y de cada diez vietnamitas hay uno católico.

La iglesia vietnamita dispone de diecisiete vicarías apostólicas y una prefectura. El arzobispo de Macra, con sede en Hue, es el delegado apostólico actual. Cada vicaría está dividida en distritos y los distritos en parroquias.

El balance de la nueva situación es desolador: de los quince vicariatos apostólicos del Vietnam, doce quedarán sometidos a los comunistas. El «alto el fuego» ha representado para la Iglesia todo lo contrario. Ahora se reanudará una lucha que los comunistas mantienen implacablemente.

De este aspecto de su «victoria» no se atrevió a hablar públicamente Mendes-France.

#### EL CAMINO DE LA PERSECUCION Y EL SACRIFICIO

Un obispo español, el padre Ubierna, ejerce sus funciones en Fat-Diem y Bac Ninh. El primer sacerdote vietnamita fué el padre Benito Hien, ordenado en el año 1668. En su mayoría son los padres dominicos los que han evangelizado el Vietnam junto con los redentoristas canadienses y los franciscanos franceses.

En 1659 el Papa Alejandro VII confió a las misiones extranjeras el encargo de evangelizar Indochina y Siam. Aquella obra fruc-

tificó de tal manera, que hoy el país dispone de siete obispos, mil cuatrocientos sacerdotes regulares, dos mil seminaristas, quinientos sesenta hermanos y cuatro mil doscientas cincuenta monjas. Cuatro grandes seminarios funcionaban en Hanoi, Bui Chu, Saigón y Hue, con clero vietnamita.

Desde siempre los obispos vietnamitas se han negado con firmeza y resolución a secundar a Ho Chi Minh. Sus últimas pastorales reflejan el hondo sentimiento de la Iglesia católica ante la dolorosa situación que se avecina.

En la misma Francia han llegado a darse cuenta. Monsieur Letourneau, que fué alto comisario en Indochina, pronunció en la última sesión de la Cámara estas palabras:

—Quiera Dios que la noble Iglesia vietnamita no se sumerja en la Iglesia del silencio, y que en 1954 las promesas de Ho Chi Minh tengan más valor que aquellas de 1947 que no se cumplieron.

#### UNA INSCRIPCION MAS EN EL ARCO DEL TRIUNFO

La Asamblea Nacional rindió tributo de admiración a los combatientes de la Unión Francesa caídos en Indochina. Allí se hallaban entonces los diputados comunistas, culpables directos de su muerte, y los políticos que con su hacer y deshacer contribuyeron con su deber. Una nueva más salida que la derrota y el sacrificio inútil.

Sin embargo, no hubo discusiones a la hora de escoger honores para los únicos que cumplieron con su deber. «Una nueva inscripción se añadirá a las existentes en el Arco del Triunfo. Allí, junto a la batalla de Bailén, ganada por Napoleón, según sus historiadores de cámara, figurará también la odisea de los combatientes de Indochina. Y en la conciencia de Europa permanecerá grabado un remordimiento nacido en el mes de julio de 1954. Cuando en Ginebra se entregó, sin un gesto hipócrita siquiera, una nación católica al comunismo.

(De nuestro enviado especial en París, B. CALDERON FONTE.)

EL LIBRO QUE ES  
MENESTER LEER

# LA VERDAD ES NUESTRA ARMA

Por Edward W. BARRET



Edward W. Barrett

*A former Assistant Secretary of State and veteran in the war of ideas tells the story of America's campaign of truth vs. the Big Lie, reexamines our strategy, and offers new proposals for waging peace.*

**B**AJO este título el autor americano Edward W. Barret, del Servicio Internacional de Propaganda, expone una serie de razones sobre lo que él llama «necesidad de la persuasión internacional», persuasión a la que él califica de arma imprescindible en el momento actual si América quiere ganar la «guerra fría».

Personalmente Barret posee una larga experiencia de dichos problemas, ya que hizo la segunda guerra mundial desde las filas de esta singular brigada de combate. Esta experiencia, con su sabor a error y a triunfo, la pone al servicio de los Estados Unidos y del mundo entero como medio para el abatimiento del comunismo.

El autor explica cómo ha de ser esta lucha psicológica, en la cual América para vencer ha de ofrecer al mundo una verdad clara y terminante de sí misma.

Barret, Edward W.: «Truth in our weapon». New York, Funk & Wagnalls Company, 1953. 355 ptas.

## PARTE I

### EMPEZAMOS A APRENDER

**E**L hecho de que el ciudadano de hoy insista en afirmar que los asuntos extranjeros son también de su incumbencia es mirado por la mayoría de los expertos en la diplomacia como un mal. Sólo una minoría—afortunadamente creciente—ve en ello una magnífica oportunidad: cuando los planes de una nación son relativamente justos y no abrigan afanes imperialistas, la opinión pública del mundo entero podría convertirse en una fuerza gigante que ayudara a realizar esos planes.

América, para llevar a cabo su programa de paz mundial, en el momento actual no tiene otro modo de seguir adelante si no es manejando los hilos de la «persuasión internacional». Esto no quiere decir que los Estados Unidos hayan de sustituir la acción por la propaganda. América puede y debe seguir actuando, pero para vencer deberá comunicar al mundo de un modo persuasivo todas estas acciones. Bernard Banch ya ha señalado que los Estados Unidos sólo pueden lograr la paz «si sostienen la paz», y, como una continuación a esta afirmación, Paul Hoffman, junto con el senador Karl Mundt y el senador McMahon, han añadido que «la paz sólo se puede sostener aprendiendo a usar el arma de la verdad de una manera efectiva».

En efecto; la opinión pública ha llegado a ser un factor de una importancia sin límites. A través de la última guerra mundial una serie de incidentes vinieron a demostrarlo, a pesar del escepticismo de algunos «entendidos» de Washington. Hechos tales como las emisiones del Com-

mander Norden U. S. N., influyendo en la Armada alemana hasta la completa sugestión, o el «bombardeo» con panfletos de las principales ciudades japoneses dándoles cuenta de los intentos de llegar a una paz emprendidos por su Gobierno, y que ató completamente las manos al Gobierno japonés para negociar con holgura, nos dicen claramente la importancia que puede tener el hacerse con la opinión pública.

### LOS PRINCIPIOS DEL ARMA «PSICOLOGICA»

Haciendo un poquito de historia de la «estrategia de la persuasión» durante la última guerra mundial y años siguientes, podemos encontrar sus comienzos en la C. I. A. A., más tarde convertida en O. I. A. (Office of Inter-American Affairs), dirigida por Nelson Rockefeller. La obra de esta organización, en la América española fué de verdad magnífica: se dió lugar preeminente al mutuo respeto interamericano, a la cooperación cultural y a las relaciones amistosas entre ambas Américas. Rockefeller, en 1940, ganó por estos medios la buena voluntad de los demás países americanos. En la primavera de 1941 Robert E. Sherwood, observando cómo se desarrollaba y crecía la «guerra de propaganda» en los países europeos, habló, realmente alarmado, al Presidente Roosevelt en el sentido de que América estaba desarmada a este respecto. Fué entonces cuando se crea un nuevo Foreign Information Service, bajo el mando de William J. Donovan, más tarde llamado Coordination Information Service.

Las dificultades para continuar una labor de esta especie eran numerosas. En primer lugar estaba la oposición del Congreso, que sólo veía en la organización que Donovan dirigía algo totalmente inútil. En junio de 1942 Roosevelt decide crear otra nueva organización, esta vez bajo el mando de Elmer Davis, y que se llamó Office of War Information (O. W. I.).

La C. I. A. A. de Rockefeller, junto con la C. O. I. de Donovan, y a la que se suma ahora la O. W. I. de Elmer Davis, se hacen cargo de las once emisoras de onda corta que en aquel tiempo retransmitían para Europa, y las primeras emisiones de La Voz de América se empiezan a oír en el mundo entero. La guerra en las ondas ha comenzado.

Pronto el papel de estas emisoras se hizo más y más importante, y su actuación en el Norte de África durante la segunda guerra mundial fué extraordinaria. La inexperiencia de las nuevas organizaciones contribuyó a que se cometieran muchos errores, pero estos fracasos sirvieron también de lección. El sistema de «loudspeakers» fué decisivo, a pesar de los fracasos.

Al finalizar la segunda guerra mundial la fe en la nueva fuerza que se revela es enorme, y los más inteligentes «leaders» saben que esta «persuasión internacional» es un arma potentísima.

### LA PERSUASION DE LOS PAISES LIBRES

Sin embargo, si América ha de persuadir no ha de limitarse a persuadir enemigos; antes bien es

de la mayor importancia el saber ganar amigos entre los países del mundo libre, de los países no comunistas. Y el sistema de persuasión de los países neutrales no ha de ser, ni mucho menos, el mismo que se utilice para mostrar la verdad de América a los países del otro lado del «telón de acero». Los Estados Unidos cometieron un crasísimo error la primera vez que mandaron cajas de dulces a un país libre, aunque al dicho regalo se le justificara con la idea de ser «un regalo de los niños americanos para los niños de este país», pues, como es lógico, los padres todos del país en cuestión pudieron contestar a los americanos que ellos se bastaban y se sobraban para comprar dulces a sus hijos. En otras palabras, la opinión del país se podía haber vuelto contra Estados Unidos de América.

Para ganarse la confianza de un país libre el método mejor ha de ser interesarse por sus artes, por sus costumbres, organizar emisiones de propaganda sobre la vida diaria del americano en las cuales se pongan de relieve los intereses y facetas comunes a los dos pueblos. Otro modo excelente de darse a conocer en estos países es la concesión de becas en los Estados Unidos.

#### OTRA VEZ A EMPEZAR

Terminada la guerra, y con ella el peligro alemán, América no supo ver a tiempo las intenciones rusas. El Servicio de Información Extranjero pareció algo inútil que se debía suprimir. Se le incorporó al departamento de Estado, entonces a cargo del ex senador James Byrnes, y el general del Ejército en persona consideró que dicho Servicio era algo que atañía más al departamento de Estado que al departamento de Guerra. La orden del Presidente vino el 31 de agosto de 1945, transfiriendo el O. W. I. y la O. I. A. A. al Interim International Information Service, en el departamento de Estado y recomendó al secretario de Estado estudiar el problema de un servicio permanente de información internacional.

Al ser nombrado Benton «assistant secretary of State» en Foreign Affairs, disminuye el personal. Inocentemente se sigue esperando la cooperación soviética y la ayuda del Congreso falla totalmente cuando se trata de votar un servicio permanente de información internacional. Únicamente cuando se nombra una Comisión de senadores para visitar Europa, y muchos de ellos salen particularmente de Estados Unidos con el mismo destino, el panorama cambia. La mayoría se da cuenta de lo necesaria que es esta propaganda internacional y de lo efectivo de los grupos americanos dedicados a esta labor en Europa.

La ayuda económica a Europa se impone. Los planes soviéticos empiezan a hacerse claros, y a pesar de la oposición de Taft, el Plan Marshall surge y se lleva a cabo en una maniobra fantástica que destruye a la U. R. S. S. todos sus planes con respecto a un Occidente destruido y hambriento. América, volviendo a tomar la iniciativa, reanuncia su interrumpida labor de propaganda en Europa para darse a conocer tanto en los países libres como en los dominados por Rusia.

#### LA ACTUACION DE MCCARTHY

El Kremlin, mientras tanto, del año 1945 al 1950, había dejado ver claramente cuáles eran sus deseos de «paz» y de «amigable colaboración» con América. Y los Estados Unidos se deciden a dar una gran ofensiva psicológica. La Campaña de la Verdad comienza. En Corea la actuación de esta fuerza es fantástica, y en los comienzos de 1952 el programa alcanzó una magnitud enorme.

#### LA GUERRA ELECTROMAGNETICA

Una vez las emisoras americanas en acción, el Kremlin no dejó de contraatacar. Hacia mediados de 1948 las emisoras americanas ven sus ondas interceptadas por millares de emisoras rusas cuya única misión era impedir que La Voz de América fuera oída en los países situados al otro lado del «telón de acero».

Entonces se forma en América un grupo de investigación que incluye a los más importantes especialistas en la materia. El «Proyecto de Troya» empieza a dibujarse. Y un moderno y científico caballo de madera comienza a ser preparado para introducirlo en esta Troya del siglo XX. Con métodos ingeniosos se van logrando vencer los obs-

táculos soviéticos, mientras los rusos emplean en contraatacar un presupuesto mayor del utilizado por América en todo el Servicio de Información Internacional. Entre otros proyectos se realiza el Proyecto Vagabundo: un barco americano, el «S. S. Courier», patrulla por la costa griega generando su propia energía y recogiendo, a la vez, lo que se radia en Nueva York para retransmitirlo a los países del otro lado del «telón de acero» con dos potentes transmisoras de onda corta y un transmisor «standard» tres veces más potente que cualquiera de los Estados Unidos.

## PARTE II

### LOS ENEMIGOS CON LOS QUE NOS ENFRENTAMOS

El Kremlin tiene planteado el problema de su propia existencia; para sobrevivir tiene que dominar todos los países o la mayoría de ellos. Sus fronteras, por definición, nunca podrán estar rodeadas por países imperialistas. Y el enemigo número uno determinado por la doctrina staliniana son los Estados Unidos.

He aquí un extracto de dicha doctrina, que el autor nos ofrece:

1) La doctrina staliniana, todavía en activo bajo Malenkov, sostiene que no puede haber paz ni amistad entre la U. R. S. S. y los Estados Unidos; este último debe ser abatido.

2) Aunque estos planes fueran cambiados bajo el mandato Malenkov-Molotov, la naturaleza en sí del pensamiento soviético actual requiere que haya —o se cree— un enemigo externo. Para este previsible futuro el enemigo número uno serán los Estados Unidos.

3) La jerarquía soviética, infectada por su propia línea, seriamente teme que América intente una agresión armada, hecho que hace particularmente explosiva la continua crisis del mundo de hoy.

4) Las doctrinas soviéticas aprobadas sostienen que el partido debe luchar sin reposo por lo que quiere dentro de sus fronteras y fuera de ellas por medio de la agitación, la subversión, la propaganda y por la eliminación sin discriminaciones de los que no estén de acuerdo.

5) El régimen soviético prefiere llevar a cabo

Señora:  
He aquí su  
media Nylon  
de alta calidad  
elástica  
y de precio...  
nada caro!

Vilma  
KNIT OF DUPONT NYLON

PÍDALA A SU HABITUAL PROVEEDOR  
EXIJA ESTA MARCA EN EL SOBRE Y EN LA MEDIA

sus proyectos sin empujar una segunda guerra mundial y probablemente todavía cree posible hacerlo así.

6) Sin embargo, el soviético puede, más tarde o más temprano, emprender una ofensiva en masa, y, desde luego, continuará construyendo su gran fuerza de guerra.

7) Es inútil intentar predecir un horario con arreglo al cual el soviético vaya a atacar abierta o sorpresivamente determinadas áreas.

### EL MITO DE RUSIA

Durante los pasados años agitadores soviéticos se han dedicado a difundir la idea de que América «estaba perdiendo la guerra fría». Los que esto hacían no contribuían sino a ayudar al Kremlin a universalizar su mito favorito: la idea de un régimen soviético infernalmente inteligente y prácticamente irresistible e infalible.

Sin embargo, si nos detenemos a analizar la actuación del Kremlin durante estos últimos tiempos, la conclusión que sacamos no es, ciertamente, ésta. Bárbara Ward, en *The Economist*, de Londres, ha escrito recientemente que no todo marcha conforme al plan del Kremlin. En 1945 los dictadores soviéticos creyeron estar ante un mundo admirado del valor y el tesón de Rusia durante la guerra. Se frotaron las manos soñando la desmovilización de los ejércitos de Occidente y consideraron un hecho la entrada del comunismo en todos los Gobiernos de Europa, así como la ruina económica de los Estados Unidos a causa de la guerra. En 1946 todavía creían que todo les era favorable y que sólo tendrían que esperar la «inevitable» depresión económica de América para ensañarse en la caída Europa, encender la lucha anticolonial en Asia y llegar al dominio del mundo.

¿Qué ha pasado? Es cierto que China ha marchado por la ruta que ellos marcaron. Pero la economía de los Estados Unidos triunfó. Europa, por medio del Plan Marshall, pronto estuvo recuperada. El imperialismo occidental empezó a desaparecer en Asia. En 1953 habían ocurrido muchos cambios, pero no conforme a los antiguos planes de Moscú, sino que muchas cosas habían marchado apreciablemente en la dirección contraria. Y añade el autor: «Podemos confiar en que las fuerzas de la libertad, de una manera inteligente y resuelta, puedan avanzar más y más por esa misma ruta.»

### PARTE III

#### PARA LLEGAR A LA PAZ

América no puede esperar una solución rápida y fácil de la actual crisis mundial. Por el contrario, el medio único de llegar a una solución ha de ser una campaña firme, persistente. Pero este largo camino que se ha de seguir, ¿cuándo se acabará? ¿Y qué ha de ser lo que encontremos al final de él? Ni siquiera los más destacados «leaders» son capaces de dar una respuesta concreta; pero muchos de ellos creen hallar la respuesta en análogas situaciones históricas. La Francia imperialista de Napoleón o el Imperio de Genghis Khan podrían ser el patrón a seguir en la consideración de ese momento futuro. Pero en el camino hacia la paz, véase éste como se quiera, la campaña psicológica ha de ser decisiva.

Desde luego que nadie puede determinar exactamente la clase de campaña psicológica que sería de desear; pero por lo menos sabemos que éste es el camino para llegar a la meta.

Los Estados Unidos deben hacer cuanto esté de su parte para que las naciones libres permanezcan de acuerdo, en armonía con los altos principios estadounidenses. Y cuando las acciones de América parezcan estar en conflicto con estos principios, no se ha de derrochar tiempo en explicarlas. América no tiene alternativa y la única manera inteligente de obrar ha de ser poner su caso delante del mundo. Si lo hace así, respetando a los demás pueblos, ese será el auténtico camino. Aun en los países comunistas existen millones de personas que quieren creer en América. Estados Unidos de América puede movilizar esta mundial voluntad mostrando al mundo la verdad de sí misma.

# MORAL Y POLITICA

Recientemente dijo el Ministro de Información y Turismo: «A la crisis religiosa ha seguido, como es natural, una crisis ética, una crisis cultural y una crisis social y política y, en general, una subversión de aquella escala de valores que sirvió de armazón a la espléndida cultura y civilización de Occidente». Las etapas del proceso histórico en el que fueron rotos «los resortes de la jerarquía y de la unidad», también las fijaba con claridad y precisión el señor Arias Salgado: «el Renacimiento naturalista, la Reforma, el Enciclopedismo y el Liberalismo filosófico» dan como fruto y tienen como desenlace lógico el comunismo. Es decir: «desde la afirmación pagana del hombre (Renacimiento naturalista), desde la interpretación personal de la religión (Protestantismo), desde el vago deísmo (Enciclopedismo), desde la indiferencia o la negación (Liberalismo), hasta la positiva beligerancia satánica contra Dios y la vida trascendente (Materialismo marxista)».

Estos supuestos, al desarrollar progresivamente su acción en el seno de los Estados y de los pueblos —de la sociedad y del Derecho— tenían que provocar necesariamente la más aguda «crisis del poder y del espíritu ciudadano», el binomio político-social que, precisamente ahora en Rennes, ha constituido tema fundamental de las Semanas Sociales de Francia. Nadie negará allí actualidad a la cuestión.

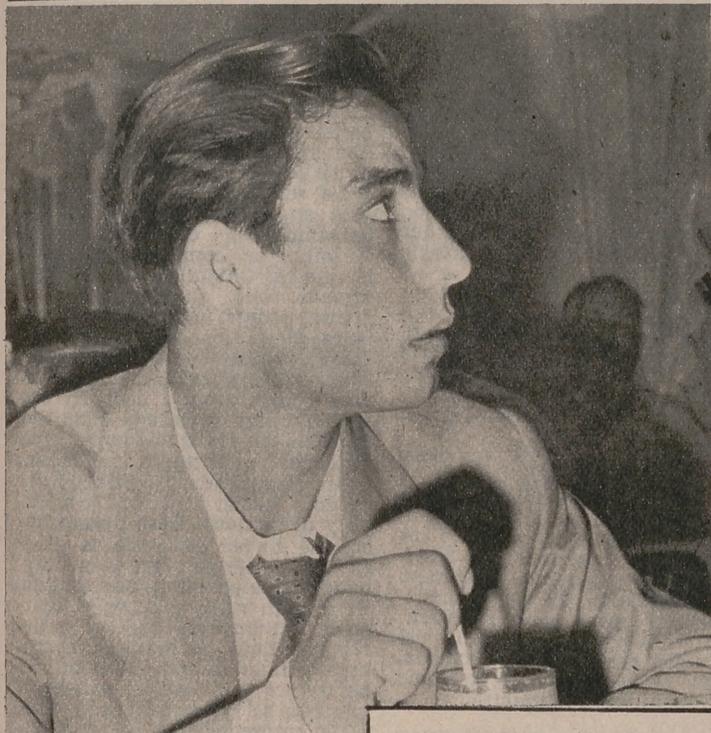
A este propósito, el Santo Padre ha dirigido una Carta al presidente de dichas reuniones, Carta que, de aquí en adelante, constituirá uno de los documentos pontificios más importantes y útiles para la solución de uno de los problemas de fondo que tiene hoy planteado el mundo. EL ESPAÑOL comentará en sus números próximos todos los aspectos analizados por Su Santidad. Hoy nos limitamos a señalar la exacta concordancia de los postulados que informan la política española con el pensamiento de la Iglesia. Porque la clave y fundamento de las enseñanzas desarrolladas en este documento por el Romano Pontífice está en la religión de la política con la moral, de modo que nuevamente «el orden jurídico» y «el poder» sientan «su esencial dependencia con respecto a Dios» y «vuelva a estimarse por todos como norma inquebrantable y orientadora que «la dignidad del hombre es la dignidad de la imagen de Dios», que «la del Estado es la dignidad de la comunidad moral querida por Dios» y que «la de la autoridad es la dignidad de su participación en la autoridad de Dios».

Al ocuparse de la urgencia con que apremia esta tarea, recalca nuestro Ministro de Información: «Urge una nueva instauración del orden. Urge poner en pie los valores del hombre, mirado, entendido y respetado como persona por la que se relacionen y comuniquen... la economía y la política, el Estado y la sociedad, la inteligencia y la conducta, la libertad y la ley».

No cabe duda que esta necesidad se ve agudizada por la presencia real, activísima, en todos los meridianos de un enemigo cuya capacidad de penetración y cuya agresividad puede llegar a imponer hasta «la lucha militar». Ahora bien: «la abierta moral de victoria y la tensión espiritual desbordante y dinámica» que precisan el hombre y los pueblos de Occidente, sólo puede partir de este replanteamiento ideológico, unitario y religioso, tal y como lo entiende España, siguiendo la doctrina de la Iglesia.

EL ESPAÑOL

# ESTE ES "CHAMACO"



ANTONIO  
BORRERO  
(DE HUELVA)

REVOLUCIONA  
EL TOREO

EN BARCELONA  
CUENTAN Y NO  
ACABAN DEL GENIO  
DE ESTE NOVILLERO

## UN HERMANO NUEVO PARA UNA NIÑA

Aun no ha terminado el verano del año 1935. Es un día de septiembre, concretamente el 14, limpio, claro y luminoso. De una casa sencilla de un barrio de Huelva ha salido una niña morena, que ha ido a buscar a sus amiguitas para jugar un rato, como todos los días, en la calle.

La pequeña trae un extrañío y singular brillo en la mirada. Sin que nadie le pregunte, sin que aquellas otras compañeras de su misma edad y de su misma estampa le hagan saludo alguno, ella dice:

—Ayer, en mi casa, me han traído un nuevo hermanito.

La noticia ha hecho el milagro sencillo de poner quietud en los grupos infantiles.

—¿Cómo es?

—¿Es rubio? Yo tengo un hermanito rubio que se llama Pepé Luis.

—Pues el mío tiene el pelo rizado, y negro el color de sus ojos.

María Borrero, la que hoy es hermana de Chamaco, contestó sencillamente:

—¿Pues cómo queréis que sea? Pequeño, que acaba de nacer.

Después han seguido las conversaciones sobre alfileres, sobre gustos preferidos o sobre caramelos y golosinas. Pero, antes que ningún día, María, la hermana nueva de cuatro años, se ha marchado corriendo a casa y, al llegar, ha preguntado rápida a su padre:

*De los tiempos de Juan Belmonte ningún novillero, ni tampoco matador de toros, había creado, concretamente en Barcelona, esta especie de clima frenético, de paroxismo y de ambiente inusitado como ahora lo ha hecho un muchacho de Huelva —apenas diecinueve años cumplidos—, que en los carteles taurinos se anuncia con el nombre de «Chamaco».*

*Toda una especie de leyenda, mitad grandiosa, mitad trágica, ha nacido alrededor de la estática y silenciosa figura, morena y angulada, del muchacho de Huelva. Su estilo en el toreo, sus maneras de hacer los pases, de concebirlos y de crearlos, no han tenido antecesor definido. La forma es personalísima y propia. Tal vez haya quien recuerde, viendo torear al «Chamaco» en algunos momentos, al diestro de Triana que tiene por nombre Juan, pero en el inverosímil terreno que el novillero onubense dibuja sus pases sus lances y sus muletazos, no ha tenido, hasta ahora, predecesor alguno.*

*Aquí está, pues, siguiendo la serie de biografías taurinas que presenta EL ESPAÑOL, la vida íntima de Antonio Borrero, «Chamaco», un novillero de Huelva que está conquistando España.*

—Papa, ¿puedo ver al niño?

—Anda, entra; pero no hagas ruido.

Y María se ha estado muy llamada y muy quieta un buen rato, mirando silenciosamente al infante, que duerme junto a la madre.

—¿Cómo le vamos a llamar, mamá?

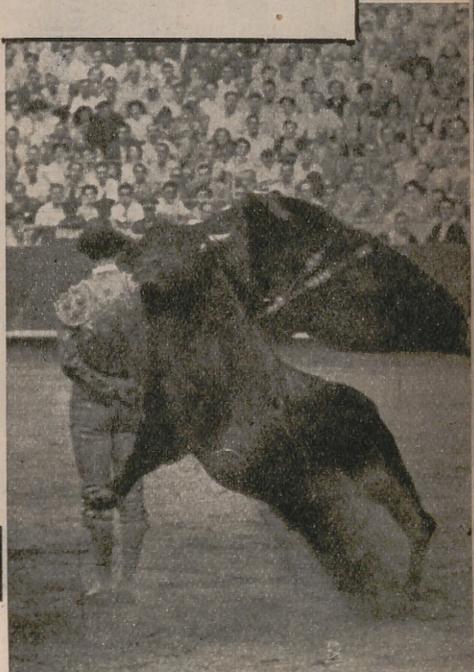
A los pocos días, en la iglesia del Polvorín, cercana a la casa, el sacerdote bautizó para el mundo de los cristianos a un recién llegado. Antes había preguntado al padrino:

—¿Cómo se llamará el pequeño?

—Antonio.

—Yo te bautizo en el nombre

Una actuación de Chamaco en la plaza de Barcelona



cesta que le cuiden mucho. No hay en el barrio chiquillo más revoltoso, más inquieto ni más peleador. Antonio, con seis años recién cumplidos, es el «jefe» de una «banda» que anda a pedradas con los vecinos de otros lugares de la misma edad.

Por eso, una noche, allá por los comienzos del otoño, el padre, que era mecánico de la Empresa de Riotinto, después de regresar del trabajo habla con su mujer:

—¡Juana!

—¿Qué hay, Francisco?

—¿Dónde está Antonio?

—Jugando con los otros muchachos.

—Bueno, pues desde primeros de mes irá todos los días a la escuela. Ya he hablado yo con el maestro y hemos quedado que así sea. A ver si en el colegio consiguen que este chico se esté quieto.

Cuando llega Antonio, despeinado y sucio, del batallar continuo, su madre le comunica la noticia.

—Bueno, madre, pues me tendrás que comprar una pizarra —fué la respuesta.

Y comenzó luego a aprender las letras, a escribir palotes, a leer de corrido y a saberse la enciclopedia. Estudia el colegial entre la vigilancia del padre y los esfuerzos del maestro. Pero a medida que va pasando el tiempo se va olvidando, en cierta manera, de los libros para ir cogiendo una nueva sapiencia: la del toro. Mas eso está lejos todavía, porque antes ocurrió lo del cine y lo de la descabradura.

#### LAS BATALLAS DEL CINE Y LA GUERRA DE LOS CAMPOS

Los domingos, Antonio, que ya tiene cerca de nueve años, y con el dinero que le dió la madre—modesto es el capital—al cine. Se reúnen los amigos, de la misma edad y de la misma clase, y se estacionan, desde una hora antes, en la taquilla de cualquier local del barrio.

—¡Hoy echan una de tiros muy buena. ¿Queréis que vayamos?

Entran los primeros, que para eso lo están desde hace una hora, y se sientan en la delantera de las entradas de «arriba».

Tarda un poco en empezar la proyección, y la cuadrilla comienza a manifestarse ruidosamente contra el piso del local. El acomodador es categórico:

—El primero que vuelva a meter escándalo va a la calle.

Hay un pequeño silencio, reforzado y sostenido por la oportunidad momentánea del comienzo de la película.

Después de los complementos viene la buena, la importante, la que han ido a ver Antonio y sus amigos, la de tiros y la de la emoción. Cuando hay puñetazos, las voces son animadoras:

—¡Dale! ¡Fuerte!...

Y la algarabía es tan gigantesca, que las protestas de los otros espectadores van siendo cada vez más rotundas.

La luz de la linterna del acomodador va y viene.

De repente, en el patio de butacas han comenzado a caer ob-

jetos extraños. Cáscaras de frutas y cosas semejantes. Siguen las voces animadoras.

—¡Venga! ¡Dale!...

Y los de abajo reclaman la expulsión de aquella tropa discolia y alborotadora.

Uno por uno van saliendo a la calle. Uno por uno, menos Antonio, que fué sorprendido en el momento de arrojar algo no aéreo. Antonio llegó a su casa conducido por un guardia municipal. Y multa hubo, pues. Desde tal día estuvo terminantemente prohibido despachar entradas en aquel mismo cine para Antonio Borrero, verdadero terror de las pantallas.

La señal de la segunda parte está en la cabeza. Allá por los descampados, cuando aparece Antofito es como si apareciera la guerra. Chiquillos de su aproximada edad que se ponen enfrente, pedrea organizada que resulta. Pero una vez, iniciada la acción, no se conto con los esfuerzos del enemigo. Y las piedras comenzaron a caer en tan gran número y calidad sobre las espaldas de los iniciadores, capitaneados por Antonio, que se imponía la retirada. Al principio la marcha hacia atrás era paulatina y disimulada. Pero pronto hubo que correr con toda la fuerza de las piernas. En plena desbandada, algo silba por el aire. Se oye un ruido y se ve el cuerpo de un huyente que cae a tierra. Se lleva la mano a la cabeza y nota sangre. Pero no debe de ser muy grave, porque al instante se ha levantado y vuelve a emprender la carrera. Ya lejos de la distancia de los proyectiles, Antonio se limpia en una fuente. Por el cuello le ha escurrido la sangre y lleva la camisa manchada. Quiere lavarla, pero el efecto es contrario; una gran mancha rojiza se extiende por la tela.

Al llegar a casa hubo doble dolor: de un lado, el de la pedrada; de otro, el que proporcionó el padre con un palo. Porque era ya la centésima vez que la escena se repetía. La madre sólo suspiraba:

—¡Este hijo me va a quitar la vida!

Sin saber que luego más adelante, le quedarían tardes amargas, de rezos y plegarias, mientras su Antonio, por otro nombre Chamaco, cortaba orejas en los ruidos, encendía ovaciones en los tendidos y salía a hombros por las puertas grandes de las plazas de toros.

#### A LOS DIEZ AÑOS YA TOREA UNA BECERRA

Diez años ha cumplido Antonio. La familia se ha visto aumentada con una nueva hermana, Paquita, que ha venido a ser la pequeña mimada del hogar. Más adelante vendría el último, Sebastián, que hoy tiene a orgullo ser hermano de su hermano. Con tal motivo Antonio goza de un poco más de libertad. Aunque cuando no la tenía ya se la tomaba él por su cuenta.

La asistencia a las clases de la escuela no fué nunca muy perfecta. Siempre era buena la ocasión de irse al cine, o al campo a organizar batallas, o a torear a los chiquillos por las calles y por las plazuelas. Porque a An-



Chamaco personifica toda la imponente seriedad del toro

del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Hubo luego convidada.

#### EL MUCHACHO MAS REVOLTOSO DEL BARRIO

Han pasado cinco o seis años desde que el segundo retoño de la onubense familia de los Borrero viniera a este mundo. María, la hermana mayor, tiene ya nueve y ayuda—en lo que puede—a la madre en las faenas de casa. María hace los recados, barre la cocina, aprende a coser en trapos sueltos y cuida, cuando la dejan, de su hermano menor.

Porque su hermano menor ne-



Mientras se viste de luces, reza a sus vírgenes predilectas



El torero, sorprendido por el fotógrafo, en dos momentos de su vida íntima

tonio le ha entrado ya el «duende» del toreo en el cuerpo y el profesor en el alma, bajo el nombre de Manuel García Aguirre, que hoy es su mozo de espadas.

Manuel Aguirre — un andaluz con sangre vasca en la familia— está empleado en el Matadero de Huelva. Es amigo de Antonio. Juntos hablan de toros, de ganaderías, de toreros y de estilos. Antonio, la verdad, no sabe qué es un estilo. Y Manolo se lo explica:

—El estilo es, pues qué te diría yo... La forma, la manera de torear.

—Pero, ¿no están ya los pases en el toreo para hacerlos en las corridas? Un natural es un natural y un pase de pecho siempre será un pase de pecho...

—No es lo mismo. Unos dan el pase de pecho más despacio, otros abren más las piernas y estiran el brazo. Es como si tuvieras una voz interior que te fuese enseñando las cosas.

—Bien, Manolo; yo haré mis faenas en las plazas de toros como Dios me dé a entender, como Dios quiera que sean. Y esa será mi inspiración. No la habrá mejor, te lo aseguro.

En aquel instante quedó concertada la prueba: Antonio Borrero, diez años, un «chamaco», torearía una de aquellas noches, por primera vez en su vida, una becerra del Matadero.

—Dentro de cuatro días, que llegará una partida de ganado. Aquella semana, Antonio torea, por las calles y plazas, más críos que nunca.

—Hay que entrenarse, no hay más remedio—piensa el futuro novillero.

En el día señalado, Antonio dice en casa:

—Madre, esta noche vendré un poco más tarde. No os preocupéis, que estoy con Manolo sentado al fresco.

Manolo Aguirre, que tenía un capote y una muleta de su propiedad, le espera dentro del Matadero. Por tanto, hay que empezar a la manera clásica: saltando la tapia.

—¿Antonio?

—Aquí estoy.

—Vamos a separar una becerra.

En el corral del Matadero de Huelva, Antonio está solo frente a la becerra. Va a ensayar toda su teoría incipiente de pases asombrosos, de pases que, más tarde, enloquecerán a los públicos.

—¡Eh, toro! ¡Eh, toro!...

No es lo mismo pensar que torear, y el resultado: al principio no es muy brillante. Pero luego, con la confianza, surgen esos muletazos dictados por la voz interior que deseaba Manolo. «La voz interior que te va diciendo las cosas.» Al final de la prueba, el éxito, en el juicio del profesor, es definitivo y claro:

—Tú serás, Antonio, el torero más grande que vieron los tiempos.

#### UNA LECCION DE TAUROMAQUIA A LA LUZ DE LA LUNA

Pero el aprendizaje es duro y peligroso. Hay que tocar, tener junto a uno y vencerlo ese peligro que tanto gustará al novillero de Huelva. Cuando no hay padrinos ni conocimientos, los muchachos, si quieren llegar, han de ir a torear al campo y a las dehesas toros sin escoger, toros libres que pastan en las marismas impávidos y pausados, como esperando que llegue el destino. Y el destino ha llegado; tiene por nombre Antonio y por apodo «Chamaco», que ya se conoce al hijo de la señora Juana por el remoquete.

La ganadería de Prieto de la Cal es ancho campo de operaciones. Y también—¡cómo no!—todos los cortijos casi de la Andalucía entera.

—Mañana, Antonio—dice Juan Pérez Recio, un amigo de Chamaco—, iremos a Niebla, a un cortijo, que han venido unas vaquillas muy decentes, a dar unos capotazos.

La luna está grande en el cielo, encendiendo los espacios. Con el tiempo deseado llegan tres novilleros—Antonio Borrero, Juan Pérez Recio y otro amigo forman el trío—al lugar. Descansan en la cuneta lo justo.

—Aquél es.

El campo del cortijo está poblado de manchas oscuras: toros.

Más lejos, la estampa berrenda de un ejemplar con peso recorta la penumbra.

—Vamos con él.

Juan está al quite.

Antonio, transformado casi en Chamaco de cuerpo entero, quiebra y se estira, perfila y explica su lección de tauromaquia. Hay una ovación solitaria en el campo de los únicos espectadores y compañeros.

Sentados están ahora, reposando, en una peña. De repente, en el claroscuro, unas manos férreas y seguras se posan por la espalda en los hombros de los muchachos.

—Vaya, ya os he cogido. Ya era hora. La Guardia Civil se encargará de vosotros. ¡Andando!

Había hablado el mayoral del cortijo. Allá van por el camino, enganchados por la fuerza del mayoral, los tres torerillos tramplados en delito. Han llegado al cuartel de la Guardia Civil.

—¿Qué les pasa a éstos?

—Toreando en el cortijo.

—Bueno. Metedlos en el calabozo, que ya veremos lo que se hace con vosotros.

Los cuartelillos de la Guardia Civil de todos los pueblos anaqueles se saben, desde que se inventó el toreo, más que de memoria la escenna. Y los guardias, que se van renovando, también la conocen. Por eso se toman las cosas con filosofía.

Dentro, ya en el cuarto, encerrados, Antonio y Juan hablan en voz baja.

—Oye, Antonio, que yo no quiero que se enteren en mi casa.

—Calla, que esto tendrá un remedio.

Por la ventana, alta, entra la luz de la luna y sombreá el pavimento del calabozo.

Antonio se empuja. Mira por el ventanuco.

—¿Está muy alta?

—Juan y tú, por aquí...

Casi cinco segundos llevó la operación. Por la carretera de Niebla a Huelva—cuarenta kilómetros es la distancia—corre



Es tarde de corrida y Chamaco comienza a vestirse...



... antes ha preparado este altar-cito y una «mariposa»

sin dar descanso tres aficionados escapados del cuartelillo. Apenas han vuelto la cabeza hasta llegar a la capital. Cuando entran en la ciudad se sientan un rato a reposar el esfuerzo de la carrera. Sólo hay un comentario breve, lacónico, rotundo y preciso, del que luego sería famoso.

—Las cosas que pasan, Juanito, las cosas que pasan...

#### UN ESPONTANEO CON GORRA DE VISERA Y GABARDINA

Otras veces la acción de torear hay que ejecutarla como simple espontáneo. Y eludir, por tanto, los peligros externos e internos.

Torea Manuel Aguirre una novillada en un pueblo de la provincia de Huelva. De acompañante lleva a su inseparable amigo, casi hermano, Antonio Borrero «Chamaco».

—En tu novillo me voy a tirar —dice Antonio.

—Muy bien. Yo te haré una seña.

Ya está la res el ruedo artesano.

—Ahora, Antonio.

Un pase estupendo de muleta, otro muy quieto, otro y un remate. Como final, la ovación de la multitud.

—De prisa, al callejón—advierete Manolo.

Los guardias buscan al espontáneo. Pero es difícil de encontrarle. Cualquiera diría que aquel muchacho moreno, con gorra de visera y gabardina, apoyado contra el muro del callejón, estático y desentendido de lo que allí ocurre, es el torerillo que antes entusiasmó a los espectadores. Los guardias pasan y repasan por delante de Antonio. Al fin desisten. Una vez más, el peligro fué vencido.

De vuelta para casa, Manolo bromea:

—No he visto yo nunca un torero con gorra y gabardina. Parecías un inglés.

Antonio sonríe. Mientras va haciendo repaso de las corridas en que fuera espontáneo, de los cortijos asaltados de noche, de las ganaderías visitadas sin permiso.

Y dentro de su laconismo, de su hermética presencia, que se va cada vez haciendo más silenciosa, Antonio Borrero «Chamaco» responde:

—Tengo que torear en Huelva. Manuel, tengo que torear en Huelva...

#### UN FENOMENO DE HUELVA PARA HUELVA

Manuel García Aguirre, el empleado del Matadero cñubense, ha ido a visitar a don Miguel Moreno, empresario de la plaza de toros de Huelva.

—Digan a don Miguel que está aquí Manolo Aguirre.

Don Miguel Moreno ya conoce, por la necesidad de las relaciones profesionales en el Matadero, a Manolo. Y al poco tiempo sale la respuesta:

—Que pase.

Don Miguel es joven—apenas treinta y dos años—, fuerte y con un aspecto optimista y alegre que da confianza al que le habla.

—Buenos días, don Miguel.

—Qué hay, Manolo. Tú dirás.

—Don Miguel, tengo un fenómeno. Don Miguel..., un fenómeno. Tiene usted que darme una novillada.

—¿Cómo se llama ese nuevo Belmonte, muchacho?

—Chamaco. Antonio Borrero «Chamaco»...

—¿Y en dónde ha toreado esta maravilla?

—Conmigo, don Miguel, y es el mejor torero del mundo. ¡Cuando yo lo digo, don Miguel!...

—Está bien, Manolo. A prime-

ros de mayo toreará una novillada aquí, en la plaza de Huelva.

—Gracias, don Miguel, muchas gracias.

A Manolo le falta tiempo para dar la noticia a Chamaco.

—Antonio, el 3 de mayo torearé en Huelva. Hay que buscar, sin falta, un capote nuevo y un par de buenas muletas.

Antonio se ha quedado pensativo. Piensa en ese momento nada más que en el toro. Y se jura para sí mismo que la oportunidad no será desaprovechada.

Luego, la noticia en casa. Lágrimas, ruegos, amenazas... Todo inútil. El 3 de mayo Antonio ha ido a misa muy temprano, ha rezado mucho a la Virgen de la Cinta y se ha acostado a descansar hasta el momento de la corrida.

En el barrio, las comadres comentan:

—Esta tarde torea el hijo de la señora Juana.

—Pero ¡si ese muchacho es casi un niño!

Casi un niño, Antonio Borrero «Chamaco» corta dos orejas y un rabo en la primera novillada de su vida.

Y cuando regresa, triunfador, de la plaza hay un beso muy fuerte para su madre y unas palabras sinceras:

—No llores, madre, que todos los sanos del cielo me protegerán. Yo ganaré mucho dinero para ti, para padre y para mis hermanos, y ya no se pasarán más necesidades en esta casa. Te lo prometo, madre.

Antonio Borrero «Chamaco», héroe del barrio del Matadero desde aquel instante se durmió muy tarde pensando en futuras faenas insospechadas a los más difíciles y cornalones toros de lidia.

#### DIECINUEVE NOVILLADAS SEGUIDAS EN BARCELONA

Desde aquel instante don Miguel Moreno va a ser apoderado de Chamaco y su consejero y guía fuera de casa. Los padres le han recomendado al hijo que —¡qué se le va a hacer!— va a ser torero.

—Don Miguel—había la madre—, tenga usted mucho cuidado de mi Antonio. Que es muy joven, no le vaya a pasar algo.

Casi al mes justo, el 4 de junio de 1953, Chamaco hace su presentación con picadores en la plaza misma de Huelva. El día del Corpus otra vez, y así hasta ocho novilladas, todas en Huelva, en la temporada pasada.

Durante el invierno don Miguel da los consejos.

—Hay que prepararse para la temporada que viene, que será la nuestra, la definitiva.

Se limpian las muletas, se repasan los trajes de luces y se completa el equipo de torear. A empezar, después del frío, la tem-

PANIZA, SEGOVIA, CAMPOS DE LA ALMUNIA, CAMPO DE CRIPTANA

son los títulos de las CANCIONCILLAS de Ildelfonso Manuel Gil, que se publican en el número 30 de

**POESIA ESPAÑOLA**



La tarde torera terminó triunfalmente y Chamaco recoge los trofeos ganados por valor y por arte

porada en Málaga, para en seguida presentarse en Barcelona. Y ya en Barcelona, el delirio.

Diecinueve novilladas seguidas, hasta ahora, lleva toreadas Chamaco en Barcelona. Una marca que nadie ha igualado. Y por las calles, por las plazas, en las terrazas, en los bares y en las tertulias una sola palabra y un solo nombre: Chamaco.

La calle de Zurbano, en donde se hospeda el torero, es el escenario de la repetida escena de la vuelta de la plaza. A hombros salió el matador y trae el traje, tabaco y oro, casi destrozado. Ya viene a pie por la estrecha calle, rodeado entre la gente que hace más de una hora espera verlo llegar. Apenas puede andar entre el gentío. Camina despacio, despeinado y sudoroso hacia la puerta del hotel. Con su cara morena y angulosa, como si personificase toda la imponente seriedad del toreo, el Chamaco mira a la gente. En sus ojos hay, a la vez, una sensación de agradecimiento y un recuerdo de la inspiración propia. Es como si se hubiesen armonizado en un momento los dos grandes resortes de la fiesta de toros: el público y el torero. En la mirada profunda del Chamaco hoy, en definitiva, la señal de la conquista, el brillo que la victoria proporciona a los elegidos.

#### CINCUENTA MEDALLAS Y MÁS DE CIEN ESTAMPAS DE LOS SANTOS

No queda más de Chamaco, de ese novillero de Huelva que ha competido en el recuerdo con Juan Belmonte, una faceta honda, humana y grandiosa: su profunda religiosidad.

En el día de la corrida, en un simple vaso de vidrio tosco, una lamparita alumbraba el centenar de estampas de imágenes, las cuatro o cinco tallas y cuadros de Virgenes y santos del cielo, y las cincuenta o sesenta medallas que



Antonio Borrero, con su cuadrilla, en la capilla de la plaza antes de salir al ruedo

se desparraman por la mesa.

Prendido de una cadena que pende de su cuello, media docena de medallas de plata o de otro metal guardan simbólicamente la integridad física y religiosa del matador.

Antes de salir para la plaza todas y cada una de las imágenes de las estampas y de las medallas son besadas con fe profunda.

—Dios, la Virgen de la Cinta y toda la comunidad de la corte celestial me protegen—ha dicho el Chamaco.

La última oración, de pie en el cuarto del hotel, es enlazada con la de la capilla de la plaza. Luego, en el ruedo, es cierto que toda la corte celestial le protege.

\* \* \*

Esta es, así, la íntima biografía

de Antonio Borrero «Chamaco», un novillero con diecinueve años, de Huelva, que ha revolucionado Barcelona, porque ha revolucionado el toreo.

Una revolución tan grande y tan profunda que es suficiente para que su apoderado pida a la Empresa de Madrid por torear Chamaco en la plaza de las Ventas medio millón de pesetas. Y que tal vez la Empresa de Madrid se lo conceda. Porque a los superfenómenos, a los que sólo aparecen una vez en la vida, lo importante es verlos con los propios ojos, sentirlos junto a uno y conocer sus modos, sus maneras y sus hechuras. Que lo demás, aunque sea lo más, es muchas veces lo de menos.

José María DELEYTO

Pág. 59.—EL ESPAÑOL

# AVENTURA Y CREACION

**H**EMOS considerado suficientemente el puestto que se ha de conceder a la aventura, para un justo equilibrio en la vida pública y social? Esta pregunta resulta algo confusa y germánica, pero nos explicaremos. En nuestra relación con la juventud—y queremos decir con aquellos compañeros que tienen unos cuantos años menos que nosotros, a través de la Escuela Oficial de Periodismo, Sección de Barcelona—hemos observado una gran vocación a la aventura, una cierta rebeldía contra lo que Villaspesa denominaba «presidio de la normalidad», entre los jóvenes más valiosos, entre los mejor dotados, entre los que poseen mayor ímpetu y generosidad. Hay, pues, en la actual juventud española una demanda de aventura, de azar, de riesgo. ¿Hacemos lo que nos es posible para satisfacer esa demanda o, por el contrario, nos parece mejor imponer a todos los jóvenes caminos trillados, sin opción para la fantasía y las «bellas atrocidades», que, en tantas ocasiones, son fecundas y creadoras? La aventura es una necesidad y al mismo tiempo un aire mañanero y fresco que anima esos fuegos sagrados del buen sentido, las opciones, el negocio de papá, etc., con un contraste idealista, purificador, audaz y generoso.

A nosotros llegan por esas fechas, anteriores al próximo curso—y pienso concretamente en Juan Aparicio y en su inmediato colaborador Juan Beneyto—oleadas de jóvenes valiosos que intentan penetrar en el periodismo, atraídos por lo que en el periodismo hay o puede haber de lucha, de inseguridad, de riesgo, de defensa de la sociedad frente a todos los abusos, de información y servicio al hombre de la calle, al hombre anónimo, etc. Siempre la aventura ha tenido una estrecha relación con las concepciones caballerescas y sacrales de la vida. Don Quijote es el arquetipo de la aventura y al mismo tiempo de lo caballeresco llevado a los extremos más insospechados. Pero también podríamos rastrear el impulso, la atracción de la aventura en Cristóbal Colón y en los treinta millones de emigrantes, que luego le siguieron hacia el Nuevo Mundo. Estos emigrantes marchan movidos, muchos de ellos, por un simple afán lucrativo o económico; pero otros muchos van impulsados por un ideal religioso, por una fuerte discrepancia con el viejo continente, por una aspiración a una mayor justicia. En las épocas de plenitud el aventurero es en toda ocasión un cruzado; cruzado del ideal religioso o bien de un ideal social y colectivo. En los

tiempos atormentados, en déficit de grandes ideales, el aventurero puede ser un gangster, un delincuente, un Don Juan. Lo que queremos anotar es que anida en el corazón humano, como hecho natural, la necesidad del riesgo, la atracción de lo imprevisto.

A nosotros llegan, repetimos, por nuestra profesión, por nuestra actividad, muchos jóvenes movidos por el impulso caballeresco y religioso del peligro, seducidos por la inseguridad, amantes de la aventura. Nuestra responsabilidad está en poner ese afán creador y poderoso hacia lo desconocido al servicio de los ideales que sostenemos. Conviene que estos hombres no se encuentren en crisis de convicciones y de creencias, y que por mantenerse firmes en un ideal puedan sentirse en su atrayente camino, filtrado de riesgos, unos cruzados, unos caballeros. Nuestra misión, en cierto sentido, es también la de cotizar y hacer cotizar, la de valorar, la de ordenar, y valga la paradoja, la necesidad de aventura de ciertos sectores de la juventud.

Algunas veces hemos dicho que frente a aquellos que consideran al capitalismo—aquí, entre nosotros—como el simple resultado de la acumulación de unas plusvalías que debieran haber pertenecido a los trabajadores y, en consecuencia, como un robo dentro de la legalidad, nosotros vemos en la iniciativa privada, en el capital privado, un servicio social y público, pues únicamente con su colaboración podremos lograr el alto nivel de vida que todos anhelamos para España. Si pensamos así, no es tan sólo por razones de política social y económica, sino también por sugerencias poéticas. El gran empresario tiene un poderoso atractivo humano. Sería absurdo ver en el capital privado el simple móvil del lucro, el único impulso del «hacer dinero». En la biografía de todo gran «capitán de industria» podremos descubrir facetas románticas, una atracción misteriosa por la dificultad y el riesgo. El futuro capitalismo español, socialmente avanzado y progresivo, requerirá, pues, de los hombres, que a pesar de su prudencia y de su formación tienen gusto al peligro, que necesitan la aventura y la confianza en sí propios para vivir. He aquí por qué el Estado debe cuidar también a los jóvenes estudiosos que resisten al escalafón. Nuestra vida social y política necesita y necesitará de ellos, como impulso dinámico, como creación, siempre que su aventura sea una aventura caballerosa, movida por altos impulsos de prosperidad común. Entre tanto, nosotros, en la Escuela Oficial de Periodismo, en sus dos secciones, entre otras cosas, creemos que somos como una aduana para algunos hombres de valor, de calidad intelectual, de indiscutible fuerza moral, que aman el riesgo y que quieren ejercitarlo en los terrenos que sean, el primero de ellos en el de la información, al servicio de los ideales comunes que unen a todos los españoles.

Claudio COLOMER MARQUES

En el número 30 de

## POESIA ESPAÑOLA

encontrará las siguientes firmas:

- Manuel Alvarez Ortega, Joan Arus, Jorge Blajot, S. J.; Fausto Botello de las Heras, Ramón de Garcíasol, Pío Gómez Nisa, Ildefonso M. Gil, José María López Abellán, Esteban A. Peicovich, Victoriano Rivas Andrés, S. J.; Rafael Romero Moliner, Emilio Rubio, José María Sánchez-Silva, Miguel de Salabert, Apolinar Héctor Sosa, Dora Varona y Juan Antonio Villacañas.

Precio del ejemplar: DIEZ PESETAS

Administración: Pinar, 5. Madrid

## ¿Por qué se cae el pelo?

Salvo los casos en que sucede por infecciones, o a consecuencia de padecimientos nerviosos, altas fiebres, etc., en los casos en que se cae porque sí, nadie lo sabe.

Desconcierta observar que, mientras en la parte alta de la cabeza, el pelo desaparece, en los lados, cejas, barba, sigue más abundante y fuerte y en muchos casos, en los espacios calvos quedan algunos pelos que no se comprende cómo han resistido a la calvicie. Todos los tratamientos para hacer que el pelo salga fracasan, y la gente suele reírse cuando se asegura lo contrario.

Pero hay otros casos (pequeñas infecciones locales, seborrea, exceso de caspa, pelos débiles y sin brillo, etc.) en que se consigue mejorar y evitar que se caiga, con LACION AZUFRE VERL, producto preparado bajo la dirección de un Farmacéutico. No hace salir el pelo, hablando seriamente, pero con frecuencia evita ser calvo y, desde luego, conserva el pelo limpio, sin caspa ni picor.

# ESTRELLAS SOBRE SAN SEBASTIAN

EL PRIMER FESTIVAL INTERNACIONAL DEL CINE SE CELEBRARA CON ENORME EXITO DE ESTRENOS Y ASISTENCIAS

La crítica nacional y extranjera distingue a la mejor película española



Grupo de artistas asistentes al Festival Cinematográfico de San Sebastián. De izquierda a derecha: María Piazzal, Kenneth Mannhardt, Lotte Koch, Werner Fuetterer, Lina Rosales, Marika Rok, Ingeborg Körner y Nini Montían

LA segunda semana internacional de cine de San Sebastián o Primer Festival Internacional del Cine, que es como oficialmente se llama, se ha celebrado con enorme éxito de estrenos, asistencias y lujo. Se trata de dotar a España de un Festival cinematográfico famoso, de los que atraen mucho turismo y realzan el cine nacional—como los de Venecia y Cannes—, y aunque aún es pronto para darlo por plenamente logrado, el empeño está en marcha y en su segundo año de realización. Por lo pronto, la Federación Internacional de Productores concedió a su debido tiempo la categoría B al presente Festival, desde la que no faltan sino un par de escalones para ascender a la primerísima. Todo se andará.

Catorce películas han sido proyectadas: «Viento del Norte», española; «Máscara azul», alemana; «El abuelo», argentina; «Julietta», francesa; «Cuando me vaya», mejicana; «Sierra maldita», española; «Maddalena», italiana; «Por su rey y por su dama», norteamericana; «Camino sin regreso», alemana; «Le Grand Pavois», francesa; «La patrulla», española; «Intriga en las carreteras», inglesa; «La historia de

Drayton», inglesa; «La danza de los deseos», española, amén de diversos documentales de varios países.

Fiestas, las que se quiera, desde novilladas hasta bailes con actuación de las mismas artistas asistentes, desfiles de modelos y joyas, etc.

Brillantez en los locales de estreno, de recepción, buen gusto, nubes de admiradores.

## UN BUEN REPERTORIO DE ESTRELLAS

La gente se quejó al principio de que venían pocas figuras al Festival. Los enterados, sin embargo, dicen que eso ocurre en todos los primeros días. En Cannes, por ejemplo, solo Olivia de Havilland representaba Hollywood, según el secretario nacional del Sindicato del Espectáculo, señor Echarri. El caso es que poco a poco se fué reuniendo en San Sebastián un buen repertorio de ases. Por Estados Unidos, los actores Gloria Swanson, Lois Wilson y Peter Damon, y algún periodista; por Argentina, el delegado Alberto Souffer y los artistas Laura Hidalgo y Narciso Ibáñez Menta; por Méjico, el delegado Angel Ibarra, el director de «Cuando me vaya», llamado



Marika Rok con su marido, el famoso director Jacobo, a su llegada al Victoria Eugenia

Tito Davison, y el actor Tito Junco; por Francia, los artistas Jean Chevrier, Jacquelin, Plessis, Nicole Maurey y Dora Doll y el productor de «Julietta», M. Pierre Braunberger; por Alemania el presidente de la Asociación de Actores y jefe de la delegación, Werner Fuetterer, Marika Rokk con su marido, el director Georg Jacobyl y las también actrices Lotte Korch, Ingeborg Korner y Renate Manhard; por España, Lina Rosales, Nini Montían, Paquita Rico, Susana Canales, Julio Peña, Rafael Arcos, los directores Florián Rey, Antonio del Amo, Antonio Momplet, Arturo Ruiz Castillo, los productores Casáreo González, Vicente Salgado y Sirio Rosado.

Olvidáramos a Marion Mitchell, la francesa que acaba de hacer en España «Sor Angélica», y la italiana María Piazzal, la italiana descubierta en España con la película «Viento del Norte». Elena Espejo y Virgilio Teixeira estuvieron unas horas, porque más tiempo no han podido ausentarse de Lecumberri, donde están rodando «Zalacain el aventurero».

Y a última hora aparecieron Francisco Rabal, José Suárez y Carmen Sevilla.

## MARIA MITCHELL CORRIO EN EL ENCIERRO DE SAN FERMIN

La delegación más sericita y perfecta es la alemana. Se mueve siempre al son que toca su jefe máximo. Marika Rokk, intérprete de «Máscara azul», es simpática, y con su agilidad de bailarina húngara rompe un poco la monotonía de su delegación. Al llegar a Irún, al puente internacional, lo primero que hizo fué



Virgilio Teixeira, su esposa y Elena Estejo van a pasar bajo las espadas

saludar a España en la mejilla de un aduanero. ¡Hacia tanto tiempo —dijo— que no había estado en España! Dice que en América aprendió a bailar danzas españolas y que le va a pedir a Paquita Rico que le enseñe unas pocas más.

Marion Mitchel es una francesa muy pizpireta y valiente. Antes de venir a San Sebastián ha estado en Pamplona y ha corrido delante de los toros vestida con un pantalón negro. Si no, no veía la manera de alternar con la muchachada navarra. ¡Son tan tímidos! Por todo eso de los toros dice que lo que más le ha impresionado de España han sido los San Fermín. ¡Qué duda cabe!

El que sorprende por su perfecta pronunciación del castellano es Walter Feutterer. Pero esto tiene su explicación: estuvo once meses en Guatemala, donde deb en enseñar estupendamente la lengua materna, porque Feutterer la conoce a fondo, sin acento y comprendidas las palabras más difíciles.

#### A GLORIA SWANSON LE GUSTA EL PAN CON AJO Y MANTEQUILLA

Pero en esto de toros, la que ha dado la nota ha sido la gloria del cine norteamericano, la gloriosa Gloria Swanson, quien asegura:

—España ha dejado en mí alma una huella que perdurará toda mi vida. Quiero adoptar al

torero Rafael Mariscal. El muchacho ha hecho vibrar mi fibra sensible. Tiene diecisiete años y me dedicó un toro en la primera corrida a la que asistí en Madrid. Quise adoptarlo, pero le puse como condición que dejase los toros, y rehusó. Yo hubiese sido feliz llevándome a Rafaelito a los Estados Unidos a mi casa. Allí hubiera vivido conmigo y con mis hijos como uno más. Pero sólo ha prometido visitarme.

Gloria Swanson dice que de España también le ha entusiasmado el «Talgo», lo cual, si no es nuevo entre extranjeros que nos visitan, ya es algo menos manoseado que los toreros.

Pero la delegación más inadvirtida es la norteamericana Peter Damon, junto a Gloria Swanson, Vic Rueda, al lado de Lois Wilson, llegan al cine, entran en un palco, ven la película y se marchan sin que se sepa ya más de ellos.

Nos han asegurado que Gloria Swanson se pasó la noche de la fiesta en el tenis untando pan con ajos picados y mantequilla. Luego pidió «wodka», y como no había, se fueron todos.

#### «VOY A TENER QUE TOMAR EL SOL DE PIE»

El domingo día segundo del Festival, hizo un tiempo magni-

El matrimonio Julio Peña y Susana Canales

fico y todo el mundo fué a la playa, menos los americanos, que se fueron a Igueldo. Cuando salían del Ayuntamiento, Julio Peña vió la playa en marea alta y sentenció:

— ¡Qué barbaridad! Parecen un montón de hormigas.

Tito Junco, que le acompañaba, afirmó:

— Voy a tener que tomar el sol de pie.

Pero de pronto se acordó de que no tenía entradas para la novillada de la tarde y temió una escena familiar. Se lanzó como loco a buscarlas. Su mujer, la hermosa Laura Hidalgo, es una gran aficionada taurina.

Sorprende la modestia de Marika Rökk. Cualquier artista del tres al cuarto ha trabajado seguramente en más películas que ella. Marika sólo indica 22 títulos. Dice que no le gusta hacer más que una película por año para hacerla bien. Casi todos sus títulos son musicales. Georg Jacoby, el extraordinario director alemán, sonríe al lado de Marika cuando ésta hace sus declaraciones a la Prensa. El, por su parte, dice que en Alemania no van bien las cosas del cine, que hay mucho miedo de meterse en grandes aventuras, porque no cabe el fracaso: no hay manera de reponerse de él. Y por eso se hacen cosas exclusivamente «comerciales».

Marika Rökk ha aprendido a decir «ole» y «torero». Para el año que viene aprenderá la palabra «Talgo». Ingeborg Korner dice «Mucho gracias», a pesar de tener en Werner Feutterer un buen maestro de castellano.

#### CESAREO GONZALEZ QUIERE QUE EL FESTIVAL TRIUNFE

Tito Junco, que choca por su extraordinaria altura, suele decir que a él y a sus hermanos su padre sólo les pegó en defensa propia.

José Luis Sáenz de Heredia está en el más reciente y lujoso hotel de San Sebastián, el del Tiro de Pichón, en Gudamendi. ¿Le gustará hacer apuestas? Porque todavía no ha aparecido por el Festival.

En cambio, a Lola Flores se la





Maria Piazzai, la actriz italiana descubierta por el cine español, protagonista de «Viento del Norte»

espera como a una tromba; viene con seis o siete de familia.

A Mario Cabré, perejil de todas las salsas, se le echa en falta hasta por parte de las guapas, porque es un buen compañero.

En los primeros días hubo pocas figuras del cine español. Pero Cesáreo González se encargó de «fletar» a unas cuantas hacia San Sebastián. Quiere defender este Festival a toda costa. Le interesa a la industria española del cine que triunfe.

Don Manuel Casanova, jefe del Sindicato del Espectáculo y principal organizador del Festival, ha dicho, contestando a ciertos rumores que pretendían buscar otra ciudad para el acontecimiento, que «se puede ya considerar a esta capital como la sede definitiva». Pero pide más colaboración por parte de la ciudad, porque del millón de pesetas que cuesta la organización, 800.000 las han puesto diversos organismos nacionales.

Pero volvamos a los artistas, que es lo que le interesa a la gente.

#### MARIA PIAZZAI, UNA ITALIANA IMPRESIONANTE

Maria Piazzai es una italiana impresionante, protagonista de una película española. Es morena y temperamental. Lo que más le desagradaba en España es la paella, porque le gusta tanto y tanta como, que luego le hace daño. ¡Qué cosas, señores, tienen que contar a la Prensa estas cabezas locas! Pero es modesta. Entre las estrellas italianas, ella se autocoloca en último lugar.

Su película «Viento del Norte» parece que ha gustado. De «Sierra maldita» se decía tanto que era muy buena, a secas y rotundamente, que su director, Antonio del Amo, ha pasado un medio tremendo. El productor Sirio

Rosado tiene en proyecto una serie de películas de ambiente netamente español, tomadas en escenarios naturales y rehuyendo el folklore. Lo de trabajar en escenarios naturales sin fingir nada, ni siquiera la nieve, lo han tomado tan en serio que, según cuentan, Lina Rosado tuvo que rodar en pleno mes de enero, a las tres de la madrugada y en camión.

Arturo Ruiz del Castillo, que ha venido con su mujer y con la «serip» señorita Marisol Sarry, no trajo ninguna película para el Festival. Pero va a dirigir una sobre la vida de Kubala, con guión de Clemente Pamplona y Jesús Vasallo, y más tarde un argumento de Pombo Angulo sobre la vida de un sereno e interpretada por Fernán Gómez. Se titulará «El guardián del Paraíso».

Arturo se duele de su primera película, «Las inquietudes de Shanti de Andía», que le salió mal, según asegura, por falta de medios; pero, ¡ah! si pudiera volver a hacerla.

En cambio, con otra novela de don Pío que se está rodando, como antes hemos dicho, hay algún galán que espera entrar en el cine por la puerta grande. Todo son elogios de ese galán y de algún otro más consagrado para el director, que en este caso es Juan de Orduña. Las escenas del cementerio dicen que son estupendas.

También se habla de una película sentimental que se proyecta: «La vida de la infanta Mercedes». Habrá que luchar mucho para que no resulte blanda, porque el tema tiene sus peligros.

#### EUGENE DESLAW TRAE UN PREMIO PARA EL NODO

El famoso periodista cinematográfico francés Eugène Deslaw, no quiera que nos quedemos sin decir que trae en el bolsillo un «Oscar» que el señor Bolla, director del Festival de Locarno, le ha entregado como premio especial al No-Do, que presentó dos documentales en color de aquel Festival. En la noche de clausura del Festival donostiarra se hará entrega del premio cuando se proyecten algunos No-Do en color, poco conocidos todavía en San Sebastián.

Otro periodista, Carlos Fernández Cuenca, me dice que le han nombrado miembro del Jurado de los Festivales de Venecia.

En el Festival donostiarra sólo está autorizado un premio, llamado de Crítica Nacional y Extranjera, para la mejor película española del Festival. Cuando la Federación de Productores eleve la categoría de este acontecimiento anual de San Sebastián será posible premiar también películas extranjeras, con lo cual veremos más y mejores. Es cuestión de tiempo, de organización y de ganas de trabajar. Los Festivales, como el vino, también adquieren solera con los años.

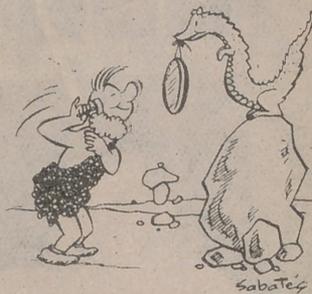
Alberto CLAVERIA

(Desde San Sebastián, especial para EL ESPAÑOL)

(Fotografías de Aumente)



¡¡HÁGALO CON "KRON-VEST"!!



Participe en el sencillo concurso mensual de hojas de afeitar KRON-VEST y fácilmente podrá ser poseedor de un magnífico reloj, todo de oro macizo, marca WALTER-ROVER, que figura entre los mejores del mundo. Por cada paquete de diez hojas de cualquier clase KRON-VEST recibirá un folleto participación concurso. Solicítelo a su proveedor.

# EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120



## ESTRELLAS SOBRE SAN SEBASTIAN

El Primer Festival  
Internacional  
de Cine se celebra  
con enorme éxito de  
estrenos y asistencias

UN PREMIO ESPECIAL PARA  
EL "NO-DO" CONCEDIDO EN  
EL FESTIVAL DE LOCARNO

San Sebastián se ha celebrado el I Festival Internacional del Cine con enorme éxito de estrenos y asistencias. Catorce películas han sido presentadas y han asistido representaciones de varios países. En esta página ofrecemos la fotografía en grupo de la presentación alemana y otra de la llegada de la actriz Susana Cnales y de Manuel Casanova, jefe del Sindicato Nacional del Espectáculo, organizador del Festival. En la página 61 publicamos un reportaje alrededor de tan importante certamen.



la crítica nacional y extranjera premiará  
a la mejor película española